



**Henry James**

## **Los europeos**

### **Uno**

Visto desde las ventanas de un hotel de apariencia austera, un cementerio pequeño en el corazón de una ciudad agitada e indiferente no es nunca motivo de regocijo; y el espectáculo no mejora cuando las lápidas musgosas y el arbolado fúnebre reciben el refresco ineficaz de una nevada insignificante que no llega a cuajar. Si, además, mientras la llovizna helada espesa el aire, el calendario señala que la bendita estación primaveral comenzó hace ya seis semanas, la escena reúne, sin duda, todos los elementos para causar el abatimiento más profundo. Un 12 de mayo, hace ya más de treinta años, todo esto lo sentía intensamente una señora asomada a una de las ventanas del mejor hotel del Boston antiguo. Había pasado allí media hora, aunque intermitentemente, porque de cuando en cuando se daba la vuelta y recorría la habitación con andares inquietos. En la chimenea, un fuego al rojo vivo emitía una débil llama azul y, frente al fuego, junto a la mesa, se sentaba un hombre joven ocupado en manejar el lápiz. Sostenía unas cuantas hojas de papel, cortadas en pequeñas porciones cuadrangulares y, al parecer, estaba dibujando figuras extrañas. Trabajaba con rapidez y concentración. A veces echaba hacia atrás la cabeza y colocaba el dibujo lo más lejos posible; al mismo tiempo tarareaba y silbaba suavemente en un tono que resultaba muy alegre. La señora lo rozaba al pasar por detrás: su falda, con muchos adornos, resultaba muy voluminosa. Nunca miraba a los dibujos; sólo se volvía para contemplarse en un espejo colocado sobre un tocador al otro de la habitación. Entonces se detenía un momento y se daba un toque a la cintura con las dos manos, o levantaba los brazos -de curvas suaves y atractivas- hacia el pelo, con un movimiento mitad caricia y mitad corrección. Un observador atento podría haber advertido que, durante esos momentos de fugaz observación, su rostro abandonaba el aire melancólico, pero, tan pronto como se acercaba de nuevo a la ventana, volvía a proclamar que se estaba aburriendo mucho. Y, a decir verdad, sus ojos encontraban pocas cosas placenteras. El aguanieve batía los cristales de las ventanas y, abajo, hasta las lápidas del cementerio parecían mantenerse en posición oblicua para que no les cayera de lleno. Un alta verja de hierro las separaba de la calle, y al otro lado un grupo de bostonianos se afanaban entre la nieve semilíquida. Muchos miraban a derecha e izquierda: parecían esperar algo. De cuando en cuando un extraño vehículo se aproximaba al lugar donde se encontraban; un vehículo que la señora de la ventana, muy al corriente de las invenciones humanas, no había visto nunca: un ómnibus enorme, de poca altura, pintado de colores vivos y adornado al parecer con campanillas tintineantes, que se deslizaba sobre una especie de muescas en el pavimento, arrastrado -con gran acompañamiento de crujidos, saltos y chirridos- por una pareja de caballos sorprendentemente pequeños. Cuando llegaba a un determinado sitio, la gente que esperaba frente al cementerio -en su mayoría mujeres, con bolsos y paquetes- se abalanzaba en compacta unidad -un movimiento que recordaba las luchas de los náufragos por conseguir un puesto en los botes salvavidas- y desaparecían en el amplio interior del ómnibus. Entonces el bote salvavidas -o el coche

salvavidas, como la señora de la ventana lo designaba vagamente- continuaba su camino, dando saltos y haciendo tintinear sus campanillas, sobre las invisibles ruedas, mientras el timonel (el hombre que llevaba el volante) guiaba su curso, desde la proa, de manera bastante incongruente. Este fenómeno se repetía cada tres minutos y el grupo de agitadas mujeres con capas, bolsas y paquetes se renovaba constantemente sin aparente esfuerzo. Al otro lado del cementerio había un grupo de casitas de ladrillo rojo que mostraban su parte trasera, doméstica y hogareña; frente al hotel, la alta aguja de madera de la torre de una iglesia, pintada de blanco, se erguía en el aire enturbiado por los copos de nieve. La señora de la ventana la contempló durante algún tiempo; por razones personales le parecía la cosa más fea que había visto nunca. La encontraba molesta y despreciable. Había llegado a producirle un sentimiento de irritación que no se correspondía con ningún estímulo puramente sensorial. Nunca se había preocupado tanto por los chapiteles de las iglesias.

La señora no era guapa, pero incluso cuando era presa de una irritación sin fundamento aparente su rostro resultaba muy interesante y agradable. Aunque no se encontraba tampoco en su primera juventud, era esbelta, esbeltez que no estaba reñida con unas formas muy femeninas que sugerían al mismo tiempo madurez y flexibilidad, y llevaba sus treinta y tres años con la misma ligereza con que una Hebe hubiera podido transportar una copa de vino colmada hasta los bordes. Su tez presentaba síntomas de fatiga, como dicen los franceses; tenía la boca grande; los labios, demasiado llenos; los dientes, desiguales, y la barbilla, de un diseño bastante vulgar. La nariz era carnosa y al sonreír -estaba siempre sonriendo- las líneas laterales se levantaban demasiado hacia los ojos, que eran, en cambio, encantadores: grises, brillantes, de rápidos destellos, agradablemente serenos en ocasiones, llenos siempre de inteligencia. La frente era pequeña -su único rasgo verdaderamente hermoso- y el cabello, ensortijado y oscuro, muy abundante, lo llevaba siempre arreglado de manera que hacía pensar en una mujer de algún remoto país meridional u oriental. Tenía una amplia colección de pendientes que siempre parecían poner el último toque a su aspecto oriental o exótico. Una vez alguien había hecho un elogio suyo que al serle repetido le agradó más que ningún otro.

-¿Una mujer bonita? -dijo alguien-. No veo por qué; sus rasgos son vulgares.

-No sabría qué decir sobre sus rasgos -contestó un observador muy agudo-, pero mueve la cabeza como una mujer hermosa.

Imagínense si después de esto la protagonista de la anécdota movería la cabeza con menos empaque.

Finalmente la señora se apartó de la ventana tapándose la cara con las manos.

-¡Es demasiado horrible! -exclamó-. ¡Tendré que volverme, tendré que volverme! -y se dejó caer en una silla delante del fuego.

-Espera un poco, querida -dijo el joven suavemente, sin dejar de dibujar.

La señora dejó ver uno de sus pies; era muy pequeño y llevaba una inmensa roseta en el zapato. Después de fijar la mirada durante algún tiempo en aquel adorno contempló el carbón de antracita que ardía en el hogar.

-¿Has visto nunca algo más odioso que este fuego? -preguntó-. ¿Has visto alguna vez algo tan *affreux* como todo esto?

Hablaba inglés con total corrección, pero introdujo el epíteto francés de una forma que revelaba su perfecto conocimiento de la lengua francesa.

-Me parece que este fuego está muy bien -dijo el joven, observándolo un momento-.

Esas lengüecitas azules, bailando sobre los rescoldos de color carmín, resultan sumamente pintorescas. Son como el fuego en un laboratorio de alquimista.

-Tienes demasiado buen carácter, cariño -dijo su compañera.

El muchacho contempló uno de sus dibujos torciendo la cabeza hacia un lado. Su lengua se movía suavemente sobre el labio inferior.

-Buen carácter, sí; demasiado buen carácter, no.

-Eres irritante -dijo la señora mirándose el zapato.

Su interlocutor comenzó a hacer retoques en el boceto.

-Imagino que lo que quieres decir es que estás irritada.

-Eso es verdad -dijo su compañera con una risita amarga-. Es el día más negro de mi vida. Y tú sabes lo que eso quiere decir.

-Espera hasta mañana -sugirió el muchacho.

-Hemos cometido una gran equivocación. Si hoy todavía nos queda alguna duda, mañana tendremos la certeza absoluta. *Ce sera clair, au moins!*

El muchacho permaneció en silencio algunos instantes utilizando el lápiz.

-Las equivocaciones no existen -afirmó luego.

-Muy cierto: para los que no son capaces de advertirlas. No reconocer los propios errores podría ser la felicidad completa -contestó la señora sin dejar de mirarse el pie.

-Mi querida hermana -dijo el joven, siempre atento a su dibujo-, por primera vez has dicho que no soy inteligente.

-Bueno; de acuerdo con tu propia teoría no se puede decir que se trate de una equivocación -le contestó ella con evidente acierto.

El muchacho lanzó una sincera carcajada.

-A ti, por lo menos, no te falta inteligencia.

-No la demostré cuando propuse esto.

-Pero ¿fuiste tú quien lo propuso? -preguntó su hermano.

La señora volvió la cabeza y lo miró con fijeza:

-¿Quieres atribúrtelo tú?

-Si lo prefieres, cargaré con esa responsabilidad -dijo él, alzando la cabeza y sonriendo.

-Es verdad -añadió ella inmediatamente-; tú no das importancia a esas cosas. No tienes sentido de lo que es propio. El muchacho volvió a reír alegremente.

-Si quieres decir que no tengo propiedades estás en lo cierto.

-No bromees con tu pobreza -dijo su hermana-. Es tan vulgar como presumir de ella.

-¡Mi pobreza! Acabo de terminar un dibujo que me proporcionará cincuenta francos.

- *Voyons!* -dijo la señora extendiendo la mano.

El muchacho añadió un toque o dos y le alargó el boceto. Ella lo miró, pero siguió dando vueltas a su idea anterior.

-Si una mujer te pidiera que te casaras con ella le dirías: «Claro que sí, querida mía, ¡con mucho gusto!». Y te casarías con ella y serías ridículamente feliz. Luego, al cabo de tres meses, le dirías: «¿Recuerdas aquel día maravilloso en que te pedí que fueras mía?».

El muchacho, que se había levantado de la mesa, estiró un poco los brazos y se acercó a la ventana.

-Ésa es la descripción de un carácter encantador -dijo.

-Es cierto: tienes un carácter encantador. Creo que es todo el capital de que disponemos. Si no estuviese convencida, nunca habría corrido el riesgo de traerte a este país horrible.

-Este país tan cómico, ¿este país delicioso! -dijo el muchacho, echándose otra vez a reír con gran animación.

-¿Encuentras divertidas a esas mujeres que trepan al ómnibus? -preguntó su acompañante-. ¿Qué supones tú que les atrae tanto?

-Me figuro que dentro hay un hombre muy guapo -dijo el muchacho.

-¿En todos los ómnibus? Pasan a centenares, y los hombres de este país, además, no me parecen nada guapos. En cuanto a las mujeres, nunca he visto tantas juntas desde que salí del internado.

-Las mujeres son muy bonitas -dijo su hermano- y todo ello es muy divertido. Tengo que dibujarlo.

Volvió rápidamente a la mesa y tomó de nuevo sus utensilios: un pequeño tablero, una hoja de papel y tres o cuatro lápices. Se instaló en la ventana con esos instrumentos y permaneció allí mirando hacia el exterior y moviendo el lápiz con gran soltura. Trabajaba con una sonrisa esplendorosa y esplendorosa era sin duda la palabra adecuada para la expresión alegre de su rostro en aquel momento. Tenía veintiocho años; sin ser alto, su figura era esbelta y bien proporcionada. Aunque se parecía mucho a su hermana, sus rasgos eran más armoniosos: cabello rubio, tez clara, aspecto de persona ingeniosa, cierta delicadeza en toda su apariencia y una expresión cortés que no llegaba a ser en absoluto; cálidos ojos azules, cejas bien dibujadas y muy arqueadas (unas cejas que, si las damas escribieran sonetos a las de sus amantes, podrían haber sido tema de más de uno) y un fino bigote cuyos extremos se levantaban como si los obligara a elevarse el soplo de una constante sonrisa. Había algo en su fisonomía que resultaba a la vez benévolo y pintoresco. Pero, como ya he mencionado, no daba en absoluto impresión de seriedad. En ese sentido su rostro resultaba singular: no era serio y sin embargo inspiraba la más viva confianza.

-Recuerda que has de poner mucha nieve -dijo su hermana-. *Bonté divine*, ¡qué clima!

-Dejaré todo el dibujo en blanco y trazaré las figuritas en negro -contestó el muchacho riendo-. Y lo llamaré... ¿Cómo es aquel verso de Keats?... ¡El primogénito de la mitad de mayo\*!

-No recuerdo -dijo la dama- que mamá me dijera nunca que las cosas fueran así.

-Mamá no te dijo nunca nada desagradable. Y además las cosas no son así todos los días. Ya verás cómo mañana tenemos un día espléndido.

-*Qu'en savez vous?* Mañana me marcharé. -¿A dónde vas a ir?

-A cualquier sitio lejos de aquí. Volveré a Silberstadt. Escribiré al príncipe reinante.

El muchacho se volvió un poco y se la quedó mirando con el lápiz levantado.

-Mi querida Eugenia -murmuró-, ¿tan bien lo pasaste durante la travesía?

Eugenia se levantó. Aún tenía en la mano el dibujo que su hermano le había dado. Era un apunte muy expresivo de un grupo de gentes desdichadas sobre la cubierta de un buque, muy juntos y agarrándose unos a otros, mientras el barco se inclinaba aterradoramente hacia atrás al caer en la sima de una ola. Era muy inteligente y estaba lleno de cierto sentido tragicómico. Eugenia lo miró e hizo un gesto de tristeza.

-¿Cómo puedes dibujar escenas tan odiosas? -preguntó-. ¡Me gustaría arrojarlo al fuego! -y acto seguido tiró la hoja.

Su hermano, con mucha calma, siguió con la vista su trayectoria. Lo vio revolotear hasta el suelo y no se molestó en recogerlo. Eugenia se acercó a la ventana arreglándose

---

\* *And mid-May's eldest child*, de «Oda aun ruiseñor». (N. del T.)

la cintura.

-¿Por qué no me lo reprochas? ¿Por qué no me insultas? -preguntó-. Creo que me sentiría mejor. ¿Por qué no dices que me odias por haberte traído aquí?

-Porque no te lo creerías. ¡Te adoro, querida hermana mía! Estoy encantado de estar aquí y encantado con nuestras perspectivas.

-No sé qué es lo que me pasa. He perdido la cabeza -siguió Eugenia.

Su hermano, por su parte, continuó dibujando.

-Se trata, sin duda alguna, del más curioso e interesante de los países. Nos hallamos aquí y estoy decidido a pasarlo bien.

Su interlocutora se volvió con ademán impaciente, pero en seguida cambió de idea.

-El buen humor es sin duda una cosa excelente -dijo-, pero tú tienes demasiado y no parece que te haya servido de mucho.

El muchacho la miró fijamente, con las cejas levantadas, sonriendo, y se golpeó la nariz con el lápiz.

-¡El buen humor me ha hecho feliz!

-Era lo menos que podía hacer, pero nada más. Te has pasado la vida agradeciendo a la fortuna unos favores tan pequeños que nunca ha tenido que esforzarse de verdad contigo.

-Algo sí ha tenido que preocuparse, creo yo, para hacerme el regalo de una hermana tan admirable.

-No bromees, Felix. Olvidas que soy tu hermana mayor.

-¡De una hermana, entonces, tan mayor! -añadió Felix, riendo-. Creía que habíamos dejado la seriedad en Europa.

-Tengo la impresión de que vas a encontrarla aquí. Recuerda que tienes casi treinta años y que no eres más que un bohemio a quien nadie conoce; el corresponsal sin un céntimo de un periódico ilustre.

-Todo lo desconocido que quieras, pero no tan bohemio como crees. ¡Y no es verdad que no tenga ni un céntimo! Llevo cien libras en el bolsillo, tengo un contrato para hacer cincuenta apuntes y pienso pintar retratos de todos nuestros primos y de todos sus primos a cien dólares cada uno.

-No eres ambicioso -dijo Eugenia.

-Tú sí que lo eres, querida baronesa -replicó el muchacho.

La baronesa permaneció en silencio unos instantes mirando el cementerio, aún más entristecido por el aguanieve y los ómnibus saltarines.

-Es cierto, soy ambiciosa -dijo por fin-. Y mi ambición me ha traído a este horrible lugar -miró enojada a su alrededor: la habitación tenía cierta desnudez que resultaba vulgar; la cama y la ventana carecían de cortinas. Dejó escapar un corto y apasionado suspiro-. ¡Pobre ambición! -exclamó. Se dejó caer sobre un sofá que estaba cerca de la pared y se cubrió la cara con las manos.

Su hermano siguió dibujando con rapidez y habilidad. Al cabo de un instante se sentó a su lado y le enseñó el apunte.

-¿No te parece que está bastante bien para un bohemio desconocido? -preguntó-. Ya me he embolsado otros cincuenta francos.

Eugenia miró con fastidio el dibujo que Felix le había dejado sobre el regazo.

-Sí, es muy inteligente -dijo. Y al cabo de un momento añadió:- ¿Supones que nuestros primos hacen eso? -¿Hacen qué?

-Montar en esas cosas y tener ese aspecto. Felix meditó unos instantes.

-En realidad no lo sé. Será interesante descubrirlo.

-¡No es posible que lo haga la gente con dinero! -dijo la baronesa.

-¿Estás muy segura de que son ricos? -preguntó Felix alegremente.

Su hermana se volvió lentamente, mirándolo.

-¡Santo cielo! -murmuró-. ¡Tienes una manera de decir las cosas!

-Sería mucho más agradable que fueran ricos -dijo Felix. -¿Crees que hubiera venido sin saber que eran ricos?

El muchacho cruzó una breve mirada con su hermana, que había adoptado un tono imperioso.

-Sí; será más agradable -repitió.

-Es todo lo que espero de ellos -dijo la baronesa-. No cuento con que sean ni inteligentes, ni amables (al menos al principio), ni elegantes, ni tan siquiera interesantes. Pero te aseguro que son ricos.

Felix apoyó la cabeza contra el respaldo del sofá y contempló algún tiempo el alargado fragmento de cielo encuadrado por la ventana. La nieve se hacía más escasa; le pareció que las nubes comenzaban a clarear.

-Cuento con que sean ricos -dijo por fin- y poderosos e inteligentes, y amables e interesantes, y deliciosos en general. *Tu vas voir!* -dijo unos pasos hacia adelante y besó a su hermana-. Mira -siguió-. Como un milagro: mientras hablaba el cielo ha tomado un color dorado. Vamos a disfrutar de un día espléndido.

Y, efectivamente, en el espacio de cinco minutos el tiempo había cambiado. El sol atravesó las nubes y penetró en la habitación de la baronesa.

-*Bonté divine!* -exclamó la dama-. ¡Qué clima!

-Vamos a salir y a ver el mundo -dijo Felix.

Y salieron al poco tiempo. El aire brillaba y la temperatura era agradable; el sol había secado las calzadas. Caminaron por las calles al azar, mirando las gentes y las casas, las tiendas y los vehículos, el resplandeciente cielo azul y los cruces llenos de barro, los hombres con prisa y las muchachas que paseaban lentamente, los ladrillos de color rojo brillante y el verde claro de los árboles, la extraordinaria mezcla de casas cuidadas y descuidadas. En el espacio de una hora el día se había vuelto primaveral. Hasta en las calles bulliciosas había aroma a tierra y flores. Felix se divertía muchísimo. Había dicho que era un país cómico y siguió riéndose de todo lo que veía. Podría decirse que la civilización americana le resultaba algo parecido a una colección de chistes descomunales. Los chistes eran realmente buenos y la alegría del joven tenía esas mismas cualidades. Poseía lo que suele llamarse sentido pictórico, y este primer vistazo a las costumbres democráticas despertaba en él el mismo tipo de interés que los movimientos de una persona joven llena de vida y expansiva por naturaleza. Semejante interés tenía que ser manifiesto y halagador y, en el caso presente, Felix podría haber pasado por un joven exiliado que no ha llegado a desenraizarse y vuelve a visitar los escenarios de su infancia. No cesaba de mirar el cielo azul violeta, el aire centelleante y las múltiples y desperdigadas manchas de color.

-*Comme c'est bariolé, ¿eh?* -dijo a su hermana en el idioma extranjero que los dos parecían usar de manera tan espontánea.

-Sí; resulta *muy bariolé* -respondió la baronesa-. No me gusta tanto color; me hace daño a los ojos.

-Eso demuestra cómo los extremos se tocan -añadió Felix-. En lugar de venir hacia

occidente se diría que hemos ido hacia oriente. El cielo toca las terrazas de las casas de la misma manera que en El Cairo y los carteles rojos y azules que se ven por todas partes hacen pensar en una decoración mahometana.

-Las muchachas no tienen nada de mahometanas -dijo su acompañante-. No se puede decir que oculten el rostro. Nunca he visto nada tan desenfadado.

-Hay que agradecerle a Dios que no lo hagan -exclamó Felix-, porque son muy bonitas.

-Es cierto; hay muchas que son muy bonitas -dijo la baronesa, que era una mujer muy inteligente.

Era una mujer demasiado inteligente para no hacer muchas observaciones justas y sutiles. Se colgó con más fuerza de lo usual del brazo de su hermano. No estaba tan contenta como él. Hablaba muy poco, pero se daba cuenta de muchas cosas y hacía sus reflexiones. También se sentía un poco emocionada; comprendía que había venido a un país extraño para hacer fortuna. Advertía superficialmente muchas razones de irritación y descontento. La baronesa era una persona muy delicada y exigente. Más de una vez había ido, en compañía de personas muy agradables, a la verbena de una ciudad de provincia con ánimo de divertirse. Y ahora le parecía que estaba en una enorme verbena y que las diversiones y los *désagrémements* eran prácticamente la misma cosa. Se descubría sonriendo y estremeciéndose alternativamente. El espectáculo era muy curioso, pero de un momento a otro le podían dar un empujón. La baronesa nunca había visto tanta gente paseando; nunca se había mezclado tanto con gente que no conocía. Pero poco a poco sintió que aquella verbena era una empresa algo más seria. Llegó con su hermano a un amplio jardín público que parecía muy bonito y le sorprendió no ver ningún coche. Caía la tarde; los rayos casi horizontales del sol hacían brillar los troncos de los árboles y la hierba, de un color verde muy intenso, como si estuvieran recubiertos de oro recién sacado de la mina. Era la hora en que las señoras suelen salir a tomar el aire y a pasear en calesa, junto a hileras de peatones, inclinando graciosamente la sombrilla. Aquí, sin embargo, Eugenia no descubrió ninguna indicación de que existiera esa costumbre, lo que aún le pareció más extraño al percatarse de que había un encantador paseo de olmos convenientemente arqueados, cercano a una calle amplia y alegre, que sin duda atravesaban frecuentemente los miembros más prósperos de la *bourgeoisie*. Nuestros amigos recorrieron este paseo, muy bien iluminado. Felix advirtió la presencia de muchas chicas bonitas y se lo hizo notar a su hermana. Esta última precaución, sin embargo, resultó superflua, porque la baronesa había observado atentamente a todas aquellas encantadoras jovencitas.

-Tengo la íntima convicción de que nuestras primas son así -dijo Felix.

La baronesa era de la misma opinión, pero no fue eso lo que dijo.

-Son muy bonitas -confirmó-, pero no son más que niñas. ¿Dónde están las mujeres de treinta años?

¿Te refieres a las de treinta y tres?» iba a preguntar su hermano, porque con frecuencia captaba tanto lo que Eugenia decía como lo que no decía. Pero se limitó a hacer un comentario sobre la belleza de la puesta de sol, mientras la baronesa, que había ido allí a buscar fortuna, reflexionaba acerca de lo ventajoso que sería para ella tener que enfrentarse sólo con muchachitas. La puesta de sol era soberbia y se pararon a verla. Felix declaró que nunca había visto una mezcla tan atractiva de colores. La baronesa también pensó que era espléndida, y quizá le agradó aún más el hecho de que mientras estaba allí parada notó que la observaban con admiración varias personas de aspecto



agradable a quienes una mujer distinguida, vestida de manera poco común y con aspecto extranjero, celebrando en francés las bellezas naturales de Boston en la esquina de una calle, no podía dejar indiferentes. El estado de ánimo de Eugenia mejoró. Se dejó ganar por cierta alegría tranquila. Quizá la fortuna que había venido a buscar no fuera tan difícil de encontrar. Parecía prometérselo incluso la brillante pureza del cielo occidental, y hasta llegaba a discernir en la mirada tranquila y acogedora de las gentes que pasaban una expresión de sencilla benevolencia.

-No vas a volver a Silberstadt, ¿verdad? -le preguntó Felix. -Por lo menos mañana no -dijo la baronesa. -¿No vas a escribir al príncipe reinante?

-Le escribiré para decirle que aquí, evidentemente, no lo conoce nadie.

-No te creerá -dijo el muchacho-. Te aconsejo que lo dejes tranquilo.

Felix seguía de muy buen humor. Aunque educado al calor de costumbres ancestrales y en ciudades pintorescas, no dejaba de descubrir mucho color local en aquella pequeña metrópoli puritana. Por la noche, después de cenar, le dijo a su hermana que pensaba ir a visitar a sus primos a primera hora de la mañana.

-Eres muy impaciente -dijo Eugenia.

-¿No resulta lógico -replicó él-, después de haber visto a todas esas muchachas hermosas? Si mis primas responden al mismo modelo, cuanto antes las conozca, mejor.

-Quizá no sea así -dijo Eugenia-. Deberíamos haber traído cartas de presentación para otras personas.

-Esas otras personas no serían parientes nuestros.

-Eso no quiere decir que vayan a ser peores -replicó la baronesa.

Su hermano levantó las cejas para mirarla.

-Eso no fue lo primero que dijiste al proponerme que viniéramos a fraternizar con nuestros parientes. Dijiste que era la consecuencia del afecto natural, y cuando expuse algunas razones en contra añadiste que la *voix du sang* tenía más fuerza que ninguna otra cosa.

-¿Te acuerdas de todo eso? -preguntó la baronesa.

-¡Con toda precisión! Me conmovió profundamente.

Eugenia paseaba por la habitación, como había hecho ya anteriormente, y se detuvo para mirar a su hermano. Al parecer iba a decir algo, pero cambió de idea y siguió andando. Luego, al cabo de unos instantes, como para explicar su silencio anterior, dijo:

-No serás nunca más que un niño, mi querido hermano.

-Cualquiera diría, señora -contestó Felix, riendo-, que usted tiene mil años.

-A veces los tengo -dijo la baronesa.

-Mañana anunciaré entonces a nuestros primos la llegada de tan singular personaje. Vendrán inmediatamente a presentarte sus respetos.

Eugenia recorrió de nuevo la habitación y luego se detuvo delante de su hermano, poniéndole la mano en el brazo.

-No tienen que venir a verme -dijo-. No debes permitirselo. No quiero conocerlos aquí -y luego prosiguió, contestando a la interrogación en los ojos de Felix-: Irás, observarás y volverás para informarme. Me contarás quiénes son y qué son; su número, su sexo y sus respectivas edades; todo lo que sea posible saber. Que no se te escape nada. Tienes que ser capaz de describirme el lugar, los accesorios (¿cómo decirlo?), la *mise en scène*. Después, a su debido tiempo, iré a verlos. Me presentaré... ¡Apareceré ante ellos! -dijo la baronesa, expresando por una vez su pensamiento con cierta franqueza.

-Y, ¿qué mensaje tengo que llevarles? -preguntó Felix, que confiaba plenamente en cómo Eugenia preparaba las cosas.

La baronesa contempló un instante su rostro de persona sincera y, con la justeza que él admiraba, replicó:

-Di lo que quieras. Cuéntales mi historia de la manera que te resulte más natural -e inclinó la frente para que se la besara.

## **Dos**

Al día siguiente, de acuerdo con las previsiones de Felix, el tiempo era espléndido. La primavera se convirtió en verano tan rápidamente como el invierno se había convertido en primavera. Esta observación la hizo aquella mañana una muchacha al salir de una amplia casa en el campo e iniciar su paseo por el espacioso jardín que la separaba de una carretera llena de fango. Los arbustos florecidos y las plantas, ordenadamente dispuestas, tomaban el sol plácidamente; la sombra transparente de los enormes olmos -unos árboles magníficos- parecía espesarse en aquel momento, y la intensa calma habitual resultaba un marco perfectamente adecuado para el sonido distante de la campana de una iglesia. La muchacha escuchó su repique, aunque no estaba vestida para ir a la iglesia. Llevaba la cabeza descubierta, una blusa de muselina blanca con adorno de encaje y falda de muselina color crema. Tenía veintidós o veintitrés años, y aunque una muchacha paseando por un jardín con la cabeza descubierta en una mañana de domingo primaveral nunca puede ser, de acuerdo con la naturaleza misma de las cosas, un objeto desagradable a la vista, nadie se hubiera atrevido a calificar de especialmente bonita a aquella inocente violadora del descanso dominical, que era alta, pálida, delgada y un poco desmañada y de cabellera rubia y completamente lisa; sus ojos, oscuros, tenían la particularidad de parecer al mismo tiempo apagados e inquietos, en lo que diferían por completo, como puede verse, de los «ojos hermosos» ideales, que siempre han de ser brillantes y tranquilos. Todas las puertas y ventanas de la gran casa cuadrada estaban abiertas de par en par para dejar entrar los rayos purificadores del sol, que se derramaban generosamente sobre un porche alto y amplio adosado a dos de los lados de la casa y en el que estaban simétricamente colocadas varias mecedoras con asiento de mimbre y media docena de pequeños taburetes cilíndricos de cerámica verde y azul que sugerían la existencia de una relación comercial entre sus habitantes y el Extremo Oriente. Era una casa antigua (antigua en el sentido de haber sido construida ochenta años antes), de madera pintada de color gris claro y adornada a intervalos, a lo largo de la fachada, con pilastras lisas de madera pintadas de blanco. Las pilastras parecían sustentar un a modo de frontón clásico, ocupado en el centro por una amplia ventana triple con marco de madera desbastada y por claraboyas en los estrechos ángulos laterales. La puerta principal, de color blanco, con un brillante llamador de latón, estaba situada frente a una carretera de aspecto rural, a la que se llegaba por un espacioso camino pavimentado con ladrillos gastados y rotos pero muy limpios. Detrás de la casa había prados y bosquecillos, un granero y un estanque; un poco más allá, carretera adelante, y al otro lado de la calzada, se alzaba una casita pintada de blanco y con contraventanas de color verde que tenía a un lado un pequeño jardín y un bosquecillo al otro. Todo parecía brillar en el aire matutino, y cada

detalle del conjunto se presentaba ante los ojos con tanta claridad como cada uno de los miembros de una suma.

Una segunda muchacha salió de la casa, atravesó el porche, descendió al jardín y se acercó a la joven que ya he descrito. Era también delgada y pálida, pero de más edad, algo más baja y de cabello oscuro y liso. Sus ojos, a diferencia de los de la primera, eran vivos y brillantes, pero nada inquietos. Llevaba un sombrero de paja con cintas blancas y un largo echarpe rojo que por delante le llegaba hasta los pies. De su mano pendía una llavecita.

-Gertrude -dijo-, ¿estás segura de que no harías mejor yendo a la iglesia?

Gertrude la miró un momento, luego arrancó un ramito de lilas y lo olió, tirándolo después.

-¡No estoy segura de nada! -contestó.

La otra muchacha miró por encima de ella hacia el lejano estanque, que brillaba entre las largas filas de abetos de sus orillas. Después dijo con voz muy suave:

-Ésta es la llave del armario del comedor. Será mejor que te quedes con ella por si alguien quiere algo.

-¿Quién hay que pueda querer algo? -preguntó Gertrude-. Voy a estar sola en casa.

-Quizá venga alguien -dijo su acompañante.

-¿Quieres decir el señor Brand?

-Sí. Es posible que le apetezca un trozo de tarta.

-¡No me gustan los hombres que siempre están comiendo tarta! -declaró Gertrude, zarandeando el lilo.

Su acompañante la miró y luego bajó la vista.

-Me parece que papá esperaba que fueras a la iglesia -dijo-. ¿Qué tengo que decirle?

-Dile que tengo una jaqueca muy fuerte.

-¿Y es verdad eso? -preguntó la muchacha de más edad, mirando de nuevo hacia el estanque.

-No, Charlotte -contestó la más joven con sencillez.

Charlotte contempló de nuevo el rostro de su interlocutora.

-Me parece que estás intranquila.

-Estoy como siempre -replicó Gertrude en el mismo tono.

Charlotte se dio la vuelta; pero luego se detuvo unos instantes, mirándose la parte delantera del vestido.

-¿No tienes la impresión de que mi echarpe resulta demasiado largo? -preguntó.

Gertrude dio una vuelta a su alrededor, contemplándolo. -Me parece que no te lo has puesto bien -dijo-. ¿Cómo debería llevarlo?

-No lo sé; de otra forma. Deberías ponértelo de otra manera sobre los hombros y alrededor de los codos. Tendría que producir un efecto distinto por detrás.

-¿Cómo? -quiso saber Charlotte.

-Creo que no te lo sabría decir -dijo Gertrude, tirando un poco hacia atrás del echarpe-. Sé hacerlo, pero no creo que sea capaz de explicarlo.

Con un movimiento de los codos Charlotte corrigió la caída producida por el toque de su hermana.

-Bueno. Algún día me lo arreglarás. Ahora no tiene importancia. En realidad -añadió-, creo que no tiene importancia el aspecto que se tenga por detrás.

-Yo diría que tiene más importancia -dijo Gertrude-. Porque no sabes quién te mira. No

estás preparada. No puedes esforzarte por parecer bonita.

Charlotte escuchó aquellas palabras con gran seriedad. -No creo que haya que esforzarse por parecer bonita -respondió con decisión.

Su acompañante guardó silencio. Después dijo: -Bueno; quizá no sirva de mucho.

Charlotte la contempló unos instantes y luego le dio un beso.

-Espero que te encuentres mejor cuando volvamos.

-Mi querida hermana, ¡me encuentro perfectamente! -dijo Gertrude.

Charlotte se dirigió hacia la puerta del jardín utilizando el amplio camino de ladrillos. Gertrude echó a andar lentamente hacia la casa. En la puerta del jardín Charlotte se encontró con un joven que entraba en aquel momento: un hombre alto y de aspecto agradable, con sombrero de copa y guantes de hilo. Era bien parecido, pero quizá excesivamente sólido. Su sonrisa resultaba agradable.

-¡Señor Brand! -dijo la joven.

-Venía a ver si su hermana pensaba ir a la iglesia -dijo el joven.

-Dice que no irá; pero me alegra que haya venido usted. Creo que si habla un poco con ella... -Charlotte bajó la voz-. Parece que está algo inquieta.

El señor Brand sonrió a la muchacha desde su gran altura.

-Me encantará hablar con ella. Estaría dispuesto a ausentarme de casi todas las ceremonias del culto, por muy atractivas que sean, con tal de hacerlo.

-Bueno, supongo que sabe usted lo que dice -respondió Charlotte suavemente, como si una respuesta más afirmativa a aquellas palabras pudiera ser peligrosa-. Temo que se me hace tarde.

-Espero que le agrade el sermón -dijo el joven.

-El señor Gilman es siempre agradable -contestó Charlotte, echando otra vez a andar.

El señor Brand entró en el jardín. Gertrude, al oír el ruido de la puerta al cerrarse se volvió y lo miró unos instantes mientras se acercaba y después se dio la vuelta. Pero casi inmediatamente corrigió el movimiento y se quedó inmóvil, dándole la cara. El señor Brand se quitó el sombrero y se limpió la frente mientras se aproximaba. Después se lo puso de nuevo y extendió la mano. Al verlo sin sombrero se apreciaba que su frente era amplia y recta y su cabello abundante, aunque algo desprovisto de color. Tenía la nariz demasiado grande y la boca y los ojos demasiado pequeños, pero todo esto no impedía que fuera, como ya he dicho, un hombre de indudable atractivo. La expresión de sus claros ojos azules resultaba irresistiblemente afectuosa y, al mismo tiempo, seria; no cabía la menor duda de que, como dice la expresión, era tan bueno como el pan. La muchacha, inmóvil en medio del camino, se fijó en sus guantes de hilo mientras terminaba de acercarse.

-Creía que iba usted a la iglesia -dijo el señor Brand-. Pensaba acompañarla.

-Le quedo muy agradecida -contestó Gertrude-. Pero no voy a la iglesia.

Le había dado la mano. Él la retuvo unos instantes.

-¿Tiene alguna razón particular para no ir?

-Sí, señor Brand -dijo la muchacha.

-¿Puedo preguntarle cuál es?

Gertrude lo miró sonriendo; y en su sonrisa, como ya he insinuado, había cierta tristeza, pero, mezclado con ella, había también algo dulce y estimulante.

-Es que ¡está tan azul el cielo! -dijo.

El señor Brand miró al cielo, que era magnífico, y dijo después, también sonriendo:

-He oído hablar de muchachas que se quedaban en casa por el mal tiempo, pero nunca por el bueno. Su hermana, con quien me he encontrado al entrar, me ha dicho que estaba usted deprimida -añadió.

-¿Deprimida? Nunca estoy deprimida.

-Seguro que sí; alguna vez -replicó el señor Brand, como si lo considerase una triste característica de la naturaleza humana.

-Nunca estoy deprimida -repitió Gertrude-. Pero a veces soy perversa. Y cuando soy perversa estoy de muy buen humor. Acabo de ser perversa con mi hermana.

-¿Qué le ha hecho usted?

-He dicho a propósito cosas para desconcertarla.

-¿Por qué ha hecho usted eso, señorita Gertrude? -preguntó el joven.

Ella sonrió de nuevo.

-Quizá porque el cielo está muy azul...

-Dice usted cosas que me confunden -dijo el señor Brand.

-Yo siempre sé cuando lo hago -replicó Gertrude-. Pero a mí la gente me desconcierta con mucha frecuencia y no parecen darse cuenta.

-Eso es muy interesante -observó el señor Brand sonriendo.

-Usted me ha dicho que le hablara de mis..., de mis luchas -continuó la muchacha.

-Hablemos de ellas. Tengo tantas cosas que decir... Gertrude se volvió un momento y, luego, girando de nuevo, dijo:

-Será mejor que se vaya a la iglesia.

-Usted sabe -dijo con vehemencia el joven- que siempre tengo una cosa que decir.

Gertrude lo miró un instante.

-Por favor, ¡no lo diga ahora!

-Estamos completamente solos -continuó él, quitándose el sombrero-; completamente solos en la quietud de este hermoso domingo.

Gertrude miró a su alrededor, a las yemas de los árboles a punto de abrirse y, brillando a lo lejos, al cielo azul que había utilizado como pretexto para sus irregularidades.

-Ésa es la razón por la que no quiero que hable. Hágame el favor, váyase a la iglesia.

-¿Podré hablar cuando vuelva? -preguntó el señor Brand.

-Si todavía tiene ganas... -contestó ella.

-No sé si es usted perversa -dijo él-, pero, desde luego, me desconcierta.

Gertrude se había dado la vuelta y se tapó los oídos con las manos. El señor Brand la miró un momento y después echó a andar lentamente hacia la puerta.

Gertrude deambuló algún tiempo por el jardín sin propósito detenido. La campana de la iglesia había dejado de sonar; la quietud era completa. Gertrude se sentía muy feliz completamente sola. Le agradaba la ausencia de toda la familia y que la casa se quedara vacía. Hoy, al parecer, también los criados se habían marchado a la iglesia; no se divisaban siluetas en las ventanas abiertas. Detrás de la casa no se veía tampoco ninguna mujer de color, con turbante rojo, sacando agua del gran pozo cubierto. Y la puerta principal de la amplia mansión indefensa permanecía abierta, como suele ocurrir en las edades de oro o, más exactamente, como ocurría en la edad de plata de Nueva Inglaterra. Gertrude la atravesó lentamente y cruzó luego las vacías habitaciones: amplias, de colores claros, con revestimiento de madera pintada de blanco y adornadas con muebles de caoba de patas esbeltas; de las paredes, a mucha distancia del suelo, colgaban grabados antiguos, en su mayor parte sobre temas bíblicos. Aquella agradable sensación

de soledad, de disponer de la casa para ella sola, que ya he indicado, siempre estimulaba la imaginación de Gertrude, aunque no hubiera sabido decir por qué, como tampoco lo sabe su humilde historiador. Siempre le parecía que tenía que hacer algo especial, que tenía que hacer honor a la ocasión; y mientras correteaba preguntándose qué era lo que podría hacer, normalmente el tiempo disponible se acababa. Aquel día se lo preguntó más que nunca. Al final cogió un libro. No había biblioteca en la casa, pero sí libros en todas las habitaciones. No figuraban entre ellos libros prohibidos, y Gertrude no se quedaba en casa para tener la posibilidad de encaramarse hasta algún estante inaccesible. Escogió uno de los volúmenes que estaban más a mano -uno de los tomos de *Las mil y una noches*-, regresó con él al porche y se sentó con el libro en el regazo. Allí, durante un cuarto de hora, leyó la historia de los amores del príncipe Camaralzaman y de la princesa Budur. Y cuando finalmente levantó la vista pudo comprobar -al menos así le pareció- que tenía delante al príncipe Camaralzaman. Un joven muy bien parecido le estaba haciendo una profunda reverencia; una reverencia magnífica, como nunca había visto otra. Se le diría caído del cielo: era extraordinariamente agraciado y sonreía, sonreía como si se lo hubiera propuesto. Por un instante la sorpresa hizo que Gertrude continuara sentada, sin moverse. Después se levantó, aunque sin tratar de conservar con el dedo el sitio donde había abandonado la lectura. El joven, con el sombrero en la mano, todavía la miraba, sonriendo y sonriendo. Era muy extraño.

-¿Sería usted tan amable -dijo por fin el misterioso visitante- de decirme si tengo el honor de hablar con la señorita Wentworth?

-Yo soy Gertrude Wentworth -murmuró la muchacha.

-En ese caso tengo el honor, el placer, de ser tu primo.

El muchacho tenía tanto de aparición que sus palabras sólo sirvieron para hacerlo más irreal.

-¿Qué primo? ¿Quién es usted? -dijo Gertrude.

El desconocido retrocedió unos pasos y miró hacia la casa; contempló el jardín y el panorama más distante. Luego se echó a reír.

-Ya veo que te parece muy extraño -dijo. Después de todo había algo muy corpóreo en su risa. Gertrude lo miró de arriba abajo. Sí; era notablemente bien parecido, pero su sonrisa resultaba casi una mueca-. Hay una gran calma -continuó él, acercándose de nuevo. Y como ella sólo le contestara con una mirada, añadió-: ¿Estás completamente sola?

-Todo el mundo se ha ido a la iglesia -dijo Gertrude.

-¡Me lo temía! -exclamó el joven-. Pero confío en no haberte asustado.

-Tiene usted que decirme quién es -contestó Gertrude.

-¡Tú sí que me estás asustando! -dijo el joven-. Tenía un plan distinto. Esperaba que un criado recogiera mi tarjeta y que, antes de dejarme entrar, todos la examinarais hasta descubrir mi identidad.

La imaginación de Gertrude había estado trabajando muy de prisa, y pronto obtuvo un resultado que parecía una respuesta -maravillosa, deliciosa- a su vago deseo de que sucediera algo.

-Ya sé, ya sé -dijo-. Has venido de Europa.

-Llegamos hace dos días. Has oído hablar de nosotros, entonces. ¿Crees en nosotros?

-Algo sabíamos -dijo Gertrude- acerca de unos parientes en Francia.

-Y ¿habéis tenido alguna vez deseos de verlos? -preguntó el joven.

Gertrude guardó silencio unos instantes.

-Yo deseaba conoceros.

-Me alegro entonces de haberte encontrado. Nosotros queríamos veros y hemos venido.

-¿Habéis venido por eso? -preguntó Gertrude.

El muchacho miró a su alrededor, sonriendo todavía.

-Sí, por eso. ¿Tienes la impresión de que vamos a resultar una molestia? -añadió-. No creo que lo seamos. En realidad nos gusta bastante vagabundear y ése era un excelente pretexto.

-Entonces, ¿acabáis de llegar?

-Llegamos a Boston hace dos días. Pregunté en el hotel por el señor Wentworth. Debe de ser tu padre. Descubrieron dónde vivía; parecían haber oído hablar de él con frecuencia. Decidí venir sin mayores preámbulos. Así que esta mañana me han indicado la dirección correcta, diciéndome que caminara en línea recta al salir de la ciudad. He venido a pie porque quería ver el paisaje. Anduve y anduve y ¡aquí estoy! Son unos cuantos kilómetros.

-Once -dijo Gertrude suavemente. Ahora que aquel joven bien parecido había demostrado ser de carne y hueso, sintió vagamente que estaba temblando, que la dominaba una profunda agitación. No había hablado nunca con un forastero, aunque había imaginado con frecuencia que sería delicioso hacerlo. Y he aquí que de pronto el descanso dominical había engendrado uno para su uso particular y, además, ¡brillante, educado y sonriente! De todas maneras, consiguió recobrar la compostura y recordar que debía mostrarse, por así decirlo, oficialmente hospitalaria-. Estamos muy..., muy contentos de verte -dijo-. ¿No quieres entrar en casa? -acercándose a la puerta que estaba abierta.

-Entonces, ¿no te doy miedo? -preguntó el joven de nuevo, riendo sin esfuerzo.

Gertrude vaciló un momento y luego dijo:

-Aquí nunca tenemos miedo.

-*Ah, comme vous devez avoir raison!* -exclamó el joven, mirando a su alrededor con gesto apreciativo. Era la primera vez que Gertrude oía juntas tantas palabras francesas. Tuvo una sensación muy particular. Su interlocutor siguió observando, también con su dosis personal de agitación, a aquella muchacha alta e interesante con un vestido claro de muselina. Se detuvo en el vestíbulo, donde había una amplia escalera blanca con una barandilla también blanca-. ¡Qué casa más agradable! -dijo-. Es más airosa por dentro que por fuera.

-Estaremos mejor aquí -dijo Gertrude, conduciéndolo al salón: una habitación de techo alto, muy limpia, con aire de estar casi vacía. Se quedaron de pie, mirándose el uno al otro. El muchacho sonriendo más que nunca y Gertrude, muy seria, tratando de sonreír.

-Me parece que no sabes cómo me llamo -dijo él-. Soy Felix Young. Tu padre es mi tío. Mi madre era su hermanastra y de más edad que él.

-Sí -dijo Gertrude-; se convirtió al catolicismo y se casó en Europa.

-Ya veo que lo sabes -dijo el joven-. Se casó y murió. A la familia de tu padre no le gustaba su marido. Lo consideraban extranjero, aunque no era cierto: mi pobre padre había nacido en Sicilia, pero sus padres eran norteamericanos.

-¿En Sicilia? -murmuró Gertrude.

-Es verdad -dijo Felix- que vivieron siempre en Europa. Pero eran muy patriotas. Mi hermana y yo también.

-Entonces, tú eres siciliano -dijo Gertrude.

-¿Siciliano? ¡No! Verás. Nací en un pueblecito, en un encantador pueblecito francés. Mi hermana nació en Viena.

-Entonces eres francés -dijo Gertrude.

-¡Nada de eso! -exclamó Felix. Los ojos de Gertrude lo examinaban casi con insistencia. Se echó otra vez a reír-. No me cuesta ningún trabajo ser francés si eso te agrada.

-Eres algo muy parecido a un extranjero -dijo Gertrude.

-Muy parecido, es cierto. Supongo que sí. Pero, ¿quién podría decir hasta qué punto? No hemos tenido nunca ocasión de dilucidar este asunto. Debes saber que hay gente así. Personas incapaces de decir con exactitud cuál es su país, o su religión, o su profesión.

Gertrude seguía mirándolo fijamente; aún no le había dicho que se sentara. Nunca había oído hablar de gente así y quería saber más.

-¿Dónde vives? -preguntó.

-¡Tampoco es fácil contestar a eso! -dijo Felix-. Vamos a pareceros poco más que simples vagabundos. Yo he recorrido bastantes países. En realidad creo haber vivido en todas las ciudades de Europa.

Gertrude dejó escapar un suave y prolongado suspiro. Felix le sonrió de nuevo y ella se ruborizó un poco. Para disimular su turbación le preguntó si después de su caminata no tenía hambre o sed. Llevaba una mano metida en el bolsillo y estaba jugueteando con la llavecita que le había dado su hermana.

-Mi querida prima -dijo Felix, uniendo las manos-, ¡si quisieras darme, caritativamente, un vaso de vino!

Gertrude sonrió, asintió levemente con la cabeza y salió rápidamente de la habitación. Volvió de inmediato con un voluminoso recipiente en una mano y en la otra una bandeja con una gran tarta redonda cubierta de azúcar glasé. Gertrude, al sacar la tarta del armario, recordó con claridad que se trataba del dulce con el que su hermana pensaba obsequiar al señor Brand. Su primo del otro lado del océano estaba mirando los pálidos grabados que colgaban de tan alto. Al entrar ella se volvió, sonriéndole de nuevo, como si fueran viejos amigos que vuelven a encontrarse después de una larga separación.

-¿Me vas a servir tú misma? -preguntó-. ¡Eso es tratarme como a un dios!

Gertrude había servido a mucha gente, pero nunca le habían dicho nada parecido. La observación provocó que su modo de andar adquiriese una nueva gracia mientras se acercaba a una mesita sobre la que se hallaban unos curiosos vasos de color rojo, cubiertos con menudos adornos dorados, a los que Charlotte quitaba el polvo todas las mañanas personalmente. Gertrude pensaba que los vasos eran elegantes y también le resultaba placentero saber que el vino era bueno, que se trataba del famoso madeira de su padre. Felix Young lo encontró excelente y se preguntó por qué le habían dicho que no había vino en los Estados Unidos. Gertrude le cortó una enorme ración de tarta y volvió a pensar en el señor Brand. Felix se sentó, con el vaso en una mano y la tarta en la otra, y comió, bebió, sonrió y habló.

-Estoy hambriento -dijo-. Cansado, no; nunca me canso. Pero estoy terriblemente hambriento.

-Debes quedarte a comer -dijo Gertrude-. Comemos a las dos. Habrán vuelto todos de la iglesia. Verás a los demás.

-¿Quiénes son los demás? -preguntó Felix-. Descríbeme los a todos.



-Los vas a ver tú mismo. Eres tú quien debe contarme cosas; acerca de tu hermana, por ejemplo.

-Mi hermana es la baronesa Münster -explicó Felix.

Al oír que la hermana de su primo era una baronesa, Gertrude se levantó del asiento, empezó a pasear con lentitud y permaneció callada unos momentos. Estaba pensando en ello.

-¿Por qué no ha venido también? -preguntó.

-También ha venido. Está en Boston, en el hotel.

-Iremos a verla -dijo Gertrude, mirándolo.

-¡Me ha pedido que no lo hagáis! -replicó el joven-. Os saluda cariñosamente y me ha encargado que anuncie su visita. Vendrá ella a presentar sus respetos a tu padre.

Gertrude sintió que temblaba de nuevo. Una baronesa Münster que envía a un joven brillante para «anunciarla»; que iba a venir, como la reina de Saba fue a Salomón, para presentar sus «respetos» al tranquilo señor Wentworth; un personaje así aparecía ante la imaginación de Gertrude como la más eficaz de las novedades. Durante unos instantes apenas supo qué decir.

-¿Cuándo va a venir? -preguntó por fin.

-Tan pronto como se lo permitáis... Mañana. Está muy deseosa -contestó Felix, que quería mostrarse complaciente.

-Mañana..., sí -dijo Gertrude. Deseaba preguntar más cosas, pero apenas sabía en qué términos hablar de una baronesa Münster-. ¿Está..., está casada?

-Está casada con un príncipe alemán, el príncipe Adolf, de Siberstadt-Schreckenstein. No es el príncipe reinante, sino su hermano menor.

Gertrude miró a su informador con la boca ligeramente abierta.

-¿Es una... *princesa*? -preguntó finalmente.

-No, no -dijo el joven-. Su posición es bastante singular.

Se trata de un matrimonio morganático.

-¿Morganático? -eran nuevos nombres y nuevas palabras para la pobre Gertrude.

-Así es como se llama a un matrimonio contraído entre un vástago de una casa reinante y... una persona corriente. A Eugenia, pobrecilla, la han hecho baronesa, pero era todo lo que podían hacer. Y ahora quieren anular el matrimonio. El príncipe Adolf, entre nosotros, es un mequetrefe; pero su hermano, que es un hombre inteligente, tiene otros planes para él. Yo no creo que a ella eso le preocupe demasiado en realidad (es una mujer muy inteligente; estoy seguro de que te va a gustar mucho), pero quiere que sufran un poco. En estos momentos todo está *en l'air*.

El tono alegre y desenfadado con que su visitante relataba aquella historia romántica y sombría le pareció muy extraño a Gertrude. Y al mismo tiempo le resultaba halagador; era como un reconocimiento de su prudencia y dignidad. Sintió que una docena de impresiones se agitaban dentro de ella y, al final, la que quedó encima halló las palabras adecuadas.

-¿Quieren anular el matrimonio? -preguntó.

-Así parece.

-¿En contra de su voluntad?

-En contra de sus derechos.

-¡Debe de ser muy desdichada! -dijo Gertrude.

Su visitante la miró sonriendo; se llevó una mano a la nuca y la mantuvo allí unos

momentos.

-Eso dice ella -contestó-. Ésa es su historia. Me dijo que os la contara.

-Cuéntame más cosas -dijo Gertrude.

-No. Prefiero que sea ella; sabe hacerlo mejor.

Gertrude dejó escapar de nuevo un suspiro cargado de emoción.

-Bueno; si no es feliz -dijo-, me alegro de que haya venido a nosotros.

Había estado tan embebida que no oyó el ruido de pisadas en el porche, aunque eran unas pisadas que reconocía siempre. Las oyó cuando cruzaban el vestíbulo y entonces miró por la ventana. Volvían todos de la iglesia: su padre, su hermana, su hermano y sus primos, que venían siempre a comer los domingos. El señor Brand había entrado el primero; al parecer estaba todavía dispuesto a decir lo que ella no había querido que dijera una hora antes. Entró en el salón buscando a la muchacha. Llevaba dos libritos en la mano. Al ver al acompañante de Gertrude se detuvo muy despacio, mirándolo.

-¿Es uno de los primos? -preguntó Felix.

Entonces Gertrude comprendió que tenía que presentarlo, pero sus oídos, y, por simpatía, sus labios, rebosaban de todo lo que él le había estado contando.

-Es el príncipe -dijo-, ¡el príncipe de Silberstadt-Schreckenstein!

Felix se echó a reír y el señor Brand siguió inmóvil, con los ojos muy abiertos, mientras los demás, que habían entrado en la casa, aparecían tras él en el umbral de la puerta.

## Tres

Aquella noche, durante la cena, Felix Young hizo un resumen de sus impresiones a su hermana, la baronesa Münster. Eugenia vio que había vuelto repleto de optimismo, pero eso no era razón suficiente para que ella se alegrara. Tenía una confianza limitada en los juicios de su hermano: su capacidad para ver la vida de color de rosa era tan intensa que convertía en vulgar uno de los tonos más hermosos. Sin embargo lo consideraba capaz de exponer unos simples hechos, y le pidió, con cierta impaciencia, que se los relatara.

-Espero, por lo menos, que no te hayan dado con la puerta en las narices -dijo-. Has estado fuera cerca de diez horas.

-¡Con la puerta en las narices! -exclamó Felix-. Me han abierto sus corazones; han sacrificado al ternero cebado.

-Ya sé lo que vas a decirme: que son una colección de ángeles.

-Exactamente -dijo Felix-; son, sencillamente, una colección de ángeles.

-*C'est bien vague* -hizo notar la baronesa-. ¿Qué aspecto tienen?

-No se parecen a nada que hayas visto.

-Te quedo muy agradecida, pero eso tampoco me aclara nada. En serio, ¿se han alegrado de verte?

-Estaban encantados. Ha sido el día más glorioso de mi vida. ¡Nunca, nunca se me había tratado con tanta consideración! Te lo aseguro: era el amo del gallinero. Mi querida hermana -dijo Felix-, *nous n'avons qu'à nous tenir*; ¡vamos a ser grandes personajes!

Madame Münster lo miró y en sus ojos brilló un relámpago de dubitativa confianza. Rozó con los labios la copa de vino y dijo:

-Descríbelos. Hazme su retrato.

Felix apuró la copa.

-La finca está en medio del campo, entre prados y bosques. Un sitio bastante agreste, aunque no lejos de aquí. Pero ¡qué carretera, querida! Imagínate un glaciar reproducido en barro. De todas formas, no pasarás mucho tiempo recorriéndola, porque quieren que vayas y te quedes para siempre.

-¡Ah! -dijo la baronesa-. ¿Quieren que vaya y que me quede para siempre? *Bon.*

-Todo es muy rural, tremendamente sencillo, y está bañado por esta extraña luz blanca y este inmenso cielo azul. Hay una gran casa de madera; una especie de chalet de tres pisos que parece un juguete de Nuremberg a escala de gigante. Había allí un caballero que me dio una disertación acerca de la casa, llamándola una «venerable mansión», pero se diría que terminaron anoche de construirla.

-¿Es bonita? ¿Es elegante? -preguntó la baronesa.

Felix la miró un momento sonriendo.

-Está muy limpia. Sin esplendores, ni dorados, ni ejércitos de sirvientes; bastantes sillas de respaldo recto. Pero se puede comer en el suelo y sentarse en las escaleras.

-Eso debe de ser un privilegio. Supongo que también los habitantes tienen la espalda recta.

-Los habitantes, mi querida hermana -dijo Felix-, son encantadores.

-¿En qué estilo?

-En su propio estilo. ¿Cómo podría describirlo? Primitivo, patriarcal, el *ton* de la edad de oro.

-¿Y no tienen nada dorado excepto el *ton*? ¿No hay signos de riqueza?

-Diría que hay riqueza sin signos. Un modo de vida sencillo y hogareño; nada para aparentar y muy poco para..., ¿cómo lo diría?... para los sentidos; pero una gran *aisance* y mucho dinero que no se ve, que sigue su curso tranquilamente por medio de donativos a instituciones, o en la mejora de las fincas, o para pagar las facturas del médico; quizá también en dotes para las hijas.

-¿Y las hijas? -inquirió Madame Münster-. ¿Cuántas son?

-Dos: Charlotte y Gertrude.

-¿Son bonitas?

-Una de ellas.

-¿Cuál de las dos?

Felix tardó en hablar, sin dejar de mirar a su hermana.

-Charlotte -dijo por fin.

Eugenia también lo miró.

-Ya entiendo. Te has enamorado de Gertrude... Deben de ser puritanos hasta la médula de los huesos. ¡Serán todo menos alegres!

-No. No son alegres -admitió Felix-. Son sobrios, severos incluso. Personas reflexivas. Se toman las cosas en serio. Creo que tienen algún problema; algún recuerdo melancólico o el temor de alguna desgracia futura. No disfrutaban de un temperamento epicúreo. Mi tío, el señor Wentworth, es un hombre de una dignidad tremenda; parece que estuviera sufriendo martirio, pero no por el fuego sino por el hielo. Pero nosotros los alegraremos, seremos una influencia benéfica. Vamos a agitarlos un poco. Pero son extraordinariamente amables y delicados, y saben apreciar lo que ven. ¡Les parece inteligente! ¡Creen que tienes cualidades notables!

-Hasta ahí todo eso está muy bien -dijo la baronesa-. Pero, ¿vamos a tener que

limitarnos a esas tres personas: el señor Wentworth y las dos chicas (¿cómo dijiste que se llamaban?), Deborah y Hephzibah?

-Hay otra muchachita, una prima suya; una criaturita muy mona, una perfecta americanita. Y además está el hijo varón.

-Eso está mejor -dijo la baronesa-. Hemos llegado a los caballeros. ¿Qué hay del hijo varón?

-Me temo que se achispa a veces.

-¡Entonces es que posee un temperamento epicúreo! ¿Edad?

-Alrededor de veinte. Bien parecido, pero me temo que de gustos vulgares. También está el señor Brand, un joven muy alto, una especie de cura laico. Al parecer lo tienen en gran aprecio, aunque yo no sé a qué carta quedarme.

-¿Y no hay nada -preguntó la baronesa- entre esos dos extremos, el eclesiástico misterioso y el joven intemperante?

-Ya lo creo; está el señor Acton. Creo -dijo Felix, haciendo una inclinación de cabeza a su hermana- que te gustará el señor Acton.

-Recuerda que soy muy exigente -dijo la baronesa-. ¿Tiene muy buenos modales?

-Los tendrá estando contigo. Es un hombre de mundo; ha estado en China.

Madame Münster lanzó una risita.

-¡Un hombre del Oriente! Debe de ser muy interesante. -Tengo la impresión de que ha vuelto a casa con una gran fortuna -dijo Felix.

-Eso siempre es interesante. ¿Es joven, atractivo, inteligente?

-No llega a los cuarenta. Se está quedando calvo. Dice cosas ingeniosas. Me inclino a pensar -añadió el joven- que admirará a la baronesa Münster.

-Es muy posible -dijo la dama.

Felix nunca sabía cómo su hermana se iba a tomar las cosas, pero poco después Eugenia declaró que le había hecho una descripción muy agradable y que al día siguiente iría a comprobarlo todo personalmente.

De manera que se pusieron en camino en un gran birlocho: un vehículo al que la baronesa no pudo encontrar otro inconveniente que el precio que les pidieron y el hecho de que el cochero llevara un sombrero de paja. (En Silberstadt, Madame Münster había tenido lacayos con libreas de color amarillo y carmesí.) Mientras el coche se alejaba de la ciudad, la baronesa, muy recostada y balanceando su sombrilla con adornos de encaje, miraba hacia derecha e izquierda, examinando el paisaje que desfilaba a los lados. Al cabo de cierto tiempo dictaminó que era *affreux*. Su hermano hizo notar que, probablemente, se trataba de una zona en la que los primeros términos desmerecían frente a los *plans reculés*, y la baronesa replicó que todo el paisaje parecía ser primeros términos. Felix había fijado con sus nuevos amigos que llegaría con su hermana a las cuatro de la tarde. La amplia casa, con su sencilla fachada, presentaba un aspecto muy acogedor. Los olmos, altos y esbeltos, arrojaban sombras alargadas. La baronesa se apeó. Sus parientes americanos se hallaban en el porche. Felix les saludó con el sombrero y un caballero alto y enjuto, de frente amplia y rostro completamente afeitado, echó a andar hacia la puerta del jardín. Charlotte Wentworth se colocó a su lado; Gertrude también se puso en movimiento, aunque más lentamente. Las dos señoritas llevaban crujientes vestidos de seda. Felix hizo entrar a su hermana en el jardín. «Sé muy amable», le dijo. Pero comprendió que su advertencia era superflua. Eugenia estaba decidida a ser tan encantadora como sólo Eugenia sabía serlo. Felix no conocía placer más perfecto que el

de admirar a su hermana sin reservas, porque, si bien lo disfrutaba con cierta frecuencia, no se le podía calificar de habitual. Cuando Eugenia quería agradar, resultaba, tanto para él como para cualquier otra persona, la mujer más encantadora del universo. Entonces Felix se olvidaba de que Eugenia podía ser distinta; se olvidaba de que a veces era dura y perversa, de que en ocasiones llegaba a darle miedo. Ahora, al tomarla del brazo para entrar en el jardín, sintió que deseaba agradar, que se proponía gustar, y esa seguridad le hizo muy feliz. Eugenia agradaría.

El caballero alto se acercó con aire tieso y solemne, si bien su tiesura no tenía un significado descortés. El comportamiento del señor Wentworth estaba dictado, en realidad, por un sentimiento de gran responsabilidad, de la solemnidad de la ocasión, de la dificultad para llegar a demostrar a una dama tan distinguida, y tan desgraciada al mismo tiempo, la deferencia adecuada. Felix había observado ya el día anterior la característica palidez de su tío, y ahora advirtió que había algo cadavérico en su rostro de rasgos adustos. Pero había comprendido también, gracias a una de sus rápidas y felices intuiciones, que en aquellas fúnebres manifestaciones no había motivo alguno de alarma. Su imaginación despierta le había permitido vislumbrar el mecanismo espiritual del señor Wentworth, haciéndole saber que, dada su extremada delicadeza de conciencia, toda situación extraordinaria se acompañaba de algunos síntomas de cansancio.

La baronesa tomó la mano de su tío y se le quedó mirando con su rostro poco correcto y su hermosa sonrisa.

-¿He hecho bien en venir? -preguntó.

-Muy bien, muy bien -dijo solemnemente el señor Wentworth. Había preparado un pequeño discurso, pero comprobó que se le había olvidado y casi se asustó. Ninguna mujer lo había mirado nunca de aquella manera, con aquella sonrisa intensa e inacabable; y, además, el hecho de que la mujer que le estaba sonriendo y que le había producido instantáneamente la viva impresión de que poseía otras cualidades igualmente extraordinarias fuese su sobrina, la hija de su hermana, le hacía asombrarse aún más y lo desconcertaba. La idea de que su sobrina fuese una baronesa alemana, casada «morganáticamente» con un príncipe, le había dado ya mucho que pensar. ¿Estaba bien? ¿Era justo, era aceptable? El señor Wentworth siempre dormía mal y la noche anterior había permanecido despierto mucho más tiempo del habitual, haciéndose esas preguntas. La extraña palabra «morganático» resonaba constantemente en sus oídos; le recordaba a cierta señora Morgan que conoció tiempo atrás, una mujer descarada y antipática. Tenía la impresión de que era su deber, mientras la baronesa le estuviera mirando y sonriendo de aquella manera, sostenerle la mirada con sus órganos visuales, escrupulosamente ajustados y deliberadamente fríos, pero en aquella ocasión no cumplió con su deber hasta el final, porque miró en dirección a sus dos hijas.

-Nos alegramos mucho de verla -dijo-. Permítame que le presente a mis hijas: la señorita Charlotte Wentworth y la señorita Gertrude Wentworth.

La baronesa pensó que no había visto nunca personas más inexpresivas. Charlotte, sin embargo, la besó y cogió de la mano, mirándola dulce y solemnemente. Gertrude le pareció decididamente fúnebre, aunque debería sentirse satisfecha de que Felix, con su sonrisa radiante, hubiese estado hablando con ella y antes la hubiera saludado como a una antigua amiga. Cuando besó a la baronesa, Gertrude tenía lágrimas en los ojos. Madame Münster cogió a las dos jóvenes de la mano y las miró detenidamente. Charlotte le pareció muy extraña y vestida de manera singular; no hubiera sabido decir si bien o mal. Se

alegró, en cualquier caso, de que ambas se hubieran puesto sus vestidos de seda, especialmente Gertrude.

-Mis primas son muy bonitas -dijo la baronesa, mirando a una y otra-. Tiene usted unas hijas muy bien parecidas, tío.

Charlotte se ruborizó al instante; nunca había oído una opinión sobre su apariencia personal dicha con voz tan clara y expresiva. Gertrude apartó los ojos, aunque no para mirar a Felix. Estaba encantada. No era el cumplido lo que le agradaba; no se lo había creído; no se consideraba bonita. Difícilmente habría sabido explicar la causa de su satisfacción, que procedía de algo en la manera de hablar de la baronesa y que no disminuía -más bien aumentaba, cosa extraña- por no creer en su sinceridad. El señor Wentworth guardó silencio y después hizo la pregunta protocolaria:

-¿No quiere usted entrar en la casa?

-No están todos -dijo la baronesa-; tiene usted otros hijos.

-Tengo un hijo -contestó el señor Wentworth.

-Y ¿por qué no ha salido a recibirme? -exclamó Eugenia-. Me temo que no sea tan encantador como sus hermanas.

-No lo sé; tendré que averiguarlo -dijo el anciano.

-Le asustan bastante las señoras -dijo Charlotte en voz baja.

-Es muy guapo -dijo Gertrude, alzando la voz todo lo que pudo.

-Iremos a buscarlo. Lo sacaremos de su *cachette* -y la baronesa cogió del brazo al señor Wentworth, que no recordaba habérselo ofrecido y que, mientras se dirigían hacia la casa, se preguntaba si debería habérselo ofrecido y si estaba bien que ella se hubiera tomado aquella libertad.

-Quisiera conocerlos bien a todos -dijo la baronesa, interrumpiendo las reflexiones de su tío- y que ustedes también me conozcan.

-Es natural que llegemos a conocernos -asintió el señor Wentworth-. Somos parientes muy próximos.

-¡Ah! Llega un momento en la vida en que se vuelve, irresistiblemente, a los lazos de la sangre, a los afectos familiares. ¡También usted tiene que haberse dado cuenta! -dijo Eugenia.

El día anterior Felix le había dicho al señor Wentworth que Eugenia era muy inteligente, muy brillante, y esa información le había intranquilizado un tanto. Supuso que su última frase era una manifestación de inteligencia y que también empezaba a hacer su aparición la brillantez.

-Sí; los afectos familiares son muy fuertes -murmuró.

-En algunas personas -respondió la baronesa-. No en todas -sin dejar de sonreír cogió otra vez de la mano a Charlotte, que caminaba a su lado-. Y tú, *cousine* -prosiguió-, ¿cómo has conseguido ese cutis tan encantador? ¡Parece hecho de lirios y rosas!

En el rostro de Charlotte las rosas comenzaron inmediatamente a destacar sobre los lirios y, apresurando el paso, llegó en seguida al porche.

-Éste es el país de los cutis sonrosados -continuó la baronesa, dirigiéndose al señor Wentworth-. Estoy convencida de que son más delicados. Los hay excelentes en Inglaterra... y en Holanda, pero tienden a ser más toscos. Demasiado rojizos.

-Creo que podrá usted comprobar -dijo el señor Wentworth- que este país, en muchos aspectos, es superior a los que acaba de mencionar. También yo conozco Inglaterra y Holanda.

-¿Ha estado usted en Europa? -exclamó la baronesa-. ¿Cómo no vino a verme? Aunque, después de todo, es mejor así -continuó. Estaban entrando en la casa; se detuvo y miró a su alrededor-. ¡Veo que ha decorado usted su casa, su hermosa casa, al gusto holandés!

-Es una casa muy antigua -señaló el señor Wentworth-. El general Washington pasó aquí una semana. .

-He oído hablar de Washington -exclamó la baronesa-. Mi padre le adoraba.

El señor Wentworth guardó silencio unos instantes y luego dijo:

-Pude constatar que era bien conocido en Europa.

Felix estaba en el jardín con Gertrude; se había quedado inmóvil ante ella, sonriendo como el día anterior. A ella le parecía un sueño lo que había pasado veinticuatro horas antes. Todo había cambiado al aparecer Felix. Los demás también lo habían visto, habían hablado con él; pero que volviera, que fuera parte del futuro, parte de su vida limitada, familiar y meditativa, era algo que necesitaba otra vez del testimonio de los sentidos. El testimonio ya era un hecho y sus sentidos parecían alegrarse de ello.

-¿Qué te parece Eugenia? -preguntó Felix-. ¿No es encantadora?

-Es deslumbrante -dijo Gertrude-, pero todavía no sé qué decir. Me parece como una soprano cantando una romanza. No se puede opinar hasta que termina.

-¡Nunca terminará de cantar! -exclamó Felix riendo-. ¿No te parece hermosa?

A Gertrude le había defraudado la belleza de la baronesa Münster. Esperaba, por motivos misteriosos, que se pareciera a un retrato muy bonito de la emperatriz Josefina cuya reproducción adornaba uno de los salones de la casa y que la más joven de las Wentworth siempre había admirado mucho. Pero la baronesa no se le parecía en absoluto. Sin embargo, aun siendo diferente, era maravillosa, y Gertrude comprendió que esa diferencia no disminuía su encanto. Era extraño, de todas formas, que Felix hablara con tanta seguridad de la belleza de su hermana.

-Creo que me parecerá hermosa -dijo Gertrude-. Debe de ser muy interesante conocerla, aunque me temo que nunca lo conseguiré.

-La conocerás bien; llegaréis a ser grandes amigas -afirmó Felix como si se tratara de la cosa más fácil del mundo.

-Es muy elegante -dijo Gertrude, mirando a la baronesa, que seguía cogida del brazo de su padre. Le resultaba muy agradable decir de alguien que era elegante.

Felix, mientras tanto, había estado mirando a su alrededor.

-Y tu primita de ayer -dijo-, que era tan extraordinariamente bonita, ¿qué se ha hecho de ella?

-Está en la sala -respondió Gertrude-. Sí que es muy bonita.

Pensó que era su deber entrar inmediatamente en la casa con Felix para que así pudiera acercarse a su prima. Pero, después de vacilar un instante, se quedó donde estaba.

-No creía que fueras a volver -dijo.

-¡Que no iba a volver! -exclamó Felix riendo-. Eso es que no apreciaste la impresión que recibió este sensible corazón mío.

Gertrude se preguntó si se referiría a la impresión que le había hecho su prima.

-Es verdad -dijo-. No creía que te volviéramos a ver.

-Y ¿qué pensabas que iba a ser de mí?

-No lo sé; que te desvanecerías.

-¡Vaya un cumplido a mi solidez! Me desvanezco con mucha frecuencia -dijo Felix-, pero siempre queda algo.

-Salí y te esperé junto a la puerta porque los demás lo hicieron -siguió Gertrude-, pero no me hubiera sorprendido que no aparecieras.

-Espero -dijo Felix mirándola- que no te hayas sentido defraudada.

La señorita Wentworth lo miró un momento y movió la cabeza.

-¡No, no!

-*Ah, par exemple!* -exclamó el muchacho-. Mereces que no te deje nunca.

Al entrar en el salón encontraron allí al señor Wentworth haciendo las presentaciones. De pie, frente a la baronesa, estaba un muchacho que reía poco y se ruborizaba mucho, balanceando alternativamente el cuerpo sobre uno u otro pie; era un joven delgado, de aspecto apacible y facciones correctas, como las del señor Wentworth. Detrás de él otros dos caballeros se habían levantado también de sus asientos; y, un poco separada, cerca de una de las ventanas, se hallaba una muchacha muy bonita que estaba haciendo calceta, pero sin dejar de mirar ala baronesa con grandes *ojos* muy brillantes mientras sus dedos se movían ágilmente.

-¿Cómo se llama su hijo? -preguntó Eugenia, sonriendo al muchacho.

-Soy Clifford Wentworth, prima -dijo él con voz trémula.

-Y ¿cómo es que Clifford Wentworth no ha salido a recibirme? -preguntó la baronesa con su hermosa sonrisa.

-No creí que me necesitara -respondió Clifford, balanceándose ligeramente.

-Siempre se necesita un *beau cousin*, *¡si* es que se tiene! Pero si en el futuro te portas bien conmigo no te guardaré rencor.

Acto seguido Madame Münster dirigió su sonrisa hacia los otros ocupantes del cuarto. La expresión sincera y la figura ensotana del señor Brand, cuyos ojos miraban con fijeza al señor Wentworth, como pidiéndole que no prolongara una situación anómala, atrajeron primero su atención. El señor Wentworth hizo la debida presentación y Eugenia, después de mirarlo con gran cordialidad, se volvió hacia el otro caballero.

Este último personaje era un hombre de estatura y peso algo inferiores a lo normal, de ojos oscuros muy vivos, agradables y observadores, escasos cabellos, también oscuros, y bigotito. Tenía las manos metidas en los bolsillos, pero al mirarle Eugenia las sacó en seguida, aunque sin volverse hacia su anfitrión con expresión suplicante, como había hecho el señor Brand. Miró, por el contrario, a Eugenia a los ojos, como si apreciara el privilegio de contemplarlos. Madame Münster comprendió al instante que era la persona más importante de la reunión y permitió que aquella impresión se manifestara un tanto en la leve inclinación apreciativa con que recibió el anuncio del señor Wentworth:

-Mi primo, el señor Acton.

¿Primo suyo, pero no mío? -preguntó la baronesa. -Eso sólo depende de usted -dijo riendo el señor Acton.

La baronesa lo miró un momento y advirtió que tenía dientes muy blancos.

-Dejémoslo depender de su comportamiento -dijo-. Creo que será mejor esperar. Tengo ya bastantes primos. A no ser que también pueda reclamar el parentesco de esta encantadora muchacha -y señaló a la joven que estaba junto a la ventana.

-Es mi hermana -dijo el señor Acton. Y Gertrude Wentworth rodeó con el brazo a la muchacha y la hizo acercarse, aunque, al parecer, no hacía mucha falta que nadie la condujera. Se acercó a la baronesa con pasos rápidos y ligeros y perfecto dominio de sí, al tiempo que enrollaba la labor sobre las agujas. Tenía los ojos de color azul marino, el cabello, de color castaño oscuro y era extraordinariamente bonita.



Eugenia la besó, como había besado a las otras jóvenes y después se apartó un poco de ella para mirarla mejor.

-Otro *tipe* completamente distinto -dijo, pronunciando la palabra al modo francés-. Un esquema distinto, tío; un carácter diferente del de sus hijas. Como ves, Felix -continuó-, se parece más a lo que siempre hemos considerado el tipo americano.

Durante este examen la muchacha fue sonriendo por turno a cada uno de los presentes y de modo especial a Felix.

-¡Yo no veo más que un solo tipo! -exclamó Felix riendo-. ¡El tipo adorable!

Esta ocurrencia fue recibida con total silencio, pero Felix, que aprendía muy de prisa, sabía que aquellos silencios, tan frecuentes entre sus nuevos conocidos, no indicaban forzosamente ni frialdad ni desagrado. Era, cabría decir, un silencio expectante, ligado con la modestia. Todos rodeaban a su hermana como esperando la manifestación de alguna habilidad especial, de algún talento extraordinario. Su actitud parecía implicar que Eugenia era algo así como un saltimbanqui de la conversación, adornada de gasas y lentejuelas intelectuales. Esta actitud dio cierta carga irónica a las palabras inmediatas de Madame Münster.

-Así que éste es su círculo -le dijo a su tío-. Éste es su *salon*. Éstos son, si no me equivoco, sus visitantes asiduos. Estoy encantada de conocerlos a todos.

-Se encuentran como en su propia casa -dijo el señor Wentworth-. Ustedes deben hacer lo mismo.

-Deben hacer algo más, padre -intervino Charlotte Wentworth, volviendo el rostro, dulce y serio y, al mismo tiempo, tímido y apacible, hacia la baronesa-: ¿Cómo te llamas? -le preguntó.

-Eugenia Camila Dolores -dijo Madame Münster sonriendo-. Pero no necesitas usarlos todos.

-Te llamaré Eugenia si me lo permites. Debes venir y quedarte con nosotros.

La baronesa apoyó una mano en el brazo de Charlotte con mucha ternura, pero no dijo nada. Se estaba preguntando si sería posible «estar» con aquellas personas.

-Sería muy agradable, muy agradable -dijo. Sus ojos recorrieron la habitación, deteniéndose en las personas. Quería ganar tiempo antes de comprometerse. Su mirada cayó sobre el señor Brand, que estaba de pie con los brazos cruzados y una mano en la barbilla, mirándola-. Imagino que este caballero es un eclesiástico -añadió, bajando un poco la voz, en dirección del señor Wentworth.

-Es ministro -contestó el señor Wentworth. -¿Protestante? -preguntó Eugenia.

-Pertenezco a la iglesia unitaria, señora -replicó el señor Brand con gran dignidad.

-Ah, ya veo -dijo Eugenia-. Algo nuevo -la baronesa nunca había oído hablar de aquella confesión religiosa.

El señor Acton empezó a reírse y Gertrude miró ansiosamente al señor Brand.

-Ha venido usted de muy lejos -dijo el señor Wentworth, -Así es, de muy lejos -replicó la baronesa con un gracioso movimiento de cabeza, un gesto que podía significar muchas cosas diferentes.

-Ésa es una razón para que se quede con nosotros -dijo su tío con cierta sequedad en la expresión, pero con una delicadeza en el significado que la inteligencia de Eugenia no podía dejar de apreciar.

La baronesa miró al señor Wentworth y, por un instante, en su rostro frío e inexpressivo le pareció descubrir un remoto parecido con el vago recuerdo que conservaba de su ma-

dre. Eugenia era una mujer de emociones repentinas y ahora, inesperadamente, sintió que nacía una nueva en su corazón. Continuó mirando en torno suyo. Comprendió que había admiración en todos los ojos fijos en ella y sonrió a todos.

-Vine a ver..., a intentar..., a preguntar -dijo-. Me parece que he hecho bien. Estoy muy cansada; necesito un poco de reposo -había lágrimas en sus ojos. El interior luminoso, las personas, tranquilas y afectuosas; la vida sencilla y seria: la percepción de todo aquello le pesó como una fuerza arrolladora y sintió que cedía ante una de las emociones más auténticas que había experimentado nunca-. Me gustaría quedarme -dijo-. Permitan que me quede.

Aunque estaba sonriendo, había lágrimas tanto en su voz como en sus ojos.

-Mi querida sobrina -dijo el señor Wentworth en voz baja. Y Charlotte extendió los brazos y atrajo hacia sí a la baronesa mientras Robert Acton, dándose la vuelta, se metía las manos en los bolsillos.

## **Cuatro**

Pocos días después de conocer a sus parientes norteamericanos la baronesa Münster volvió con su hermano y tomó posesión de la casita blanca situada junto al hogar de su tío de la que ya se ha hablado anteriormente. El señor Wentworth puso a su disposición el cómodo chalé cuando fue a devolverle la visita acompañado de sus hijas; aquella oferta fue el resultado de una conversación familiar, que se prolongó a intervalos durante las primeras veinticuatro horas que siguieron a su primer encuentro, y en la cual se examinó y analizó a los dos forasteros con mucha seriedad y perspicacia. La conversación transcurrió, como he dicho, dentro del círculo familiar, aunque ese círculo, al igual que en otras muchas ocasiones, incluía también, en la tarde que siguió al regreso de Madame Münster a la ciudad, a Robert Acton y a su encantadora hermana. Si hubieran estado ustedes presentes habrían sacado la impresión de que la llegada de aquellos atractivos desconocidos no se consideraba un acontecimiento alegre ni una probable fuente de diversión. El señor Wentworth no se enfrentaba así con los acontecimientos. La repentina irrupción en su vida de un elemento no incluido en su esquema de obligaciones habituales exigía un reajuste del sentido de responsabilidad que era su característica más destacada. Los primos norteamericanos de Felix Young nunca se habían dedicado al ejercicio intelectual de valorar un acontecimiento, brutal y descaradamente, desde el punto de vista del placer que pudiera proporcionarles; y no sospechaban, desde luego, hasta qué punto ese criterio se utiliza sin restricciones en todos los sectores de la sociedad humana. La llegada de Felix y de su hermana suponía una satisfacción, pero una satisfacción singularmente desprovista de alegría y flexibilidad. Traía consigo un aumento de los propios deberes y exigía el ejercicio de las virtudes más recónditas, pero ni el señor Wentworth, ni Charlotte, ni el señor Brand -que era, entre aquellas excelentes personas, un gran inspirador de reflexiones morales y de buenos propósitos- la consideraron abiertamente como algo placentero. Fue Gertrude Wentworth quien, a la larga, asumió esta actitud, dado que era una muchacha distinta, aunque su originalidad no había tenido ocasión de manifestarse en toda su dimensión hasta encontrar una ocasión propicia con la llegada de los dos forasteros que, quizá, eran demasiado agradables. Gertrude, sin

embargo, tenía que luchar contra un gran cúmulo de obstáculos, tanto en el orden subjetivo -como dicen los metafísicos- como en el objetivo y, de hecho, la intención de este breve relato es, en buena parte, describir esa lucha. Lo que parecía más importante en esta repentina ampliación de los afectos del señor Wentworth y de sus hijas era la correspondiente extensión del ámbito de los posibles errores; y la doctrina -porque así se la puede llamar- de la terrible gravedad de los errores era una de las tradiciones más queridas de la familia Wentworth.

-No creo que quiera venir a instalarse aquí -dijo Gertrude sin utilizar ningún nombre para designar a Madame Münster.

Tanto Charlotte como ella eran ya capaces de llamarla Eugenia con cierta soltura cuando estaba presente, pero hablando entre sí tendían a designarla más bien por omisión.

-¿No le parecerá suficientemente buena? -exclamó Lizzi, Acton, siempre dispuesta a preguntar inconveniencias que estrictamente, no exigían respuesta; Lizzie, por su parte, no esperaba otra que su propia risa, satírica e inocente a la vez

-Pues expresó claramente su deseo de venir -dijo el señor Wentworth.

-Era sólo cortesía -opuso Gertrude.

-Sí; desde luego es muy cortés -dijo el señor Wentworth.

-Demasiado cortés -declaró su hijo en el tono suave mente gruñón que le era habitual y que tan sólo indicaba una intención vagamente humorística-. Resulta muy embarazoso.

-Eso es más de lo que se puede decir de usted, señor mío -intervino Lizzie Acton con una risita.

-Desde luego no tengo intención de darle ánimos -prosiguió Clifford.

-¡Te aseguro que no me importará si lo haces! -exclame Lizzie.

-No se interesará por ti, Clifford -dijo Gertrude con mucha gravedad.

-¡Espero que no! -replicó Clifford.

-Se interesará por Robert -continuó Gertrude en el mismo tono.

Robert Acton empezó a ponerse colorado, aunque no había motivo para ello, porque todos estaban mirando a Gertrude; todos excepto Lizzie, que, torciendo su deliciosa cabeza, miraba a su hermano.

-¿Por qué atribuyes motivos a otras personas, Gertrude? -quiso saber el señor Wentworth.

-No atribuyo motivos a nadie, padre -dijo Gertrude. Sólo digo que se interesará por Robert. ¡Y sé que será así!

-¡Gertrude juzga por sí misma! -exclamó Acton riendo-. ¿No es así, Gertrude? Sin duda la baronesa se interesará por mí. Pensará en mí de la mañana a la noche.

-Estará muy a gusto aquí -dijo Charlotte, con algo que sonaba a orgullo de ama de casa. Puede quedarse con el dormitorio grande que da al noroeste. Y con la cama de estilo francés -añadió, recordando en todo momento que se trataba de una extranjera.

-No le gustará -dijo Gertrude-, aunque pongas pañitos en todos los sillones.

-¿Por qué no, cariño? -preguntó Charlotte, advirtiendo un toque de ironía en su hermana, pero sin molestarse.

Gertrude se había levantado del asiento y paseaba por la habitación. El tío vestido de seda que se había puesto en honor de la baronesa tropezaba con la alfombra.

-No lo sé -respondió-. Querrá algo más..., más privado.

-Si quiere independencia puede quedarse en su habitación -sugirió Lizzie Acton.

Gertrude se detuvo un momento, mirándola.

-Eso no sería agradable -contestó-. Querrá independencia y placer al mismo tiempo.

Robert Acton se echó de nuevo a reír.

-Mi querida prima, ¡qué programa!

Charlotte miró a su hermana fijamente y con gravedad, preguntándose de dónde había sacado aquellas ideas tan extrañas. También el señor Wentworth contemplaba a su hija menor.

-No sé cuál ha podido ser su manera de vivir -dijo-, pero, con toda seguridad, nunca habrá disfrutado de un hogar más higiénico y refinado.

Gertrude permaneció inmóvil, mirándolos a todos.

-Es la esposa de un príncipe -dijo.

-Aquí todos somos príncipes -dijo el señor Wentworth no sé que se alquile ningún palacio por estos alrededores.

-Primo William -intervino Robert Acton-, ¿deseas mostrarte liberal? Cédeles por tres meses la casita al otro lado de la carretera.

-¡Qué generoso eres con las cosas de los demás! -exclamó su hermana.

-Robert también es muy generoso con lo que le pertenece -observó el señor Wentworth con desapasionamiento mirando a su pariente con expresión cavilosa.

-Gertrude -siguió Lizzie-, me había parecido que te gustaban mucho tus nuevos primos.

-¿Qué quieres decir? -preguntó Gertrude.

-¡No me refiero a la baronesa, desde luego! -añadió ir muchacha riéndose-. Pensaba que querías verlo con frecuencia.

-¿A Felix? Espero verlo con frecuencia -dijo Gertrude con sencillez.

-Entonces, ¿por qué sacarlo de esta casa?

Gertrude miró a Lizzie y luego apartó los ojos.

-¿Te gustaría que viviera contigo en la misma casa, Lizzie: -preguntó Clifford.

-Espero que no suceda nunca. ¡Te aborrezco! -fue la respuesta de la muchacha.

-Padre -dijo Gertrude, deteniéndose delante del señor Wentworth y sonriendo con una sonrisa que resultaba aún más dulce por lo poco que las prodigaba-, ofréceles la casita junto ala carretera. ¡Sería maravilloso!

Robert la había estado mirando.

-Gertrude tiene razón -dijo- y es la chica más lista del mundo. Si se me permite esa libertad, recomendaría mucho que vivieran ahí.

-No hay nada ahí que pueda compararse con el dormitorio que da al noroeste -se lamentó Charlotte.

-La baronesa se encargará de embellecer la casa, ¡déjalo de su cuenta! -exclamó Acton.

Gertrude se sonrojó al oír el cumplido y miró a su primo; era como si se lo hubiera hecho alguien con quien mantuviera una relación menos familiar.

-Estoy seguro de que la transformará. Será muy interesante, un sitio al que habrá que ir. Como una casa extranjera.

-¿Nos hace realmente falta una casa así? -preguntó el señor Wentworth-. ¿Te parece deseable instalar una casa extranjera en un sitio tan tranquilo?

-Hablas -dijo Acton riendo- como si la pobre baronesa fuese a abrir una taberna o una casa de juego.

-¡Sería demasiado maravilloso! -exclamó Gertrude de nuevo, apoyando la mano en el respaldo del sillón de su padre.

-¿Que abriera una casa de juego? -preguntó Charlotte con gran seriedad.

Gertrude la miró un instante y luego dijo con sencillez:

-Sí, Charlotte.

-Gertrude se está volviendo impertinente -observó Clifford Wentworth con su peculiar gruñido de significado humorístico-. Eso le viene de tratar con extranjeros.

El señor Wentworth miró a su hija, que estaba de pie a su lado, y le hizo dar un paso hacia adelante.

-Tienes que tener más cuidado -dijo-. Tienes que estar vigilante. Todos tenemos que tener cuidado, a decir verdad. Es un gran cambio. Vamos a estar expuestos a influencias extrañas. No voy a decir que sean malas; no quiero juzgarlas de antemano. Pero quizá haga falta que ejercitemos en mayor medida nuestra prudencia y nuestro autodomínio. Será un ambiente distinto.

Gertrude guardó silencio unos momentos, mostrándose deferente con las palabras de su padre. Pero lo que dijo a continuación no era en absoluto una respuesta a sus observaciones.

-Quiero ver cómo viven. Estoy segura de que tendrán un horario distinto. Eugenia hará muchas cosas de forma distinta. Cuando vayamos a su casa será como estar en Europa. Tendrá un *boudoir*. Nos invitará a cenar tarde. Desayunará en su cuarto.

Charlotte miró de nuevo a su hermana. Le parecía que se le había desbocado por completo la imaginación. Siempre había sabido que Gertrude tenía mucha imaginación y estaba orgullosa de ello. Pero, al mismo tiempo, siempre le había parecido que era un don peligroso e irresponsable. Y ahora, en opinión suya, amenazaba con convertir a su hermana en una extraña, capaz de ponerse a hablar de pronto, como si volviera de un viaje, de las cosas raras y posiblemente desagradables que había presenciado. La imaginación de Charlotte nunca salía de viaje; la tenía guardada en el bolsillo junto con otros accesorios: un dedal, una cajita de caramelos de menta y un rollo de esparadrapo.

-No creo que sea capaz de prepararse la comida..., ni el desayuno -dijo la mayor de las señoritas Wentworth-. No creo que sea capaz de hacer nada de eso. Tendría que mandarle criados y no le gustarían.

-Tiene una doncella -dijo Gertrude-; una doncella francesa. Habló de ella.

-Me pregunto si la doncella tendrá una cofia a rayas y zapatos rojos -dijo Lizzie Acton-. Había una doncella francesa en la obra que Robert me llevó a ver. Usaba medias de color rosa y era muy desvergonzada.

-Era una *soubrette* -explicó Gertrude que no había ido nunca al teatro-. A ese personaje se le llama *soubrette*. Será una buena oportunidad para aprender francés -Charlotte dejó escapar un suave suspiro de impotencia. Se estaba imaginando a una desvergonzada actriz, con medias de color rosa y con zapatos rojos, que hablaba con locuacidad marreante un idioma incomprensible mientras revoloteaba por el *sancta sanctorum* de su limpia y espaciosa mansión-. Ésa es una razón en favor de que vengan aquí -continuó Gertrude-. Pero podemos conseguir que Eugenia y Felix no hablen en francés. Tengo intención de empezar la próxima vez.

El señor Wentworth la había mantenido cerca de sí y volvió a dirigirla una mirada seria y desapasionada.

-Quiero que me prometas una cosa, Gertrude -dijo.

-¿De qué se trata? -preguntó ella, sonriendo.

-Quiero que no te excites. No permitas que estos... estos sucesos se conviertan en motivo de agitación.

Su hija menor lo miró un momento y después hizo un gesto negativo con la cabeza.

-No creo que te lo pueda prometer, padre. Ya estoy excitada.

El señor Wentworth guardó silencio durante algún tiempo. Todos callaron, como dando fe de algo audaz y portentoso.

-Creo que será mejor que vayan a la otra casa -dijo Charlotte con tono tranquilo.

-Se alojarán en la otra casa -asintió el señor Wentworth con tono más solemne.

Gertrude se dio la vuelta y miró a Robert Acton. El primo Robert era gran amigo suyo; con frecuencia se limitaba a mirarlo en lugar de hablar. En esta ocasión, sin embargo, Robert se encontró con una mirada más cargada de contenido que de costumbre; una mirada que le invitaba a observar, entre otras cosas, la ineficacia del designio paterno -si es que se trataba de un designio- para alejar, en beneficio de la tranquilidad espiritual, sus ocasiones de relacionarse con los parientes extranjeros. Pero Acton se apresuró a elogiar al señor Wentworth por su liberalidad.

-Dejarles ese chalé -dijo- es un detalle muy delicado. Los habrás tratado generosamente y, pase lo que pase, siempre te alegrarás de haberlo hecho.

El señor Wentworth era un hombre generoso y sabía que lo era. Le agradaba saberlo, sentirlo y que alguien lo hiciera notar; y ese placer es la única forma tangible de autocomplacencia de la que el narrador de estos incidentes está en condiciones de acusarle.

-No habría resistido más de tres días viviendo con ellos -hizo notar Madame Münster a su hermano después de que tomaran posesión de la casita blanca-. Hubiera resultado demasiado *intime*, sin duda alguna. Desayuno, comida y té *en famille*... Habría sido la maravilla de las maravillas que yo resistiera tres días -y le hizo la misma observación a su doncella, Augustine, una persona inteligente que gozaba de toda su confianza. Felix se declaró dispuesto a pasar el resto de sus días en el seno de la familia Wentworth, añadiendo que eran las personas más amables, sencillas y delicadas del mundo y afirmando que les había tomado un extraordinario cariño a todos. La baronesa estuvo de acuerdo con él en que eran sencillos y amables; unas personas decididamente encantadoras que le gustaban muchísimo, y que las muchachas eran unas perfectas señoras. No se podía ser más distinguida que Charlotte Wentworth, a pesar de su aire pueblerino-. Pero considerarlos como la mejor compañía del mundo -siguió la baronesa- es otra cosa distinta. Y vivir *porte à porte* con ellos me apetece tanto como volver al internado, llevar uniforme y pasar las noches en un dormitorio común.

Y sin embargo la baronesa estaba de muy buen humor y muy contenta. Su gran sensibilidad y su despierta imaginación le permitían apreciar todo lo que fuera distintivo, cualquier cosa buena en su especie, y la familia Wentworth le daba la impresión de ser perfecta en su género, algo maravillosamente apacible y honorable, impregnado de una sencillez elemental con todo el sosiego y la bondad que Eugenia atribuía a los cuáqueros, que se apoyaba, sin embargo, en un grado de bienestar material que, en ciertas cuestiones de detalle, habría sido imposible de hallar en la pequeña y frugal corte de Silberstadt-Schreckenstein. La baronesa advirtió inmediatamente que sus parientes norteamericanos hablaban muy poco de dinero y aún pensaban menos en él, y este simple detalle le había impresionado. También había adivinado que si Charlotte o Gertrude llegaran a pedir a su padre una suma considerable les sería entregada inmediatamente, y esto le causó aún mayor impresión. Pero la más intensa de todas, sin embargo, fue consecuencia de otra rápida deducción: la seguridad de que Robert Acton se echaría mano al bolsillo cualquier

día que su vivaracha hermanita se lo pidiera. Los hombres de aquel país, se dijo la baronesa, eran a todas luces muy generosos. Su afirmación de que buscaba descanso y soledad no era del todo falsa: nada de lo que la baronesa decía era completamente falso. Quizá haga falta añadir que nada era tampoco completamente cierto. Escribió a una amiga de Alemania que estaba volviendo a la naturaleza, que tenía la sensación de beber leche recién ordeñada y que le gustaba mucho. Para sus adentros se decía, por supuesto, que iba a ser un poco aburrido, pero ¿qué mejor prueba de su buen humor que su disposición a aceptar la monotonía? Cuando contemplaba desde el porche de la casita prestada los campos silenciosos, los pastizales acotados, los estanques de aguas cristalinas, los ásperos bosquecillos, le parecía no haber disfrutado nunca de una quietud tan intensa que era casi un delicado placer sensual. Todo respiraba bondad, inocencia y seguridad y de todo ello tenía que salir sin duda algo bueno. Augustine, sin embargo, pese a tener una fe sin límites en la prudencia y previsión de su señora, se sentía muy perpleja y deprimida. Siempre se amoldaba a todo cuando lo entendía, pero le gustaba entender, y en aquella ocasión su capacidad de comprensión fracasaba. ¿Qué hacía la baronesa *dans cette galère*? ¿Qué pez esperaba pescar en aquellas aguas estancadas? Se trataba sin duda de una cacería muy complicada. Augustine podía confiar en su señora, pero la sensación de caminar a oscuras se traslucía en la expresión de aquella mujer de mediana edad, delgada, sobria y pálida, que no tenía nada en común con la idea que Gertrude Wentworth se hacía de una *soubrette* y cuya mirada resultaba ser la más irónica que jamás se había posado sobre los discretos signos de paz y abundancia de los Wentworth. Afortunadamente Augustine era capaz de superar el escepticismo con la acción. Estuvo de acuerdo con su señora -o más bien se le adelantó- al pensar que la casita blanca estaba prácticamente vacía. «*Il faudra -dijo- lui faire un peu de toilette.*» Y empezó a colgar *portières* en las puertas y a colocar candelabros (que buscó afanosamente) en lugares insospechados y a situar colgaduras extrañas en los brazos de los sofás y en los respaldos de los sillones. La baronesa había traído al Nuevo Mundo gran cantidad de ropa y, cuando fueron a verla, las dos señoritas Wentworth se asombraron bastante ante la llamativa distribución de su vestuario. En la puerta del salón había chales indios colgados a manera de cortinas y curiosos tejidos, que respondían a la idea teórica que Gertrude se hacía de una capa para ir a la ópera, desparramados sobre los asientos. En las ventanas se habían colocado visillos de seda rosa, con lo que la habitación quedaba sumergida en una extraña penumbra; y sobre la repisa de la chimenea había una curiosa tira de terciopelo, adornada con rústicos encajes que daban la impresión de estar sucios. Para mayor confusión de Charlotte, que estuvo a punto de ofrecerse para ayudar a recoger las telas superfluas, la baronesa dijo que «se había instalado un poco más cómodamente». Pero lo que Charlotte había confundido con un abandono culpable Gertrude lo interpretó en seguida como manifestación del más ingenioso, interesante y romántico de los propósitos. «¿Qué sería la vida, efectivamente, sin cortinas?», se preguntó. Y le pareció que hasta entonces había llevado una vida especialmente vacía y totalmente desprovista de adornos.

Felix no era un joven que se preocupara en exceso por nada y todavía menos por las posibilidades de diversión. Su capacidad para disfrutar era tan amplia, tan espontánea y tan vehemente que podía decirse que siempre iba por delante de obstáculos y tristezas. Sus percepciones sensoriales eran intrínsecamente alegres y para él la novedad y el cambio eran un placer. Y como esto le había sucedido con gran frecuencia, su vida había sido

más placentera de lo que parecía. No ha existido nunca un carácter más equilibrado. No era el suyo un espíritu inquieto, ambicioso, aprensivo, que intentara luchar contra la tiranía del destino, sino tan poco dado a la desconfianza como para desarmar a la adversidad, ante la que se inclinaba y de la que se evadía con la facilidad y la gracia natural de una flor agitada por el viento. Felix conseguía divertirse con todo y sus facultades -su imaginación, su inteligencia, sus afectos, sus sentidos- tomaban parte en el juego. Le parecía que a Eugenia y a él se les había tratado espléndidamente; que había algo profundamente conmovedor en la mezcla de generosidad paternal y consideración social que les testimoniaba el señor Wentworth. Consideraba de una amabilidad fuera de lo común, por ejemplo, que se les hubiese cedido la casa. Felix estaba encantado de tener casa propia, porque el hotelito blanco entre los manzanos -el chalé, como Madame Münster lo llamaba siempre- era mucho más suyo que cualquier *quatrième* urbano con vistas a un patio y atrasos en el pago del alquiler. Felix se había pasado buena parte de la existencia contemplando patios, con unos codos quizá algo rozados apoyados sobre el borde de una altísima ventana y el humo sutil de un cigarrillo ascendiendo a una atmósfera a la que ya no llegaban los gritos de la calle y en donde se notaba la vibración de los carillones de los campanarios antiguos. Nunca había conocido nada tan infinitamente rural como aquellos campos de Nueva Inglaterra, y pronto se encariñó con su aspereza pastoril. Nunca había tenido una sensación tan intensa de seguridad y de lujo y, aun a riesgo de que casi parezca un aventurero bastante sórdido, he de afirmar que le agradaba extraordinariamente comer todos los días en casa de su tío, si bien lo que en realidad hacía irresistible su encanto era que la imaginación de Felix iluminaba con una luz de color rosa tal privilegio. Es cierto que apreciaba mucho la comida que le ponían delante. La calidad arcádica de su abundancia le hacía pensar en una edad mitológica, cuando se ponía la mesa sobre la hierba y se la aderezaba con el contenido del cuerno de la abundancia sin necesidad alguna de cocinas. Pero lo que sobre todo le complacía era haber encontrado una familia, el hecho de sentarse entre aquellas personas delicadas y generosas a las que se dirigía utilizando su nombre de pila. Nunca había conocido nada más encantador que el interés con que escuchaban todo lo que decía. Eran como grandes hojas de papel para dibujar, limpias y de grano fino, totalmente dispuestas a dejarse embadurnar por las acuarelas. Nunca había tenido primas, nunca había disfrutado del trato ininterrumpido con señoritas. Le agradaba mucho tratar con damas y era una novedad poder disfrutar así de tal privilegio. Al principio apenas sabía qué pensar de su estado de ánimo. Le parecía que estaba enamorado de tres muchachas al mismo tiempo. Se daba cuenta de que Lizzie Acton era más bonita que Charlotte y que Gertrude, aunque aquello no la hacía superior. El placer que le proporcionaban nacía de algo que tenían las tres y que era en parte, efectivamente, la delicadeza de sus cuerpos, que tan bien se correspondía con los vestidos de materiales ligeros y los colores claros. Pero también eran delicadas de otras maneras y le era muy agradable comprobar que estas últimas cualidades sólo se podían apreciar mediante un trato continuo. Afortunadamente había conocido a muchas damas virtuosas, pero ahora quedaba claro que en sus relaciones con ellas (especialmente si no estaban casadas) no había hecho más que mirar cuadros protegidos con cristales. Advertía ahora hasta qué punto el cristal era una molestia, cómo deformaba y creaba interferencias, cómo reflejaba otros objetos y obligaba a mirar el cuadro desde distintos ángulos. No necesitaba preguntarse si Charlotte, Gertrude y Lizzie estaban correctamente iluminadas porque siempre lo estaban. Le gustaba todo en ellas; no



dejaba de apreciar, por ejemplo, que sus pies fueran diminutos y sus empeines altos. Le gustaban sus naricillas encantadoras, la sorpresa que reflejaban sus ojos y su manera de hablar poco segura, sin entonaciones dogmáticas; le gustaba saber que tenía total libertad de estar a solas con cualquiera de ellas sin limitación de tiempo y en cualquier sitio, y que la elección de acompañante para sus *tête-à-tête* también era una cuestión de poca importancia. Las facciones suavemente severas de Charlotte Wentworth eran tan agradables como los ojos azules maravillosamente expresivos de Lizzie Acton, y que Gertrude estuviera siempre dispuesta a pasear y a escuchar era tan satisfactorio como lo demás, sobre todo porque la menor de las hermanas Wentworth caminaba con mucha gracia. Al cabo de algún tiempo Felix empezó a distinguir, pero incluso entonces se sorprendía deseando que no estuvieran todas tan tristes. También Lizzie Acton, a pesar de sus parloteos y sus risas, parecía triste. Y el mismo Clifford Wentworth, que era tan joven y disponía de un coche de ruedas enormes y una yegüita alazana con las patas más hermosas del mundo, sin duda un muchacho afortunado, llegaba a tener en ocasiones una mirada huidiza e incómoda y se alejaba de los demás como si se tratara de una persona con la conciencia poco tranquila. La única persona del pequeño círculo sin agobios de ningún género era, de acuerdo con las observaciones de Felix, Robert Acton.

Quizá podía haberse temido que, concluido el periodo de agradables mejoras domésticas que ya se ha mencionado, Madame Münster se viera asaltada por alarmantes posibilidades de aburrimiento. De momento, sin embargo, la alarma no se había presentado. La baronesa era un espíritu inquieto que proyectaba su inquietud, por así decirlo, sobre cualquier situación en la que se encontrara. Hasta cierto punto se podía contar con su propia inquietud para distraerla. Siempre esperaba que ocurriera algo y, hasta que tal esperanza desaparecía, el mismo esperar era un placer delicado. Concretar lo que la baronesa esperaba en aquel momento hubiera requerido una gran dosis de habilidad. Bástenos saber que mientras miraba a su alrededor encontró algo para ocupar su imaginación. Se convenció de que estaba encantada con sus nuevos parientes; se repetía que haber encontrado una familia le producía, como a su hermano, una noble satisfacción, y es cierto que le complacían sobremanera las delicadas atenciones de sus allegados. Eugenia había sido siempre una persona muy admirada y su experiencia en cumplidos era muy amplia, pero se daba cuenta de que nunca había tenido tanto poder, que nunca se había contado con ella como ahora, cuando, por vez primera, no existía prácticamente un término de comparación en su pequeño círculo. Saber que aquellas buenas gentes carecían, por lo que se refería a su notable persona, de cualquier término de comparación, le daba un sentimiento de poder casi ilimitado. Era cierto, se decía para sus adentros, que si su público actual no estaba en condiciones de descubrir sus puntos débiles quizá tampoco fuera capaz de apreciar algunas de sus mejores cualidades; pero siempre terminaba sus reflexiones decidida a ocuparse personalmente de que esto último no sucediera.

Charlotte y Gertrude dudaban entre su deseo de colmar de atenciones a Madame Münster y su temor a ser inoportunas. Hasta entonces la casita entre manzanos había albergado durante los meses de verano a amigos íntimos de la familia o a familiares pobres que encontraban en el señor Wentworth un casero dispuesto a ocuparse de las reparaciones y olvidadizo del cobro del alquiler. Durante esos periodos, la puerta abierta del hotelito y la de la casa de los Wentworth, situadas frente a frente y separadas tan sólo por sus sencillos jardines, no ofrecían obstáculo alguno a las visitas informales. Pero las

señoritas Wentworth llegaron pronto a la conclusión de que Eugenia no era partidaria de la costumbre primitiva de «dejarse caer»; era evidente que no concebía la vida sin portero.

-En vuestra casa se entra como en un hotel, con la diferencia de que no hay criados que vengan corriendo a recibirte -le dijo a Charlotte, añadiendo acto seguido que era encantador.

Gertrude le explicó a su hermana que la baronesa quería decir exactamente lo contrario, que no le gustaba en absoluto. Charlotte preguntó por qué tenía que decir una cosa que no era verdad y Gertrude contestó que probablemente había alguna buena razón para ello y que serían capaces de descubrirla cuando conocieran mejor a Eugenia.

-Estoy segura de que no hay ninguna buena razón para mentir -replicó Charlotte-. Espero que no piense de esa manera.

Desde el primer momento, como es lógico, habían deseado hacer todo lo que estuviera en su mano para ayudarla a instalarse. Charlotte pensaba que tendrían que cambiar impresiones sobre muchas cosas, pero la baronesa, al parecer, no sentía ninguna necesidad de hacerlo.

-Escríbele una nota pidiendo permiso para ir a verla. Creo que eso le gustará -dijo Gertrude.

-¿Para qué voy a darle el trabajo de tener que contestarme? -preguntó Charlotte-. Tendrá que redactar la respuesta y enviarla.

-Se las arreglará para no tener que molestarle -respondió Gertrude con aire de decir algo muy profundo.

-¿Qué hará entonces?

-Eso es lo que me gustaría ver -dijo Gertrude, dejando a su hermana con la impresión de que su curiosidad era morbosa.

Fueron a ver a la baronesa sin correspondencia preliminar y, en el pequeño salón que Eugenia ya había acondicionado, con su luz tamizada y sus adornos, encontraron a Robert Acton.

Madame Münster se mostró muy amable, pero les acusó de haberla abandonado cruelmente.

-Ya veis, el señor Acton ha tenido que compadecerse de mí -dijo-. Mi hermano sale a dibujar y se pasa las horas fuera de casa. Nunca puedo contar con él. Así que iba a enviar al señor Acton para pedirnos que viniérais a hacerme compañía.

Gertrude miró a su hermana. Tenía ganas de decirle: «Eso es lo que habría hecho». Charlotte dijo que les gustaría que la baronesa cenara con ellas todos los días; eso les encantaría y, además, Eugenia se ahorraría la molestia de tener cocinera.

-¡No, no! ¡Tengo que tener cocinera! -exclamó la baronesa-. Una negra vieja con turbante amarillo. Me hace mucha ilusión. Quiero mirar por la ventana y verla sentada ahí en la hierba, delante de esos manzanos torcidos y polvorientos, desgranando mazorcas. A eso se le llama color local y aquí no hay mucho. No os importa que os lo diga, ¿verdad? Hay que procurar sacar a las cosas todo el partido posible. Me encantará cenar con vosotras siempre que queráis, pero quiero también invitaros de vez en cuando. E invitar también al señor Acton -añadió la baronesa.

-Tendrá que venir a mi casa a invitarme -dijo Acton-. Primero venga a verme y cene conmigo. Quiero mostrarle mi casa y presentarle a mi madre.

Dos días más tarde volvió a visitarla. Acton estaba casi siempre en casa de los

Wentworth. Solía ir campo a través desde su propiedad y parecía tener menos escrúpulos que sus primas en cuanto a la conveniencia de «dejarse caer». En aquella ocasión se encontró al señor Brand, que había ido a presentar sus respetos a la encantadora dama extranjera, pero que no dijo una sola palabra desde que apareció Acton. Siguió sentado con las manos juntas, contemplando a su anfitriona con gravedad y como fascinado. La baronesa habló con Robert Acton, pero mientras conversaba se volvía y sonreía al señor Brand, que no apartaba los ojos de ella. Los dos visitantes se marcharon juntos: iban a casa del señor Wentworth. El señor Brand siguió sin decir nada, pero cuando entraron en el otro jardín se detuvo y contempló durante algún tiempo la casita blanca. Luego, con la cabeza algo inclinada y el ceño un tanto fruncido, dijo, mirando a su acompañante:

-Supongo que eso es lo que se llama conversación, verdadera conversación.

-Es lo que yo llamo una mujer muy inteligente -dijo Acton riendo.

-Es muy interesante -continuó el señor Brand-. Preferiría que hablara en francés, sería mucho más adecuado. Debe de ser el estilo del que hemos oído hablar, del que hemos leído; el estilo de conversación de Madame de Staël, de Madame de Récamier.

También Acton volvió los ojos hacia la residencia de Madame Münster, entre malvas y manzanos.

-Lo que a mí me gustaría saber -dijo sonriendo- es por qué, exactamente, Madame Récamier está viviendo ahí.

## Cinco

El señor Wentworth, con el bastón y los guantes en la mano, iba todas las tardes a visitar a su sobrina. Un par de horas después Eugenia se presentaba en la casa grande para tomar el té. Había rechazado la invitación de cenar allí todos los días; prefería disfrutar de las satisfacciones que le proporcionaba el espectáculo de la vieja sirvienta negra de turbante carmesí que pelaba guisantes bajo los manzanos. Charlotte, que le había proporcionado a la cocinera, se decía que tenía que resultar todo bastante extraño, porque Eugenia le había dicho que era Augustine quien se encargaba de la casa, negra incluida, si bien Augustine no sabía una sola palabra de inglés. El sentimiento más inmoral que tendré ocasión de atribuir a Charlotte Wentworth a lo largo de este relato es sin duda su decepción al descubrir que, a pesar de lo irregular de la situación, la organización doméstica de la casita blanca no resultaba escandalosamente ofensiva, al menos desde el peculiar punto de vista de Eugenia. A la baronesa le divertía ir a tomar el té y se vestía como si se tratara de la cena. La mesa del señor Wentworth ofrecía siempre manjares pintorescos y, al abandonarla, todos iban a sentarse y a hablar en el amplio porche o paseaban por el jardín a la luz de las estrellas, llenos los oídos con el zumbido de extraños insectos que, a pesar de ser universalmente aceptados como parte de la magia de las noches de verano, a la baronesa le parecía que adquirían una resonancia incomparable bajo aquellos cielos occidentales.

Aunque, como he dicho, el señor Wentworth se había impuesto la obligación de visitar a su sobrina, no tenía la impresión de acostumbrarse a ella. Le costaba trabajo creer que fuera realmente hija de aquella hermanastra que era un personaje de sus años infantiles, que sólo tenía veinte años cuando se marchó, que nunca volvió y que hizo una boda

absurda en el extranjero. Su tía, la señora Whiteside, que se la había llevado a Europa en un viaje de placer, hizo al volver una descripción tan lamentable del señor Adolphus Young, con quien la obstinada muchacha se había empeñado en casarse, que los sentimientos familiares se enfriaron por completo, sobre todo los de sus hermanastros. Más adelante Catherine no había hecho nada para congraciarse con su familia; tampoco les había escrito de una manera que indicase que había llegado a comprender los motivos de su frialdad. De manera que, con el tiempo, en los círculos de Boston se había llegado a pensar que la verdadera caridad con aquella señorita consistía en olvidarla y en abstenerse de hacer conjeturas sobre las posibles consecuencias de sus errores sobre sus descendientes. En el curso de los años, por otra parte, el señor Wentworth nunca había permitido que su imaginación se detuviera sobre aquellos jóvenes, de cuya existencia estaba vagamente informado. Tenía muchas cosas de qué ocuparse que estaban más cerca de su corazón y, aunque era un hombre de conciencia delicada, la idea de ser un mal tío no se le había pasado nunca por la cabeza. Ahora que sobrino y sobrina se habían presentado ante él, advertía que eran fruto de influencias y circunstancias muy diferentes de las que habían servido para que su progenie alcanzara lo que vagamente podía calificarse de madurez. No se sentía inclinado a decir que esas influencias fueran decididamente malas, pero a veces temía que su sobrina, tan distinguida, delicada y señorial, no llegara a gustarle nunca. Le paralizaba y aturdiría que fuese extranjera. En cierta manera hablaba un idioma distinto. Había algo extraño en sus palabras. Tenía la impresión de que en su caso otro hombre se acostumbraría a su tono; le haría preguntas, reiría con ella y respondería a las bromas que a veces parecían sorprendentes para dirigirlas a un tío. Pero el señor Wentworth no podía hacer esas cosas. Ni siquiera era capaz de calibrar la situación de su sobrina en el mundo. Era esposa de un noble extranjero que deseaba repudiarla. Aquello resultaba muy extraño, pero el anciano sentía que le faltaban elementos de juicio y, aunque le parecía que debía encontrarlos en su experiencia personal como hombre de mundo y personaje casi oficial, no los encontraba, y le avergonzaba confesarse -y más aún revelárselo a Eugenia haciendo preguntas demasiado ingenuas- su falta de recursos ante aquella situación.

Le parecía que podía acercarse mucho más -ésas habrían sido sus palabras- a su sobrino, aunque tampoco estaba completamente seguro de Felix. Era tan brillante, tan bien parecido y tan comunicativo que resultaba imposible no tener buena opinión de él y, sin embargo, parecía como si hubiera algo casi impúdico, casi vicioso -o como si debiera haberlo-, en un joven tan alegre y tan seguro de sí al mismo tiempo. Aunque Felix no era en absoluto un joven serio, había en él algo -más peso, más volumen, más resonancia- que faltaba en la mayoría de los jóvenes decididamente serios. Mientras el señor Wentworth cavilaba sobre aquellas anomalías, su sobrino sentía por él una admiración sin restricciones. Le consideraba un anciano extraordinariamente delicado, generoso y distinguido, con una cabeza muy hermosa, de tipo ascético, que se proponía dibujar en cuanto tuviera ocasión. Felix no pretendía hacer un secreto de su afición a los pinceles, y nunca era culpa suya que no llegara a saberse que pintaba retratos de extraordinario parecido por precios más que razonables. «Es artista, mi primo es artista», decía Gertrude, ofreciendo aquella información a todos los que quisieran recibirla. También se la ofrecía a sí misma, a manera de aviso y recordatorio; en momentos perdidos y en lugares solitarios se repetía que a Felix se le había concedido aquel don sagrado. Gertrude no había visto nunca a un artista. Todos sus conocimientos sobre aquel tema procedían de

sus lecturas. Los artistas le parecían seres románticos y misteriosos cuya vida estaba llena de los agradables incidentes que nunca suceden a otras personas. Y el hecho de que Felix declarase, como hacía con frecuencia, que en realidad no era artista, sólo servía para que meditara con mayor fervor sobre aquel tema. «Nunca me lo he tomado en serio -decía su primo-. Nunca he estudiado; nadie me ha enseñado. Hago un poco de todo y nada bien. No soy más que un *amateur*.»

A Gertrude le gustaba aún más pensar que era un *amateur*. Ese término tenía en su imaginación unas connotaciones todavía más sutiles que el de artista. No ignoraba, sin embargo, que se había de utilizar aquella palabra con especial sobriedad. El señor Wentworth, en cambio, la usaba sin restricciones porque, sin estar del todo familiarizado con ella, le resultaba útil para clasificar a Felix, quien, pese a ser un joven muy inteligente y despierto y, al parecer, respetable, no se dedicaba, sin embargo, a una profesión concreta. La baronesa y su hermano -siempre se la citaba primero- eran, por supuesto, un excelente tema de conversación para el señor Wentworth, sus hijas y las visitas que recibían de cuando en cuando.

-Y el joven, su sobrino, ¿qué profesión tiene? -preguntó el señor Broderip, un anciano caballero de Salem que había sido discípulo del señor Wentworth en Harvard en 1809 y que se presentó en su despacho de la calle Devonshire. (En los últimos años de su vida el señor Wentworth sólo iba tres veces por semana a su despacho, donde tenía que ocuparse de muchos asuntos sumamente confidenciales.)

-Es un *amateur* -dijo el tío de Felix con las manos entrelazadas y satisfecho hasta cierto punto de poder decirlo. Por lo que el señor Broderip volvió a Salem con la impresión de que se trataba probablemente de la expresión «europea» para designar a un corredor de bolsa o un exportador de cereales.

-Me gustaría retratarlo, tío -le dijo una tarde Felix al señor Wentworth delante de todos; el señor Brand y Robert Acton también estaban presentes-. Creo que quedará muy bien. Tiene usted una cabeza muy interesante, muy medieval.

El señor Wentworth adoptó una expresión grave. Se sentía avergonzado, como si le hubieran sorprendido mirándose al espejo.

-El Señor la hizo -dijo-. No creo que el hombre deba rehacerla.

-El Señor la hizo, desde luego -replicó Felix riendo-, y la hizo muy bien. Pero la vida ha ido retocando su trabajo. Es una cabeza de un tipo muy interesante. Está maravillosamente gastada y demacrada. La tez tiene una palidez muy hermosa -y Felix se volvió a mirar a los presentes, como para llamar su atención sobre tan interesantes particularidades. El señor Wentworth palideció visiblemente-. Me gustaría pintarle como un prelado anciano, un cardenal o el prior de una orden.

-¿Prelado, cardenal? -murmuró el señor Wentworth-. ¿Te refieres al clero católico?

-Me refiero a un eclesiástico de edad avanzada que hubiera llevado una vida caracterizada por la pureza y el ascetismo. Me parece que es ése su caso, tío; se ve en su cara -continuó Felix-. Usted ha sido una persona muy..., muy moderada. ¿No le parece que eso se advierte siempre en el rostro de un hombre?

-Ves en el rostro de un hombre más de lo que yo me atrevería a tratar de descubrir -dijo el señor Wentworth con frialdad.

La baronesa agitó el abanico y rió musicalmente.

-¡Es arriesgado mirar tan de cerca! -exclamó-. Mi tío tiene algún pecadillo en la conciencia.

El señor Wentworth la miró completamente desconcertado y, si los signos de una existencia virtuosa eran visibles en su rostro, en aquel momento se manifestaron con mayor intensidad.

-Querido tío -dijo Madame Münster sonriendo-, ¡es usted un *beau viellard!*

-Creo que me estás haciendo un cumplido -dijo el anciano.

-¡Estoy segura de no ser la primera! -exclamó la baronesa.

-Me parece que sí -dijo el señor Wentworth gravemente. Luego, volviéndose hacia Felix, añadió en el mismo tono-: Por favor, no me retrates. Mis hijos tienen mi daguerrotipo Eso es suficiente.

-No puedo prometer -dijo Felix- que no llegue a utilizar su cabeza para algo.

El señor Wentworth lo miró y miró después a todos los demás. A continuación se levantó y se alejó lentamente.

-Felix -dijo Gertrude durante el silencio que siguió-, quisiera que pintaras mi retrato.

Charlotte se preguntó si Gertrude acertaba al pedir aquello y miró al señor Brand para averiguarlo. Cuando Gertrude hacía o decía algo, Charlotte miraba al señor Brand. Eri un buen pretexto para hacerlo, pensando en el bien de Gertrude, claro está. Y es cierto que deseaba ardientemente que Gertrude tuviera razón; porque Charlotte, dentro de sus limitaciones, era una hermana heroica.

-Sería una gran satisfacción tener su retrato, señorita Gertrude -dijo el señor Brand.

-Me encantaría retratar a una modelo tan deliciosa -confesó Felix.

-¿Tan atractiva te crees, prima? -preguntó Lizzie Acton con su inofensiva impertinencia, deshaciendo con los dientes un nudo en su labor de punto.

-No me creo hermosa -dijo Gertrude mirando a su alrededor-. Sé que no lo soy -hablaba con mucha convicción y a Charlotte le pareció extraño que analizara aquel asunto de manera tan pública-. Creo que debe de ser divertido posar para un retrato. Siempre lo he pensado.

-Siento que no hayas tenido otras cosas mejores en que pensar, hija mía -dijo el señor Wentworth.

-Eres muy hermosa, prima Gertrude -afirmó Felix.

-Eso es un cumplido -dijo Gertrude-. Guardo en una hucha todos los que se me hacen. Los agito y tintinean. No son muchos todavía; dos o tres.

-No, no; no es un cumplido -protestó Felix-. No quisiera que lo considerases un cumplido. Al principio no me parecías hermosa, pero me lo has ido pareciendo poco a poco.

-¡Ten cuidado de que no te estalle la hucha! -exclamó Lizzie.

-Opino que posar para un retrato es una de las muchas formas de la ociosidad -dijo el señor Wentworth-. Y su nombre es legión.

-Mi querido tío -exclamó Felix-, ¡no se puede decir que esté ocioso quien hace trabajar tanto a otra persona!

-Habría que retratar a las personas mientras duermen -sugirió el señor Brand, contribuyendo con su aportación al debate.

-¡Ah! ¡Retrátame mientras duermo! -dijo Gertrude a Felix sonriendo y cerrando un poco los ojos. Para entonces Charlotte apenas soportaba la zozobra de prever lo que su hermana podía hacer o decir acto seguido.

Gertrude empezó a posar para su retrato al día siguiente y lo hizo al aire libre, en el lado norte del porche.

-Quisiera que me dijeras lo que piensas de nosotros, lo que te parecemos -le dijo a Felix cuando se sentó frente al caballete.

-Me parecéis las mejores personas de la tierra -dijo Felix.

-Dices eso -replicó Gertrude- para no tener que esforzarte en decir algo más concreto.

El joven la miró por encima del lienzo.

-¿Qué otra cosa debería decir? Tendría efectivamente que esforzarme mucho para decir algo distinto.

-Bueno -respondió Gertrude-; has conocido a personas muy agradables, ¿no es cierto?

-Así es, ¡gracias a Dios!

-Y eran muy diferentes de nosotros -continuó Gertrude.

-Eso sólo prueba -dijo Felix- que hay mil maneras diferentes de hacer buena compañía.

-¿Crees que nosotros hacemos buena compañía? -preguntó Gertrude.

-¡Digna de un rey!

Gertrude guardó silencio unos instantes y luego dijo:

-Debe de haber mil maneras diferentes de estar triste y a veces pienso que nosotros las utilizamos todas.

Felix se incorporó rápidamente alzando una mano:

-¡Si pudieras mantener esa mirada durante media hora..., mientras consigo captarla! -dijo-. Tiene una belleza poco común.

-Es mucho pedirme que parezca hermosa durante media hora.

-Sería el retrato de una joven que después de hacer un voto o una promesa se ha arrepentido -dijo Felix- y se lo está pensando con calma.

-No he hecho ningún voto ni ninguna promesa -dijo Gertrude con mucha gravedad-. No tengo nada de qué arrepentirme.

-Mi querida prima, ¡no era más que una manera de hablar! Estoy seguro de que no hay nadie de tu familia que tenga que arrepentirse de nada.

-Y, sin embargo, ¡siempre nos estamos arrepintiendo! -exclamó Gertrude-. A eso me refería cuando hablaba de estar tristes. Lo sabes perfectamente; sólo finges no darte cuenta.

Felix dejó escapar una breve risa.

-La media hora va pasando y tú estás más hermosa que nunca. Hay que tener cuidado con lo que uno dice, ¿sabes?

-A mí me puedes decir cualquier cosa -respondió Gertrude.

Felix la miró como debe hacerlo un artista y pintó durante algún tiempo en silencio.

-Sí; me pareces diferente de tu padre y de tu hermana; distinta de la mayor parte de las personas con las que has convivido -observó.

-Decirse eso a uno mismo -replicó Gertrude- es como decir, implícitamente al menos, que se es mejor que los demás. Yo no soy mejor; soy mucho peor. Pero ellos mismos dicen que soy diferente y eso les hace desgraciados.

-Puesto que me acusas de no decir lo que pienso, admitiré que tendéis a sentirnos desgraciados con demasiada facilidad.

-Quisiera que le dijeras eso a mi padre -respondió Gertrude.

-Eso podría hacerle todavía más desgraciado -exclamó Felix riendo.

-Es verdad. Estoy convencida de que no has conocido gente así.

-Mi querida prima, ¿cómo podrías saber lo que yo he visto? -preguntó Felix-. ¿Y cómo te lo podría explicar?

-Podrías contarme muchísimas cosas si quisieras. Has conocido a otras personas como tú: gente alegre y divertida a la que le gusta pasarlo bien. A nosotros no nos gusta divertirnos.

-Es cierto -dijo Felix-. Confieso que eso me sorprende bastante. Me parece que no conseguís de la vida todo el placer que os puede dar. Me parece que no disfrutáis... ¿Te parece mal que diga eso? -preguntó haciendo una pausa.

-Sigue, te lo ruego -dijo la muchacha ávidamente.

-Me parece que estáis en una estupenda situación para disfrutar de todo. Tenéis dinero, libertad y lo que en Europa se llama «posición». Pero se podría decir que veis la vida como algo doloroso.

-Y habría que pensar que es prometedora y deliciosa y embriagante, ¿no es eso? -preguntó Gertrude.

-Diría que sí..., si se dispone de los medios. Es cierto que todo depende de eso -añadió Felix.

-No ignoras que hay mucho dolor en el mundo -dijo su modelo.

-Algo he visto -replicó el muchacho-. Pero se ha quedado todo allá, del otro lado del océano. Aquí no lo he encontrado. Esto es un paraíso.

Gertrude no dijo nada; se quedó mirando las dalias y los groselleros del jardín mientras Felix seguía trabajando.

-Para «disfrutar» -recomenzó finalmente-, para no considerar la vida como dolorosa, ¿hay que hacer algo malo?

Felix estuvo riendo otra vez un buen rato.

-Sinceramente creo que no. Entre otras cosas porque tú me pareces muy capaz de disfrutar si se te da la oportunidad y, al mismo tiempo, te creo incapaz de hacer nada malo.

-Estoy segura -dijo Gertrude- que te equivocas cuando le dices a una persona que es incapaz de hacer el mal. Nunca estamos tan cerca del mal como cuando creemos eso.

-Tú estás más guapa que nunca -observó Felix sin que viniera a cuento.

Gertrude se había acostumbrado ya a oírle decir aquello y no le resultaba tan sorprendente como al principio.

-¿Qué tendría que hacer? -continuó-. ¿Dar fiestas, ir al teatro, leer novelas, acostarme de madrugada?

-Yo no creo que para disfrutar lo más importante sea hacer o dejar de hacer -respondió su acompañante-, sino la opinión que, en general, se tiene de la vida.

-Aquí se la considera como una disciplina. Me lo han repetido con frecuencia.

-Bueno; eso está muy bien. Pero hay otra posibilidad -añadió Felix sonriendo-: considerarla como una oportunidad.

-Una oportunidad, ¡claro! -exclamó Gertrude-. Se puede ser más feliz de esa manera.

-Al menos ése es el método que he utilizado yo, ¡aunque no sea decir mucho! -Felix había dejado la paleta y los pinceles; se estaba echando hacia atrás, cruzado de brazos, para apreciar mejor lo que había hecho-. ¿Sabes? -dijo-, soy muy poca cosa.

-Tienes mucho talento -dijo Gertrude.

-No, no -negó el joven con tono de alegre imparcialidad-; no tengo mucho talento. No hay nada muy notable en mí. Te aseguro que lo sabría si así fuera. No saldré del anonimato. El mundo no oírá nunca hablar de mí -Gertrude lo miró con extrañeza y asombro. Pensaba en el gran mundo que él conocía y ella no y en lo poblado de artistas extraordi-



narios que debía de estar para poder prescindir del talento de Felix-. En general no tienes que darle mucha importancia a las cosas que yo diga -continuó-, pero tienes que creerme cuando afirmo que no soy más que una cabeza loca con muy buen humor.

-¿Una cabeza loca? -repitió ella.

-Digamos que soy un bohemio.

-¿Un bohemio? -Gertrude sólo había escuchado aquel término en su acepción geográfica y apenas entendió el sentido figurado que su acompañante parecía darle. Pero le resultó agradable.

Felix corrió hacia atrás el asiento y se puso en pie; luego se acercó despacio a ella sonriendo.

-Soy algo así como un aventurero -dijo, mirándola.

Su prima también se puso en pie, correspondiendo a su sonrisa.

-¿Un aventurero? -repitió-. Me gustaría oír el relato de tus aventuras.

Por un instante creyó que Felix iba a cogerle una mano, pero en lugar de hacerlo metió las suyas bruscamente en los bolsillos de su chaqueta de pintor.

-No hay ninguna razón para que no te las cuente -dijo Felix-. He sido aventurero, pero con unas aventuras muy inocentes y felices. Todas se pueden contar y resultaron muy agradables y simpáticas. Además me gustará recordarlas. Si te vuelves a sentar, empezaré -añadió en seguida con una de sus sonrisas, tan espontáneamente persuasivas.

Gertrude volvió a sentarse aquel día y también otros que siguieron. Felix, sin dejar de manejar los pinceles, le contó muchas historias y ella le escuchaba con encantadora avidez, los ojos en los labios de su primo y muy seria. A veces, debido a su aire de asombrada gravedad, a Felix le pareció que la había desagradado, si bien nunca se creía durante más de unos instantes capaz de disgustar a nadie. Esto habría sido fatuidad si el optimismo que ponía de manifiesto no tuviera más de esperanza que de prejuicio. No viene al caso decir que tenía buena conciencia, porque hasta la mejor conciencia tiene un elemento de autorreproche y la personalidad luminosamente saludable de aquel joven se agotaba en buenas intenciones objetivas y sin otra preocupación que alcanzar el blanco previsto. Felix contó a Gertrude que había recorrido Francia e Italia con una mochila al hombro y que a menudo había sobrevivido improvisando retratos favorecedores de su mesonero o mesonera. Que había tocado el violín en una pequeña orquesta -no de las más célebres- que hacía giras por provincias. Y cómo había sido la atracción momentánea de una compañía de actores ambulantes, empeñados en la ardua tarea de interpretar obras de Shakespeare ante públicos franceses, alemanes, polacos y húngaros.

Mientras siguió su curso esta narración periódica Gertrude vivía en un mundo fantástico; le parecía estar leyendo una novela por entregas. No había tenido emociones tan agradables desde *Nicholas Nickleby*. Una tarde fue a ver a su tía, la madre de Robert Acton, que estaba impedida y no salía nunca de casa. Regresó a pie, campo a través, por un atajo que todos ellos usaban con frecuencia. Felix había ido a Boston con el señor Wentworth para visitar juntos a algunos de los amigos de este último, ancianos caballeros que recordaban a su madre (la recordaban, pero nunca hablaban de ella) y que, en compañía de sus distinguidas esposas, habían acudido ya a presentar sus respetos a la casita entre manzanos, en unos vehículos que la baronesa, mientras recibía a sus visitantes con extremada cortesía, relacionó con el birlocho amplio, ligero y ruidoso en el que ella misma se había trasladado hasta aquellos parajes. Caía la tarde. Hacia el occidente estaba suspendido del cenit el gran cuadro de la puesta de sol de Nueva

Inglaterra, pintado en plata y carmesí, y los pedregosos pastizales estaban iluminados por un suave resplandor mientras Gertrude los atravesaba sin pensar en otra cosa que en sí misma. Junto a la entrada de uno de los cercados divisó desde lejos una figura masculina que parecía estar esperando; al acercarse más vio que se trataba del señor Brand. Gertrude tenía la impresión de no haberlo visto desde hacía algún tiempo; no habría sabido decir cuánto porque también le parecía que había estado en la casa grande recientemente.

-¿Me permite acompañarla? -preguntó. Y cuando la señorita Wentworth respondió que podía hacerlo si así lo deseaba, hizo notar que la había visto y reconocido a cerca de un kilómetro de distancia.

-Debe usted de tener muy buena vista -dijo Gertrude. -Así es, efectivamente, señorita Gertrude -dijo el señor Brand. La muchacha se dio cuenta de que aquella frase tenía un sentido más profundo, pero como eso sucedía siempre desde hacía mucho tiempo con las palabras del señor Brand, Gertrude estaba ya casi acostumbrada. Sintió, sin embargo, que el sentido profundo en aquella ocasión tenía una renovada capacidad para molestarla, sorprenderla e inquietarla. El señor Brand caminó unos momentos en silencio a su lado y después añadió:- He notado que comienza usted a evitarme. Pero quizá -continuó- no se necesite tener muy buena vista para advertirlo.

-No le he evitado -dijo Gertrude sin mirarlo.

-Creo que no se daba usted cuenta de que me estaba evitando -replicó el señor Brand-. Creo que ni siquiera advertía mi presencia.

-Ahora, al menos, sí sé que está usted aquí, señor Brand -dijo Gertrude riendo brevemente-. Me doy cuenta perfectamente.

Su acompañante no respondió y siguió andando despacio, ya que se veían obligados a caminar sobre la hierba. Llegaron a otra cerca con el portillo cerrado y el señor Brand puso la mano encima, pero no hizo ningún movimiento para abrirlo y se quedó mirando ala joven.

-Está usted muy interesada, muy absorta -dijo.

Gertrude lo miró y vio que estaba pálido y que parecía agitado. Nunca había visto agitado al señor Brand y comprendió que aquella escena, si desarrollaba todas sus posibilidades, sería impresionante y casi dolorosa.

-¿Absorta en qué? -preguntó. Después apartó los ojos y miró al cielo bañado de luz. Se sentía culpable e intranquila y sobre todo molesta consigo mismo por sentirse así. Pero el señor Brand, mirándola con sus ojillos amables y perseverantes, representaba una inmensa cantidad de obligaciones medio olvidadas que empezaban de nuevo a delinarse ante sus ojos con cierta claridad.

-Tiene usted nuevos intereses, nuevas ocupaciones -siguió él-. No sé si puedo decir que tiene usted nuevas obligaciones. Siempre quedan las antiguas, Gertrude -añadió.

-Por favor, abra el portillo, señor Brand -y al decirlo le pareció que se mostraba cobarde y malhumorada.

Pero su interlocutor lo abrió y le permitió pasar; después lo cerró tras de sí. Antes de que Gertrude tuviera tiempo de alejarse, extendió el brazo y la sujetó un momento por la muñeca.

-Tengo que decirte algo -exclamó.

-Sé lo que quiere usted decirme -respondió ella. Y estuvo a punto de añadir «y sé también cómo va a decirlo», pero se contuvo a tiempo.

-Te amo, Gertrude -dijo-. Te quiero mucho; te quiero más que nunca.

Había dicho aquellas palabras tal como ella había imaginado; ya las había oído antes. Carecían de encanto para ella y ya había pensado anteriormente que era muy extraño. Se supone que a una mujer le gusta escuchar esas palabras, pero las del señor Brand le parecían vacías y maquinales.

-Quisiera que se olvidara usted de eso -respondió.

-¿Cómo podría hacerlo? ¿Por qué tendría que hacerlo? -preguntó el señor Brand.

-Nunca le he prometido nada ni le he dado esperanzas -dijo Gertrude mirándolo y con un ligero temblor en la voz.

-Pero me hizo creer que tenía cierta influencia sobre usted. Me abrió su corazón.

-¡Nunca le he abierto el corazón, señor Brand! -exclamó Gertrude con cierta vehemencia.

-En ese caso no ha sido usted tan sincera como yo creía..., como todos creíamos.

-¡No veo que les pueda importar eso a los demás! -exclamó la muchacha.

-Me refiero a su padre y a su hermana. Ya sabe que les hace felices la idea de que llegue usted a escucharme. Gertrude dejó escapar una risita.

-No les hace felices -dijo-. Nada les hace felices. Nadie es feliz aquí.

-Me parece que su primo es muy feliz -replicó el señor Brand en un tono de voz muy suave, casi tímido.

-¡Tanto mejor para él! -exclamó Gertrude riendo de nuevo.

El señor Brand la contempló un momento.

-Está usted muy cambiada -dijo.

-Me agrada oírlo -dijo Gertrude.

-A mí no. La conozco desde hace mucho tiempo y la quería tal como era.

-Le quedo muy agradecida -dijo Gertrude-. Debo regresar a casa.

También el señor Brand, por su parte, dejó escapar una risita.

-No hay duda de que me evita, ¿no se da cuenta?

-Evítame también usted en ese caso -dijo la muchacha.

Él la miró de nuevo y a continuación replicó muy cortésmente:

-No, no la evitaré, pero, por el momento, voy a dejarla sola. Creo que dentro de algún tiempo recordará usted algunas de las cosas que ha olvidado. Creo que volverá usted a mí. Tengo mucha fe en ello.

Esta vez su tono resultaba conmovedor. El reproche que le hacía tenía mucha fuerza y Gertrude no supo contestarle. El señor Brand se dio la vuelta, pero siguió donde estaba, mirando la hermosa puesta de sol con los codos apoyados en el portillo. Gertrude reemprendió el camino hacia su casa, aunque a mitad del prado siguiente comenzó a llorar de repente. Le pareció que sus lágrimas llevaban mucho tiempo almacenándose y al principio sintió alivio derramándolas. Cesaron muy pronto. Había cierta dureza en Gertrude, que ya nunca más volvió a llorar.

## Seis

El señor Wentworth, al ir por las tardes a visitar a su sobrina, encontró más de una vez a Robert Acton sentado en su saloncito, cosa que no le molestaba en absoluto, porque no

pretendía competir con él por el afecto de Eugenia. El tío de Madame Münster tenía en gran estima a Robert Acton, quien, de hecho, era muy apreciado, aunque de manera tácita, por toda la familia. Los Wentworth estaban orgullosos de él: todo lo orgullosos, al menos, que pueden estarlo personas que habitualmente no incurren en el pecado de vanidad. Nunca presumían de Robert Acton ni se referían a él por motivos de vanagloria; nunca citaban sus agudezas ni mencionaban sus rasgos de generosidad, pero puede decirse que formaba parte de su sentido moral algo parecido a una fe reservadamente tierna en su bondad ilimitada; y quizá no pueda darse mejor prueba de la estima en que se le tenía que la total ausencia de juicios explícitos sobre sus acciones. Se le criticaba tan poco como se le alababa, pero se le reconocía tácitamente como pieza clave del círculo de los Wentworth. Era el hombre de mundo de la familia. Había vivido en China y había regresado a casa con toda una colección de curiosidades. Había hecho fortuna o, más bien, había quintuplicado una fortuna ya considerable. Poseía la distinción que da una mezcla de soltería, buen tono y excelente humor que seduce incluso a las imaginaciones más sumisas y se daba por hecho que había llegado el momento de que pusiera todas aquellas cualidades a disposición de alguna joven distinguida de su misma posición social.

El señor Wentworth no era hombre que se permitiera -dejando aparte sus deberes paternos- preferir a una determinada persona, pero consideraba a Robert Acton extremadamente juicioso, y quizá esto era lo que más se aproximaba a un sentimiento de preferencia, cosa que, por otra parte, el tío de Eugenia repudiaba como si se tratara de algo vagamente impúdico. Acton era, efectivamente, muy juicioso y también algo más, por lo que se podría afirmar en honor del señor Wentworth que en los rincones más ilícitos de su preferencia se albergaba la confusa intuición de que el mérito más destacable de su primo era cierta envidiable capacidad para ignorar, con elegancia, las conclusiones de la moral convencional y de mostrar mayor valor, un arrojo de una calidad superior al que exigen las situaciones corrientes. El señor Wentworth nunca se habría atrevido a afirmar que Acton tuviera madera de héroe, pero no se le puede culpar por ello, dado que el mismo Robert tampoco se habría atrevido a hacerlo. Acton era siempre muy discreto, incluso para juzgarse a sí mismo. Sabía que no era tan hombre de mundo como suponía la buena sociedad local, pero hay que añadir que nunca había dado ocasión a esa sociedad de calcular la justa medida de su sagacidad natural. Le gustaba tomar las cosas por el lado divertido y había descubierto que hasta en los círculos más reducidos esa disposición encuentra oportunidades para ejercitarse, oportunidades que habían constituido durante algún tiempo -es decir, desde su regreso de China hacía año y medio- el elemento más activo de su vida social, que tenía en la actualidad un ritmo bastante indolente. No tenía nada en contra del matrimonio. Era muy aficionado a los libros y había reunido una buena biblioteca, es decir, tenía muchos más libros que el señor Wentworth. También le gustaba mucho la pintura, pero hay que confesar, a la luz implacable de la crítica contemporánea, que algunos de los cuadros que adornaban las paredes de su casa no tenían nada de obras maestras. Había adquirido sus conocimientos -más extensos de lo que se advertía a primera vista- en Harvard y el gusto por las viejas amistades hacía que parte de sus satisfacciones cotidianas fuese vivir tan cerca de su antigua universidad, hasta el punto de que pasaba por allí con frecuencia cuando se trasladaba a Boston. A Robert Acton le interesaba muchísimo la baronesa Münster.

Eugenia lo trataba con mucha franqueza o, al menos, se proponía hacerlo.

-Estoy segura de que encuentra usted muy extraño que me quede a vivir en este rincón tan apartado -le dijo tres o cuatro semanas después de su llegada- y que se pregunta cuáles son mis motivos. Sepa que son desinteresados.

Para entonces puede decirse que la baronesa estaba ya afincada. La mejor sociedad de Boston había ido a visitarla y Clifford Wentworth la había llevado varias veces a pasear en su coche.

Robert Acton estaba sentado cerca de Eugenia, jugando con un abanico. Siempre había varios abanicos, con largas cintas de distintos colores, distribuidos por el saloncito y Acton siempre jugaba con alguno de ellos.

-No; no lo encuentro extraño -Robert hablaba despacio, sonriendo-. Que una mujer inteligente se quede en Boston o en sus alrededores no requiere mucha explicación. Boston es un lugar muy agradable.

-Si desea que le contradiga -respondió la baronesa- *vous vous y prenez mal*. Cuando estoy de buen humor soy capaz de decir que sí a cualquier cosa. Boston es un paraíso y nosotros estamos en los alrededores del paraíso.

-En estos momentos yo no me encuentro en los alrededores del paraíso, sino en su mismo centro -dijo Acton, que se había reclinado un poco indolentemente en la silla. Pero no siempre adoptaba ese aire indolente y, cuando lo hacía, no estaba tan relajado como fingía. Hasta cierto punto ocultaba su timidez bajo aquella apariencia de descuido y, como muchas personas en las mismas circunstancias, a veces exageraba. Por otra parte, el aire de sentirse completamente a sus anchas era una excusa para observar con gran atención. Le interesaba muchísimo aquella mujer inteligente que, prescindiendo de lo que él dijera, no era inteligente según las convenciones de Boston; Eugenia le producía algo muy parecido a una emoción, le mantenía en una tensión difícil de definir. Se veía obligado a admitir que nunca había visto una mujer como ella, ni siquiera en China. Por razones misteriosas le avergonzaba la intensidad de su emoción y salía airoso en apariencia adoptando, también en la superficie, una actitud humorística ante Madame Münster. No era del todo cierto que le pareciera muy normal su peregrinación piadosa. Podría decirse que era lo bastante buen bostoniano como para no considerar una excentricidad que cualquier extranjero deseara visitar la gran metrópoli de Nueva Inglaterra. Se trataba de un impulso que, ciertamente, no necesitaba ninguna justificación y además Madame Münster tenía la fortuna de contar con varios primos en Nueva Inglaterra. Sin embargo, le parecía completamente insólita su presencia en aquel pequeño círculo, aunque se tratara de una anomalía muy agradable y deliciosamente desconcertante. Sabía muy bien que no debía hacer al señor Wentworth partícipe de estas reflexiones tal como se le ocurrían; nunca habría comunicado al anciano caballero sus dudas sobre los motivos de la baronesa. Y, por otra parte, no tenía deseos de compartir con nadie sus vagas aprensiones. Encontraba en ello un placer muy íntimo: sin duda el placer más intenso que había disfrutado desde su regreso de China. Para bien o para mal quería guardar para sí a la baronesa; tenía la impresión de que le correspondía disfrutar de su monopolio, porque era él, evidentemente, quien mejor había sabido apreciar su talento para el trato social. Robert no tardó en comprobar que la baronesa estaba dispuesta a concederle aquel monopolio.

Un día (estaba, como de costumbre, sentado en el saloncito y jugando con un abanico) Eugenia le pidió que, cuando se le presentara la ocasión, la disculpara ante ciertas personas de Boston por no haberles devuelto la visita.

-Son una media docena -dijo-. Toda una lista. Charlotte Wentworth me ha dado los nombres por escrito con letra terriblemente clara. No tengo escapatoria: sé perfectamente a dónde debo ir; mi tío me informa de que el coche está siempre a mi disposición y Charlotte se ofrece a ir conmigo con unos guantes muy ajustados y unas enaguas muy tiesas. Pero con todo y con eso llevo tres días retrasándolo. Deben de pensar que soy terriblemente depravada.

-Me pide usted que la disculpe -dijo Acton-, pero no me dice qué excusa debo dar.

-Eso es más de lo que me corresponde -replicó la baronesa-. Sería como rogarle que me compre un ramo de flores y darle además el dinero. No tengo otra excusa que el esfuerzo que me exige. No me atrae en absoluto. ¿No serviría eso como excusa en Boston? Me han dicho que los bostonianos son muy sinceros, que no mienten. Además Felix tendría que acompañarme y nunca está dispuesto. No lo veo jamás. Siempre está vagabundeando por los campos y dibujando establos destartados o dando paseos de quince kilómetros, o pintando el retrato de alguien, o remando en el estanque, o coqueteando con Gertrude Wentworth.

-Yo pensaba que le divertiría ir a ver a unas cuantas personas -dijo Acton-. Está usted pasando una temporada demasiado tranquila. Esta vida tiene que aburrirle.

-¡Ah! ¡Tranquilidad, tranquilidad! -exclamó la baronesa-. Eso es lo que me gusta. He venido en busca de descanso. ¿Diversión? Ya me he divertido bastante. Y en cuanto a conocer gente..., ya he conocido a muchas personas en mi vida. Y si no resultase descortés, diría que deseo humildemente que la gente de aquí me dejara tranquila.

Acton la miró un momento y Eugenia respondió a su mirada. Era una mujer que soportaba muy bien las miradas.

-Entonces, ¿ha venido usted a descansar? -preguntó Robert.

-Creo que sí. Vine por muchas de esas razones que no lo son en realidad, aunque de hecho sean las mejores: marcharse, cambiar, romper con todo. Cuando alguien se marcha tiene que ir a algún sitio y me pregunté por qué no aquí.

-¡Tuvo usted tiempo de sobra durante el camino! -dijo Acton riendo.

Madame Münster lo miró de nuevo y luego respondió con una sonrisa:

-También he tenido tiempo, desde que llegué, de preguntarme por qué he venido. Pero no suelo hacerme preguntas ociosas. Aquí estoy y me parece que usted sólo debería darme las gracias.

-Cuando quiera marcharse verá las dificultades que pongo en su camino.

-¿Tiene usted intención de poner dificultades en mi camino? -le preguntó Eugenia mientras volvía a colocarse el capullo de rosa que llevaba en el corpiño.

-La más importante de todas será haberle resultado tan agradable...

-¿Que no sea capaz de marcharme? No esté demasiado seguro. He dejado muchas personas agradables del otro lado del océano.

-¡Ah! -dijo Acton-. ¡Pero fue para venir aquí, donde estaba yo!

-Ignoraba que existiera usted. Perdóneme por decir las cosas de manera tan descortés, pero, hablando sinceramente, no lo sabía. Vine precisamente para no verlo a usted -continuó la baronesa-; para no ver a personas como usted.

-¿Personas como yo? -exclamó Acton.

-Añoraba los lazos naturales que sabía que encontraría aquí. Digamos que allá sólo tenía relaciones artificiales. ¿Ve usted la diferencia?

-La diferencia está en contra mía -dijo Acton-. Supongo que soy una relación artificial.

-Convencional -dijo la baronesa-; muy convencional.

-Siempre hay una manera de que las relaciones entre una dama y un caballero lleguen a ser naturales -dijo Acton.

-¿Quiere usted decir convirtiéndose en amantes? Eso puede ser natural o no serlo. Pero, en cualquier caso -añadió Eugenia-, *nous ne sommes pas là!*

No lo eran aún, pero, poco después, cuando la baronesa comenzó a pasear en coche con Acton, casi podría haber parecido que lo eran. Fue a buscarla varias veces, solo en su coche, tirado por dos hermosos caballos de gráciles movimientos. Era distinto de sus paseos con Clifford, primo suyo y mucho más joven. Resultaba difícil imaginar que Madame Münster pudiera tener un devaneo con Clifford, que no era . más que un muchacho tímido y a quien buena parte de la sociedad de Boston suponía «prometido» con Lizzie Acton. Por otra parte, no cabía pensar en la baronesa como protagonista de una aventura, dado que era sin duda una mujer casada. Era de dominio público la condición «morganática» de su matrimonio, pero, dada su aversión natural a suponer que ello significara menos que un enlace en toda regla, la conciencia de la comunidad se refugiaba en la creencia de que suponía algo todavía más sólido.

Acton deseaba que Madame Münster tuviera una excelente opinión de los paisajes americanos y le hacía recorrer grandes distancias, escogiendo las carreteras más pintorescas y los panoramas más amplios. Si es verdad que somos mejores cuando estamos contentos, las virtudes de Eugenia debieron alcanzar entonces su punto más alto, porque le encantaba trasladarse de prisa por aquel país agreste y también le gustaba aquel acompañante que, de cuando en cuando, hacía que el vehículo, con un movimiento como de vuelo de golondrina, se lanzara por caminos de rústico trazado; aquel acompañante que, estaba segura, haría muchísimas cosas si ella se lo pidiera. A veces, apenas encontraban casas por espacio de dos horas: nada más que bosques, ríos, lagos y laderas de montañas resplandecientes. Todo aquello a la baronesa le parecía muy agreste, como ya he dicho, y también encantador; y esta impresión se añadía al sentimiento, nacido a su llegada al Nuevo Mundo, de disfrutar de mejores oportunidades.

Un día -avanzada ya la tarde- Acton hizo trepar a los caballos hasta la cresta de una colina desde donde se dominaba un hermoso paisaje. Luego dejó que los animales descansaran un buen rato mientras él se sentaba a hablar con Madame Münster. El panorama era hermoso, pese a la ausencia total de huellas humanas. Se divisaba una gran extensión de bosque, un río que brillaba a lo lejos y hasta el vislumbre de la mitad de las cimas de Massachussets. El camino tenía una amplia orilla cubierta de hierba y al otro lado discurría un arroyo claro y profundo; había flores silvestres entre la hierba y junto al arroyo yacía el tronco de un árbol caído. Después de esperar un rato apareció un campesino, Acton le pidió que sujetara los caballos, y el otro aceptó por hacerle un favor a un conciudadano. Robert invitó a apearse a la baronesa y los dos se alejaron, entre la hierba, para ir a sentarse en el tronco junto al arroyo.

-Imagino que esto no le recuerda a Silberstadt -dijo Acton.

Era la primera vez que mencionaba Silberstadt. Sabía que Madame Münster tenía allí un marido y eso le resultaba desagradable; además, le habían explicado que aquella persona deseaba apartarla de su lado, una situación que sugería eludir hasta las referencias indirectas. Pero también era cierto que la baronesa hablaba con frecuencia de Silberstadt y Acton se preguntaba con frecuencia por qué su marido quería desembarazarse de ella. Era una situación extraña para una dama la de esposa repudiada,

y resultaba admirable que la baronesa lo llevara con tanta gracia y distinción. Eugenia había dado a entender desde el principio que el problema presentaba dos caras distintas y que su versión, cuando se decidiera a contarla, resultaría en extremo conmovedora.

-No me recuerda la ciudad, desde luego -dijo la baronesa-, ni los frontones con esculturas, ni las iglesias góticas, ni el maravilloso *Schloss* con su foso y sus torres almenadas. Pero sí me hace pensar en otras zonas del principado. Cualquiera podría imaginar que estaba atravesando los inmensos bosques añosos de Alemania o sus montañas legendarias; desde las ventanas de Schreckenstein se divisa un paisaje muy parecido.

-¿Qué es Schreckenstein? -preguntó Acton.

-Es un gran castillo y la residencia veraniega del príncipe reinante.

-¿Ha vivido usted allí alguna vez?

-He residido allí -respondió la baronesa. Acton guardó silencio unos instantes, contemplando el paisaje sin castillos que se extendía ante él-. Es la primera vez que me hace usted una pregunta sobre Silberstadt -siguió Eugenia-. Imagino que le gustaría saber algo sobre mi matrimonio. Debe de parecerle una cosa muy extraña.

Acton se la quedó mirando.

-¡A usted no le gustaría que yo dijera eso!

-¡Ustedes, los norteamericanos, se comportan de una manera muy extraña! -exclamó la baronesa-. Nunca preguntan nada directamente; parece que hay muchísimas cosas sobre las que no se puede hablar.

-Los norteamericanos somos muy corteses -dijo Acton, cuyo patriotismo se había afinado por el hecho de residir en el extranjero, pero que seguía viendo con malos ojos que se criticara a sus compatriotas-. No nos gusta meternos donde no nos llaman -continuó-. Pero me gustaría mucho saber algo más acerca de su matrimonio. Cuénteme qué es lo que pasó.

-El príncipe se enamoró de mí -explicó la baronesa con sencillez-. Me cortejó con mucha insistencia. Al principio no quería que me casara con él, bien al contrario. Pero me negué a escuchar lo que me proponía. De manera que acabó por ofrecerme el matrimonio..., hasta donde podía hacerlo. Yo era joven y confieso que me sentí bastante halagada. Pero si tuviera que hacerlo de nuevo le diría que no, sin duda alguna.

-¿Cuánto tiempo hace de eso? -preguntó Acton.

-Varios años -respondió Eugenia-. Nunca le pida fechas a una mujer.

-Creía que cuando una mujer está contando historia... -replicó Acton-. ¿Y ahora quiere anularlo?

-Quieren que haga un matrimonio de conveniencia por razones políticas. Es idea de su hermano, que es una persona muy inteligente.

-¡Deben de ser una pareja inapreciable! -exclamó Robert Acton.

La baronesa se encogió un poco de hombros, filosóficamente.

-*Que voulez-vous!* Son príncipes. En opinión suya, me están tratando muy bien. Silberstadt es un estado muy pequeño gobernado por un déspota y el príncipe reinante puede anular el matrimonio de un plumazo. Pero me ha prometido no hacerlo sin mi consentimiento oficial.

-¿Y usted no se lo ha dado?

-Me he resistido hasta ahora. Es una indignidad y he querido al menos ponerles las cosas un poco difíciles. Pero bastaría con firmar y enviar al príncipe un sencillo



documento que tengo en mi escritorio.

-¿Y acabaría todo?

La baronesa levantó una mano y acto seguido la dejó caer.

-Conservaría mi título, claro está; al menos podría conservarlo si quisiera. Supongo que lo conservaré. No se puede vivir sin nombre. También conservaría mi pensión. Es muy pequeña, vergonzosamente pequeña, pero vivo con ella.

-¿Y sólo tiene usted que firmar ese documento? -preguntó Acton.

La baronesa le miró un momento.

-¿Le parece urgente?

Acton se puso en pie despacio y se quedó quieto con las manos en los bolsillos.

-¿Qué gana usted no haciéndolo?

-La ventaja consiste en que si lo retraso, quizá el príncipe se rebele contra su hermano y vuelva a mí. Me quiere de verdad y a su hermano le ha costado mucho alejarlo.

-Y si él quisiera volver con usted -dijo Acton-, ¿volvería..., volvería a aceptarlo?

La baronesa no apartó la vista, pero se ruborizó un poquito. Luego también se puso en pie.

-Tendría la satisfacción de decir: «Ahora me toca a mí. ¡Soy yo quien rompe con Su Alteza Serenísima!».

Comenzaron a andar en dirección al coche.

-Es una historia singular, no hay duda -comentó Robert Acton-. ¿Cómo conoció usted al príncipe?

-Yo vivía en Dresde con una anciana condesa que había sido amiga de mi padre. Al morir él me quedé muy sola. Mi hermano vagabundeaba por Europa con una compañía teatral.

-Su hermano tendría que haberse quedado con usted -observó Acton- y haberle impedido que confiara en los príncipes.

La baronesa guardó silencio unos momentos y luego dijo:

-Hizo lo que pudo. Me envió dinero. Pero la anciana condesa animaba al príncipe y a mí me insistió mucho. Creo -añadió lentamente Madame Münster- que, teniendo en cuenta las circunstancias, me comporté bien.

Acton la miró y se dijo, aunque ya lo había hecho otras veces, que una mujer parece más bonita después de contar sus errores y sus penas.

-Bien -reflexionó en voz alta-; ¡me gustaría ver cómo envía usted a su Alteza Serenísima a donde se merece!

Madame Münster se detuvo y cortó una margarita que crecía entre la hierba.

-¿Y no firmar la renuncia?

-Bueno; no sé..., no sé -dijo Acton.

-En el primer caso obtendría venganza; en el segundo, mi libertad.

Acton dejó escapar una risita mientras la ayudaba a subir al coche.

-En todo caso -dijo- guarde muy bien ese documento.

Dos días después Robert pidió a la baronesa que fuera a conocer su casa. Ya le había propuesto antes aquella visita que había ido retrasándose debido a la enfermedad de su madre inválida, quien, dando muestras de una gran paciencia, había pasado los últimos años junto a la ventana de su cuarto, en un gran sillón con tapicería de flores. Durante las últimas semanas no había estado en condiciones de ver a nadie, pero ya se encontraba mejor, y envió a la baronesa una nota muy simpática.

Acton quería que Madame Münster cenara con ellos, pero Eugenia prefirió que aquel primer encuentro fuese una simple visita. Comprendió que si aceptaba la invitación para cenar, se invitaría también al señor Wentworth y a sus hijas, y le parecía que se mantendría mejor el carácter singular de aquella entrevista en un tête-à-tête con su anfitrión. El porqué de la singularidad de la ocasión no se lo explicó a nadie. A ojos de cualquiera todo resultó sencillamente muy agradable. Acton fue a buscarla en su coche y la condujo hasta el punto de destino con gran rapidez. A la baronesa le pareció que la casa de Robert era excelente y, al recurrir a las palabras, la definió como encantadora. Era una casa amplia, cuadrada y de color marrón; se hallaba en medio de un jardín muy bien cuidado y se llegaba hasta ella desde el portón por un breve paseo. Se trataba, sin embargo, de un edificio mucho más moderno que la casa del señor Wentworth y estaba más lujosamente tapizada y decorada. La baronesa se dio cuenta de que su anfitrión tenía un concepto suficientemente refinado de la comodidad. Y además poseía las *chinoiseries* más deliciosas (recuerdos de su estancia en el Celeste Imperio): pagodas de ébano y mesitas de marfil, esculturas de monstruos que reían y hacían muecas desde las repisas de las chimeneas frente a pequeñas pantallas de seda con hermosas figuras, vajillas de porcelana que brillaban tras los cristales de las vitrinas de caoba y en los rincones biombos de seda muy tensa con bordados de mandarines y dragones. Todas estas cosas estaban repartidas por las habitaciones, por lo que Eugenia encontró un pretexto para hacer una visita detenida a toda la casa, que le gustó y con la que disfrutó; le pareció extraordinariamente agradable. La mezcla de comodidad y lujo resultaba perfecta y, aunque casi se trataba de un museo, hasta las amplias habitaciones que apenas se utilizaban estaban perfectamente limpias y cuidadas. Lizzie Acton le dijo que limpiaba personalmente las pagodas y las otras curiosidades todos los días y la baronesa comentó que sin duda era un hada del hogar. Lizzie no parecía en absoluto una jovencita que se ocupara de limpiar el polvo: llevaba unos vestidos tan elegantes y tenía unas manos tan delicadas que era difícil imaginársela dedicada a faenas caseras. Al llegar Madame Münster, salió a recibirla, pero no dijo nada, o casi nada, y la baronesa pensó de nuevo - ya lo había hecho anteriormente- que las muchachas norteamericanas carecían de distinción. No le agradaba aquella muchachita y estaba dispuesta a reconocer que no había sabido congraciarse con ella. La seguridad en sí misma que Lizzie parecía tener y su franqueza rozaban la impertinencia, y la posibilidad de que fuera capaz de combinar características tan dispares en apariencia como el gusto por la casa y los vestidos a la moda de París sugería una peligrosa reserva de energía. A la baronesa le irritaba que en aquel país tuviera importancia el que una muchachita fuera más o menos insignificante porque hasta entonces no había advertido ninguna presión moral causada por las opiniones de doncellas diminutas. El hecho de que la joven se retirase en seguida, dejando a la baronesa en manos de su hermano, era quizá un síntoma de su impertinencia. Acton habló mucho de *sus chinoiseries*; era un entendido en porcelana y curiosidades. La baronesa se detuvo muchas veces mientras recorría la casa. Se sentó por todas partes confesando estar un poco cansada e hizo preguntas sobre los diferentes objetos con una curiosa mezcla de interés y falta de atención. Si hubiera tenido a alguien a quien decírselo, habría confesado que estaba enamorada de su anfitrión, pero difícilmente podía hacer esa declaración a Acton en persona, ni siquiera a título confidencial. Pero eso no le impedía disfrutar de un placer que tenía casi el encanto de la novedad: sentir, con la admirable finura de percepción que la caracterizaba, que Robert Acton tenía un carácter

sin asperezas y que incluso su ironía daba siempre en el blanco. La impresión que producía su sinceridad era casi como llevar un ramo de flores: el perfume resulta muy agradable, pero a veces no se sabe qué hacer con las flores. Se podía confiar en él en cualquier circunstancia y lugar y, sin embargo, no era un hombre de una sola pieza, cosa que hubiera supuesto un exceso; Acton era sólo relativamente sencillo y para la baronesa eso era más que suficiente.

Lizzie reapareció para decir que su madre recibiría con mucho gusto a Madame Münster, y la baronesa la siguió hasta las habitaciones de la señora Acton. Eugenia pensó, mientras se dirigían hacia allí, que no era el aire impertinente de la muchachita lo que le desagradaba, porque en ese terreno podía vencerla sin dificultad, ni tampoco un deseo de rivalidad por su parte, sino algo semejante a una indiferencia infantil, risueña y burlona a la vez, ante los resultados de semejante comparación. La señora Acton era una mujer de cincuenta y cinco años, demacrada y de expresión dulce que, sentada sobre almohadones, contemplaba a través de la ventana un seto de tejo. Era una criatura muy modesta y tímida y estaba muy enferma. Eugenia se sintió feliz de ser diferente, de no estar enferma y de no ser, con toda seguridad, tan modesta. En una silla, a su lado, descansaba un volumen de *los Ensayos* de Emerson. En su triste estado era aquélla una gran ocasión para que la pobre señora Acton se comparase con una dama extranjera muy inteligente, más distinguida que cualquiera de las señoras -más, incluso, que toda una docena- que conocía.

-He oído hablar mucho de usted -le dijo dulcemente a la baronesa.

-Habrà sido su hijo, sin duda -respondió Eugenia-. A mí me ha hablado muchísimo de usted y le aseguro que puede sentirse halagada -añadió-. Habla de usted como semejante hijo debe hablar de una madre así.

La señora Acton la contempló admirada. Aquello era parte de la «distinción» de Madame Münster. Pero también Robert Acton estaba sorprendido, porque apenas recordaba haber mencionado a su madre en las conversaciones con Eugenia. Nunca hablaba de aquella inmóvil presencia materna; una presencia de una discreción tan refinada que quedaba reducida para él a una emoción muy interiorizada. Y Acton hablaba muy poco de sus emociones. Al volverse hacia él sonriendo, la baronesa advirtió inmediatamente que había sido sorprendida en una mentira. Había dado un paso en falso. ¿Pero quiénes eran aquellas personas a las que desagradaba una mentira así? Si estaban molestos, también lo estaba la baronesa. Y después de intercambiar unas cuantas preguntas de cortesía y de recibir otras tantas respuestas en voz muy baja, Eugenia se despidió de la señora Acton. A Robert le pidió que no la acompañara a su casa: iría sola en el coche; lo prefería así. Lo dijo con tono decidido y le pareció que Acton se quedaba un tanto decepcionado. Mientras esperaba con él delante de la puerta -el carruaje estaba dando la vuelta en la avenida de grava- aquel pensamiento le devolvió la serenidad.

Después de darle la mano para despedirse, se le quedó mirando un momento.

-Casi he decidido enviar ese documento -dijo.

Acton comprendió que se refería a lo que Eugenia llamaba su renuncia. La ayudó a subir al coche sin decir palabra. Pero un momento antes de que el vehículo se pusiera en marcha exclamó:

-Bien, pero cuando lo haya hecho, ¡espero que me lo haga saber!

## Siete

Después de terminar el retrato de Gertrude, Felix trasladó al lienzo las facciones de muchos de los miembros de aquel círculo del que puede decirse que, para entonces, el hermano de la baronesa había llegado a ser eje y centro. Me temo que es necesario confesar que sus retratos eran decididamente favorecedores y que, como además añadía a sus modelos cierto encanto romántico, a nadie le parecía excesivo pagar por ellos un centenar de dólares a un joven que convertía posar en una ocupación tan entretenida. Porque Felix se hacía pagar por sus retratos, ya que no ocultaba que, al guiar sus pasos hacia el Nuevo Mundo, la curiosidad afectuosa había ido de la mano del deseo de mejorar su condición. Retrató a su tío como si el señor Wentworth nunca se hubiera opuesto a servir de modelo y, dado que logró su propósito ejerciendo tan sólo una dulce violencia, es justo añadir que, a cambio, lo único que exigió del anciano fue su tiempo. Una mañana de verano lo cogió del brazo y lo condujo, atravesando el jardín y cruzando la carretera, al estudio que había instalado provisionalmente en la casita entre los manzanos. Aquel grave caballero de Nueva Inglaterra se sentía cada vez más fascinado por su sobrino, cuya juventud, todavía intacta y siempre comunicativa, disponía ya de un repertorio tan increíblemente copioso de experiencias. Al señor Wentworth le parecía que Felix tenía que saber mucho de todo. Le hubiera gustado averiguar su opinión sobre determinadas cuestiones que él había dado siempre por resueltas en sus conversaciones pero que conocía en realidad muy superficialmente. Felix tenía una manera de juzgar las acciones humanas segura y alegremente enérgica que el señor Wentworth acabó poco a poco por envidiar, ya que parecía convertir la crítica en una cosa sencilla. Para el señor Wentworth hacerse una opinión -sobre la conducta de una persona, por ejemplo- resultaba algo así como tratar de abrir una cerradura con una llave elegida al azar. Le parecía que iba por el mundo con un grueso manojo de instrumentos inútiles colgado de la cintura. Su sobrino, por el contrario, con un simple giro de muñeca abría todas las puertas con la habilidad de un ladrón experto. El señor Wentworth, por otra parte, se creía obligado a respetar la convención de que un tío es siempre más prudente que un sobrino, aunque para ello no le quedara otra alternativa que escuchar, guardando silencio con expresión grave, el ininterrumpido y agradable flujo de palabras de Felix. Pero llegó un día en que su reserva se quebró y casi solicitó el consejo de su sobrino.

-¿Has sopesado alguna vez la idea de instalarte en los Estados Unidos? -le preguntó una mañana mientras Felix manejaba el pincel con su soltura habitual.

-Querido tío -respondió Felix-, permíteme si su pregunta me hace sonreír. En primer lugar, nunca he sopesado una idea. A menudo las ideas me sopesan a mí. Me temo que no he hecho planes con seriedad. Sé lo que va usted a decir, o más bien lo que piensa, porque no creo que llegue a decirlo: que se trata de una actitud muy frívola e insensata por mi parte. Lo es; pero estoy hecho así. Tomo la vida como viene y nunca he tenido que quedarme cruzado de brazos. En segundo lugar, nunca me propondría *instalarme*. No me puedo instalar, mi querido tío, porque no soy sedentario. Ya sé que en este país se espera de los extranjeros que se instalen. Pero, para contestar a su pregunta, no; nunca he sopesado la idea de instalarme.

-¿Te propones entonces regresar a Europa y reanudar la vida desordenada de antes? -preguntó el señor Wentworth.

-No puedo decir que me lo proponga. Pero es muy probable que vuelva a Europa. Después de todo soy europeo. Me siento europeo, ¿comprende usted? Dependerá en gran medida de mi hermana, que es todavía más europea que yo. Aquí Eugenia es como un cuadro fuera de su marco. Y en cuanto a «reanudar», querido tío, mi vida desordenada, la verdad es que nunca la he abandonado. ¿Cree usted que puede haber para mí algo más irregular que esto?

-¿Algo más irregular que qué? -preguntó el señor Wentworth con su gravedad y palidez acostumbradas.

-¡Pues que todas estas cosas! Vivir entre ustedes de la manera que lo hago; disfrutar de esta vida de familia tan encantadora, tranquila y seria; fraternizar con Charlotte y Gertrude; visitar a veinte señoritas y salir con ellas a pasear; sentarme con usted por las noches en el porche y escuchar a los grillos y acostarme a las diez en punto.

-Tu descripción resulta muy animada -dijo el señor Wentworth-, pero no veo nada incorrecto en lo que describes.

-Ni yo tampoco. Es extraordinariamente agradable; no me gustaría si hiciera algo incorrecto. Le aseguro que no me gustan las incorrecciones, aunque me atrevería a decir que usted sí lo cree -replicó Felix sin dejar de pintar.

-Nunca te he acusado de eso.

-No lo haga, se lo ruego -dijo Felix-, porque ¿sabe usted?, en el fondo soy terriblemente burgués.

-¿Terriblemente burgués? -repitió el señor Wentworth.

-Quiero decir, con otras palabras, que soy una persona sencilla, temerosa de Dios -el señor Wentworth le miró con cierto recelo, el de una persona prudente a quien se trata de engañar, mientras Felix continuaba-: Confío en llegar a disfrutar de una ancianidad venerable y venerada. Quiero decir que espero vivir muchos años. Es difícil llamar a eso un plan, pero sí es un deseo decidido, una visión de color de rosa. Quiero ser un anciano lleno de vitalidad, ¡incluso frívolo!

-Es natural -dijo el señor Wentworth sentenciosamente- que se desee prolongar una vida agradable. Quizá tenemos una tendencia egoísta a no dar nunca por terminados nuestros placeres. Pero imagino -añadió- que piensas casarte.

-También eso, mi querido tío, es una esperanza, un deseo, una visión -dijo Felix, a quien se le pasó entonces por la cabeza que todo aquello era posiblemente un preámbulo para que su tío le ofreciera la mano de una de sus admirables hijas. Pero, gracias a una dosis razonable de modestia y un certero sentido de las duras realidades de este mundo, Felix rechazó de inmediato aquella idea. Su tío era sin duda la encarnación de la benevolencia, pero de ahí a aceptar, y más aún alentar, la idea de una unión entre una señorita con una dote presumiblemente cuantiosa y un artista sin un céntimo ni esperanzas de celebridad había una gran diferencia. Felix había advertido recientemente su marcada preferencia por la compañía, a ser posible no compartida con otros, de Gertrude Wentworth; pero de momento había colocado a su prima en la categoría, tan brillante como distante, de las cosas inalcanzables. No era la primera mujer que había hecho nacer en él una admiración platónica. Había estado enamorado de duquesas y condesas y había llegado, en una o dos ocasiones, a tratar de mostrarse cínico afirmando que se exageraba mucho cuando se hablaba del desinterés de las mujeres. En líneas generales se puede decir que había equilibrado la audacia con la modestia. Y hay que proclamar en su honor que en las circunstancias presentes habría sido incapaz de

aprovecharse del trato familiar de que disfrutaba para hacer el amor a la más joven de sus encantadoras primas. Felix había crecido a la sombra de tradiciones que consideraban tal procedimiento una falta grave contra las leyes de la hospitalidad. Ya he dicho que Felix estaba siempre alegre y, entre las fuentes de esa alegría durante el transcurso de esta historia hay que señalar su buena conciencia por lo que se refiere a sus relaciones con Gertrude. Su conducta personal se le aparecía aureolada con la belleza de la virtud, una forma de belleza que admiraba con el mismo entusiasmo con que admiraba todas sus otras formas.

-Creo que si te casaras -dijo el señor Wentworth-, encontrarías la felicidad.

-*Sicuriísimo!* -exclamó Felix. A continuación, deteniendo el pincel, obsequió a su tío con una sonrisa-. Hay algo que siento tentaciones de decirle, ¿puedo hacerlo?

El señor Wentworth se irguió ligeramente.

-Soy muy de fiar: nunca repito lo que se me dice -aunque confiaba en que Felix no se arriesgara demasiado.

Este último se estaba riendo de su respuesta.

-Resulta extraño oírle hablar de cómo ser feliz. Me parece que usted, mi querido tío, no sabe mucho de eso. ¿Le parece muy brutal lo que acabo de decirle?

El anciano guardó silencio unos instantes y después, con una seca dignidad que conmovió inmediatamente a su sobrino, dijo:

-A veces podemos señalar un camino que personalmente somos incapaces de seguir.

-Ah, no me diga que ha tenido penas -replicó Felix-. Y, de todas formas, no me refería a eso. Quiero decir sencillamente que ninguno de ustedes es muy capaz de pasarlo bien.

-¿Pasarlo bien? No somos niños.

-Precisamente; tienen ustedes la edad adecuada. Lo comentaba con Gertrude el otro día -añadió Felix-. Espero no haber sido indiscreto.

-Si lo fuiste -dijo el señor Wentworth con más ironía de lo que Felix hubiera esperado-, no hacías más que pasarlo bien a tu manera. Me temo que nunca has tenido problemas.

-¡Sí que los he tenido! -exclamó Felix con cierta energía-. Antes de que llegara a entender mejor la vida. Pero no volverán a atraparme.

El señor Wentworth mantuvo durante algún tiempo un silencio más expresivo que el más profundo de los suspiros.

-No tienes hijos -observó finalmente.

-¡No irá usted a decirme -exclamó Felix- que sus encantadores hijos son para usted una fuente de preocupaciones!

-No me refiero a Charlotte -y luego, después de una pausa, el señor Wentworth continuó-. Ni tampoco a Gertrude. Pero Clifford me preocupa bastante. Ya te hablaré de eso otro día.

En la sesión siguiente Felix recordó a su modelo que había decidido hacerle una confidencia.

-¿Qué tal está hoy Clifford? -preguntó Felix-. Siempre me ha parecido un muchacho reservado. Diría incluso que demasiado reservado. Parece mirarme con prevención, como si me considerase una compañía poco conveniente. El otro día le dijo a su hermana (Gertrude me lo contó después) que siempre me estaba riendo de él. Si me río, lo hago sólo para tratar de inspirarle un poco más de confianza. Es mi manera de ser.

-La situación de Clifford no es cosa que haya que tomar a risa -dijo el señor Wentworth-, sino algo bastante especial, como me imagino que has adivinado ya.

-¿Se refiere a los amores con su prima?

El señor Wentworth le miró sorprendido y enrojeció levemente.

-Me refiero a su abandono de la universidad. Lo han expulsado temporalmente. Hemos decidido no hablar de ello si no se nos pregunta.

¿Expulsado? -repitió Felix.

-El claustro de Harvard le ha pedido que se ausente por espacio de seis meses. Mientras tanto, estudia con el señor Brand. Creemos que podrá ayudarle; al menos eso esperamos.

-¿Qué le ha sucedido en la universidad? -preguntó Felix-. ¿Le gustaba demasiado el placer? ¡No será ciertamente el señor Brand quien le enseñe sus secretos!

-Se había aficionado mucho a algo que no debería gustarle tanto y que, efectivamente, suele considerarse como un placer.

Felix rió alegremente.

-Mi querido tío, ¿es que hay alguna duda de que se trate de un placer? *C'est de son âge*, como dicen en Francia.

-Yo pensaba en cambio que era un vicio más tardío, propio de una vejez fracasada.

Felix miró a su tío con las cejas enarcadas.

-¿De qué me está usted hablando? -le preguntó con una sonrisa.

-De la situación en que hallaron a Clifford.

-¡Ah! ¿Lo sorprendieron, lo atraparon?

-Inevitablemente. Era incapaz de andar; se tambaleaba.

-¡Ya! -dijo Felix-. ¡Bebe! Lo sospechaba por algo que noté nada más llegar. Estoy completamente de acuerdo con usted en que es muy poco elegante. No es un vicio de caballeros. Tiene que dejarlo.

-Hemos puesto muchas esperanzas en la influencia del señor Brand -continuó el señor Wentworth-. Le ha estado aconsejando desde el primer momento. Y él no bebe nunca.

-¡Hablaré con él, hablaré con él! -dijo Felix alegremente.

-¿Qué le vas a decir? -preguntó su tío con cierto temor.

Felix tardó algún tiempo en contestar.

-¿Tiene usted intención de casarlo con su prima? -preguntó por fin.

-¿Casarlo? -repitió el señor Wentworth-. Diría más bien que su prima querría casarse con él.

-Entonces, ¿no ha llegado usted a un acuerdo con la señora Acton?

El señor Wentworth le miró bastante sorprendido. -Nunca he hablado de ese tema con ella.

-Pues yo creo que ha llegado el momento de hacerlo -dijo Felix-. Lizzie Acton es extraordinariamente bonita y si Clifford está peligrosamente...

-No se han prometido -dijo el señor Wentworth-. No tengo motivos para pensar que estén prometidos.

-*Par exemple* -exclamó Felix-. ¿Un compromiso secreto? Créame: Clifford, como le digo, es un muchacho encantador. No haría una cosa así. Además Lizzie Acton no es capaz de tener celos.

-También lo creo yo así -dijo el anciano, dando la vaga sensación de que los celos eran un vicio más reproducible aún que la afición a la bebida.

-Por consiguiente, lo mejor para Clifford -propugnó Felix- sería llegar a interesarse por alguna mujer inteligente y agradable -hizo una pausa en su trabajo y, apoyando los codos en las rodillas, miró a su tío con aire alegre y comunicativo-. Tengo mucha fe en la

influencia de las mujeres. Convivir con damas contribuye a que un hombre se convierta en caballero. Es cierto que Clifford tiene a sus hermanas, que son encantadoras. Pero tendría que entrar en juego un sentimiento distinto del fraternal. ¿Comprende lo que quiero decir? También tiene a Lizzie Acton, pero quizá le falte madurez.

-Sospecho que Lizzie le ha hablado, ha intentado razonar con él -dijo el señor Wentworth.

-¿Acerca de los inconvenientes de la embriaguez y de la hermosura de la templanza? Es un trabajo sobrehumano para una joven bonita. No -continuó Felix-; Clifford debe frecuentar a una mujer agradable que, sin mencionar siquiera ese tema tan poco grato, llegue a hacerle comprender que se pone completamente en ridículo cuando se emborracha. Y si llega incluso a enamorarse un poco de ella, miel sobre hojuelas. Sería el tratamiento adecuado.

-Siendo así, ¿qué persona te parecería apropiada? -preguntó el señor Wentworth.

-Tiene usted una mujer inteligente a su disposición. Mi hermana.

-Tu hermana... ¿a mi disposición? -repitió el anciano.

-Hágale una insinuación a Clifford. Dígale que sea audaz. Ya está bien dispuesto; la ha invitado dos o tres veces a pasear en coche, pero no creo que haya venido a verla. Indíquele que lo haga, que venga a menudo. Que se siente aquí una tarde y hable con Eugenia. Le hará mucho bien.

El señor Wentworth reflexionó.

-¿Crees que Eugenia ejercería una influencia beneficiosa?

-Más bien civilizadora. Se la podría calificar incluso de moderadora. Una mujer atractiva e ingeniosa siempre tiene ese efecto, especialmente si es un poco coqueta. El trato con mujeres como ella, mi querido tío, me ha proporcionado la mitad de mi educación. Si, como usted dice, Clifford está en entredicho, deje que Eugenia sea su preceptora.

El señor Wentworth mantuvo su expresión cavilosa.

-¿Crees que Eugenia es coqueta? -preguntó.

-¿Qué mujer bonita no lo es? -replicó Felix, lo que, en el mejor de los casos, no llegaba a ser una respuesta para el señor Wentworth, a quien no le parecía que su sobrina fuese bonita-. Con Clifford -siguió Felix- Eugenia será lo bastante coqueta como para mostrarse un poco irónica. Eso es lo que mi primo necesita. Dígale que sea amable con ella. Es mejor que esa sugerencia venga de usted.

-¿Debo entender -preguntó el anciano- que he de sugerir a mi hijo que haga... manifestaciones de... afecto a Madame Münster?

-Eso es, ¡manifestaciones de afecto! -exclamó Felix. -Pero, según tengo entendido, Madame Münster es una mujer casada.

-Ah -dijo Felix sonriendo-; no podría casarse con él, por supuesto. Pero hará lo que esté en su mano.

El señor Wentworth permaneció algún tiempo con los ojos clavados en el suelo. Finalmente se puso en pie.

-No creo que me sea posible -dijo- recomendar a Clifford que tome semejante iniciativa -y, sin responder a la sorprendida mirada de Felix, dejó de posar para su retrato y no reanudó las sesiones hasta quince días después.

A Felix le gustaba mucho el pequeño lago que ocupaba buena parte de las extensas propiedades del señor Wentworth y también un agradable pinar que se extendía al otro



lado, situado sobre una pendiente abrupta, en el que nunca faltaban las brisas estivales. El murmullo del viento en las altas copas de los árboles se escuchaba con una claridad sorprendente, hasta parecer casi un sonido humano. Una tarde Felix abandonó su estudio y pasó ante el saloncito de Eugenia, cuya puerta estaba abierta. En la penumbra fresca de la habitación vio a su hermana, vestida de blanco, hundida en un sillón y con un enorme ramo de flores entre las manos. Sentado frente a ella se encontraba Clifford Wentworth, haciendo girar su sombrero entre las manos. Era evidente que acababa de regalar el ramo a la baronesa, en cuyos hermosos ojos, mientras le miraba por encima de las rosas y las flores silvestres, brillaba ya una sonrisa locuaz. Felix, deteniéndose en el umbral del hotelito, dudó por un instante si debía volver sobre sus pasos y entrar en el saloncito, pero acabó por seguir su camino y adentrarse por el jardín del señor Wentworth. El proceso civilizador al que, según él, Clifford debía someterse, parecía haberse puesto en marcha de manera espontánea. Felix estaba plenamente convencido, al menos, de que el señor Wentworth no se había decidido a adoptar aquel método ingenioso para estimular la conciencia estética de su hijo. «Imagina sin duda -se dijo Felix después de la conversación transcrita- que, movido por mi amor fraterno, deseo proporcionar a Eugenia la diversión de un coqueteo, o de una intriga amorosa, que es como él lo llamaría probablemente, con un muchacho tan sumamente impresionable como Clifford. Ya me había dado cuenta de que a veces no hay nadie tan dispuesto a tomarse grandes licencias imaginativas como las personas de vida austera.» Felix, por su parte, tampoco había abordado a Clifford, pero sí había hecho saber a Eugenia que al señor Wentworth le disgustaba mucho la intemperancia de su hijo.

-Tenemos que hacer algo para ayudarlos después de todas las atenciones que han tenido con nosotros -había añadido-. Anima a Clifford a que venga a verte y ayúdale a descubrir los placeres de la conversación, con lo que le apartarás de esa otra tendencia que procede sólo de su infantilismo, de su falta de decisión para ocupar con la suficiente seriedad el sitio que le corresponde en el mundo y que es el de un joven con dinero que procede de una familia distinguida. Conviértelo en una persona un poco más seria. Y no te importe demasiado que te haga el amor.

-Así que debo ofrecerme como una forma más distinguida de embriaguez, como sucedáneo de la botella de brandy, ¿no es eso? -preguntó Eugenia-. No hay duda de que en este país se llega a hacer cosas verdaderamente extrañas.

Pero Madame Münster no había declinado taxativamente encargarse de la educación de Clifford, y Felix, que no había vuelto a pensar en el asunto, por estar preocupado por cuestiones de mayor importancia personal, pensó que quizá ahora se estaban iniciando de verdad las tareas de redención. En teoría, el proyecto le había parecido de los más afortunados, pero su puesta en práctica le inquietaba un tanto. «¿Qué pasaría si Eugenia...? ¿Y si Eugenia?», se preguntaba en voz baja, dejando la pregunta sin terminar debido a las ilimitadas posibilidades de su hermana. Pero antes de que Felix tuviera tiempo de aceptar o rechazar aquella intuición, incluso con una formulación tan vaga, vio cómo Robert Acton salía de la propiedad del señor Wentworth por un portillo lateral y se dirigía hacia la casita blanca. Era evidente que venía de su casa por-un atajo sombreado y tenía intención de hacer una visita a Madame Münster. Felix lo contempló unos instantes y luego siguió su camino. Se le podía dejar que hiciera las veces de providencia e interrumpiera -si la interrupción era necesaria- el coqueteo de Eugenia con Clifford.

Felix cruzó el jardín en dirección a la casa y a un portillo donde se tomaba un sendero

que, a través de los campos y cerca de un bosquecillo, llevaba hasta el lago. Se detuvo frente a la casa y sus ojos buscaron una ventana abierta en el lado que quedaba en sombra. Gertrude se asomó poco después a contemplar la brillante luminosidad del verano. Felix se quitó el sombrero, saludándola. Explicó que se disponía a cruzar el lago a remo y preguntó a su prima si le haría el honor de acompañarle. Gertrude le miró un momento y después desapareció sin decir nada, pero reapareció en seguida, más abajo, con uno de aquellos sombreros Leghorn, tan extraños y deliciosos, de moda por entonces, que se sujetaban con un lazo blanco de satén; también llevaba una sombrilla verde. La señorita Wentworth llegó con Felix hasta donde estaban siempre atracados un par de botes. Embarcaron en uno y Felix, remando suavemente, lo impulsó hacia la orilla opuesta. Era un día de verano perfecto. El pequeño lago tenía color de atardecer. No se oía más que el chapoteo de los remos y estuvieron escuchándolo. Desembarcaron y, por un sendero con muchas revueltas, subieron al montículo cubierto de pinos que dominaba el estanque, cuya superficie brillaba entre los árboles. La temperatura allí era muy agradable y, bajo las ramas de los pinos que se agitaban blandamente, se tenía la deliciosa impresión de oír el fresco, además de disfrutar de él. Felix y Gertrude se sentaron sobre la alfombra de color herrumbroso que formaban las agujas de pino y hablaron de muchas cosas. Finalmente Felix, en el curso de la conversación, habló de su marcha; era la primera vez que mencionaba el tema.

-¿Vas a marcharte? -dijo Gertrude mirándole.

-Tendré que hacerlo algún día..., cuando empiecen a caerse las hojas. Sabes que no me puedo quedar para siempre.

Gertrude pareció querer abarcar con la mirada aquella perspectiva y, después de una pausa, dijo:

-No te volveré a ver.

-¿Por qué no? -preguntó Felix-. Es muy posible que sobrevivamos los dos.

Pero Gertrude repitió:

-No te volveré a ver. No tendré noticias tuyas -siguió-. No sabré nada de ti. Antes era como si no existieras y ahora volverá a pasar lo mismo.

-Yo, desgraciadamente, no sabía nada de ti entonces -dijo Felix-. Pero te escribiré.

-No me escribas. No te contestaré -afirmó Gertrude. -Quemaría tus cartas, claro -dijo Felix. Gertrude le miró de nuevo.

-¿Quemar mis cartas? A veces dices unas cosas muy extrañas.

-No son extrañas de por sí -contestó el joven-. Sólo cuando se te dicen a ti. Vendrás a Europa.

-¿Con quién voy a ir? -Gertrude hizo la pregunta con absoluta sencillez; hablaba con gran seriedad. A Felix le sorprendió aquella seriedad y dudó unos instantes-. No me digas cosas así -continuó ella-. No me digas que iré con mi padre y mi hermana porque tampoco tú lo crees.

-Conservaré tus cartas -dijo Felix finalmente por toda respuesta.

-Nunca escribo. No sé hacerlo.

Gertrude no dijo nada más durante algún tiempo y su acompañante, al contemplarla, lamentaba que fuese «desleal» hacer el amor a la hija de un anciano caballero que nos ha ofrecido su hospitalidad. La tarde se extinguía y las sombras se alargaban; hacia poniente la luz ganaba profundidad en el cielo. Dos personas aparecieron al otro lado del lago; venían de la casa atravesando el prado.

-Son Charlotte y el señor Brand -dijo Gertrude-. Vienen hacia aquí.

Pero su hermana y su acompañante sólo llegaron hasta la orilla y se quedaron allí, mirando hacia el otro lado; no parecían dispuestos a utilizar el bote que aún quedaba en el embarcadero. Felix les saludó con el sombrero; estaba demasiado lejos para llamarlos. No respondieron con gesto alguno y en seguida echaron a andar por la orilla.

-El señor Brand no es una persona muy expresiva -dijo Felix-. Al menos no lo es nunca conmigo. Se sienta en silencio, apoya la mano en la barbilla y me mira. A veces aparta la mirada. Tu padre me dice que es muy elocuente y me gustaría oírle hablar. Su aspecto es el de un hombre de gran nobleza. Pero conmigo no habla nunca. Y, sin embargo, ¡a mí me gusta mucho escuchar a las personas que utilizan imágenes brillantes!

-Es muy elocuente -dijo Gertrude-, pero no usa imágenes brillantes. Le he oído hablar muchas veces. Sabía que decidirían no venir aquí cuando nos vieran.

-¡Ah! ¿Le está haciendo *la cour* a tu hermana, como suele decirse? ¿Quieren estar solos?

-No -dijo Gertrude con gran seriedad-. No tienen ese motivo.

-Pero ¿por qué el señor Brand no le hace *la cour* a Charlotte? -preguntó Felix-. Tu hermana es muy bonita y amable, y bondadosa.

Gertrude le miró y luego contempló la pareja de la que estaban hablando. El señor Brand y Charlotte caminaban juntos. Podían ser una pareja de enamorados, pero no lo eran.

-Piensan que yo no debería estar aquí -dijo Gertrude.

-¿Conmigo? Creía que no teníais esas ideas.

-No entiendes. Hay muchas cosas que no entiendes.

-Entiendo mi estupidez. Pero, en ese caso, ¿por qué los dos, que, por ser la hermana mayor y un clérigo, tienen derecho a pasear juntos, no vienen hasta aquí y me dan un escarmiento, interrumpiendo de paso esta entrevista ilegal a la que te he arrastrado?

-Eso es algo que no harían nunca -dijo Gertrude. Felix la miró alzando las cejas.

-*Je n'y comprends rien!* -exclamó; después siguió con los ojos durante algún tiempo las figuras de los dos críticos que se alejaban-. Tú dirás lo que quieras -afirmó-, pero para mí es evidente que tu hermana no ve con indiferencia a su acompañante. Le gusta pasear con él. Lo noto desde aquí -y la agitación del descubrimiento le hizo ponerse en pie.

Gertrude se levantó también, pero sin esforzarse por emular la perspicacia de Felix; más bien miró en otra dirección. Las palabras de su primo no la habían dejado indiferente, pero la delicadeza le forzaba a contenerse.

-Es cierto que el señor Brand no le es indiferente. Siente gran admiración por él.

-Eso se ve..., eso se ve -dijo Felix, contemplándolos divertido e inclinando un poco la cabeza. Gertrude se volvió de espaldas; mirar le resultaba desagradable, pero esperaba que Felix dijera algo más-. ¡Ah! Han entrado en el bosque -añadió.

Gertrude se volvió hacia él.

-Mi hermana no está enamorada de él -dijo. Le parecía que era su deber decirlo.

-Entonces es él quien está enamorado de ella; y si no lo está, debería estarlo. Tu hermana es una mujercita perfecta dentro de su tipo. Me hace pensar en unas pinzas de plata para los terrones un poco pasadas de moda. Ya sabes que el azúcar me gusta mucho. Y Charlotte es muy amable con el señor Brand; me he fijado; muy servicial y atenta.

Gertrude reflexionó un momento. Después tomó una decisión muy importante.

-Charlotte quiere que el señor Brand se case conmigo ~dijo- y por eso es tan amable con

él.

Las cejas de Felix se alzaron más que nunca.

-¿Casarse contigo? Vaya, vaya. Eso es muy interesante. ¿Y te parece que hay que ser muy amable con un hombre para empujarlo a hacer una cosa así?

Gertrude palideció un poco, pero siguió adelante:

-El señor Brand también lo desea.

Felix se cruzó de brazos y se la quedó mirando.

-Ya veo..., ya veo -dijo muy de prisa-. ¿Por qué no me lo has dicho hasta ahora?

-Me desagrada hablar de ello, incluso ahora. Sólo quería explicarte la actitud de Charlotte.

-Tú no quieres casarte con el señor Brand, ¿no es eso?

-No -dijo Gertrude con gravedad.

-¿Y tu padre sí lo desea?

-Mucho.

-¿Y a ti no te gusta? ¿Lo has rechazado? -No quiero casarme con él.

-Tu padre y tu hermana piensan en cambio que deberías hacerlo, ¿no es así?

-Es una larga historia -dijo Gertrude-. Creen que existen razones de peso. No sabría explicártelo. Piensan que tengo unas obligaciones y le han animado.

Felix le sonrió como si le hubiera estado contando una historia divertida sobre otra persona.

-No te imaginas lo que me interesa todo esto -dijo-. Entonces, ¿tú no reconoces esas razones..., esas obligaciones?

-No estoy segura; no resulta fácil -recogió la sombrilla y se dio la vuelta como para descender la colina.

-Dime una cosa -continuó Felix siguiéndola-: ¿crees que cederás, que te dejarás persuadir?

Gertrude le miró con el aire solemne que adoptaba frente a la amplia sonrisa de su primo.

-Nunca me casaré con el señor Brand -dijo.

-Entiendo -replicó Felix. Juntos descendieron lentamente, sin añadir nada hasta llegar a la orilla del lago-. No soy quién -prosiguió él-, pero ¿sabes?, no me quedo tranquilo del todo. Si ya estuviera decidido que ibas a casarte con el señor Brand me sentiría más a gusto, más libre. No tengo ningún derecho a hacerte el amor, ¿no es cierto? -e hizo una pausa, esperando a que la pregunta hiciera su efecto.

-Absolutamente ninguno -replicó Gertrude rápidamente, demasiado rápidamente.

-Tu padre no querría ni oír hablar de ello; yo no tengo un céntimo. El señor Brand, por supuesto, tendrá alguna propiedad, ¿no es así?

-Creo que tiene alguna; pero eso no tiene nada que ver.

-Contigo no, por supuesto; pero sí que tiene que ver con tu padre y tu hermana. Por eso me sentiría más libre si, como digo, ya estuviera decidido.

-¿Más libre? -repitió Gertrude-. Haz el favor de desatar el bote.

Felix deshizo el nudo y se quedó quieto sujetando la amarra.

-Podría decirte cosas que ahora no puedo darme el gusto de decir -continuó-. Podría decirte lo mucho que te admiro sin parecer que pretendo cosas a las que no tengo derecho. Te haría el amor apasionadamente -añadió riendo- si pensara que tu situación te impediría ofenderte.

-¿Quieres decir si estuviera prometida a otro hombre?

¡Qué extraño razonamiento! -exclamó Gertrude.

-Si fuera ése el caso, no me tomarías en serio.

-¡Yo me tomo a todo el mundo en serio! -dijo Gertrude, saltando ágilmente al bote sin ayuda de su primo.

Felix tomó los remos e hizo que la embarcación se pusiera en marcha.

-¿De manera que era eso lo que te hacía estar preocupada? Con razón me parecía que te pasaba algo. Me gustaría mucho -añadió- que quisieras contarme algunos de esos motivos, de esas llamadas obligaciones.

-No son motivos auténticos, verdaderos motivos -dijo Gertrude contemplando los reflejos del agua, de color rosa y amarillo.

-¡No lo entiendo! Que una muchacha bonita tenga un chispazo de coquetería no es motivo suficiente.

-Si te refieres a mí, no es eso. Yo no he hecho nada parecido.

-Pero es algo que te preocupa, de todos modos -dijo Felix.

-No tanto como solía -replicó Gertrude.

Él la miró sonriendo como siempre.

-Eso no es decir mucho.

Pero su prima siguió mirando gravemente el agua luminosa. A Felix le parecía que Gertrude trataba de ocultar los signos de preocupación que acababa de mencionar. Y Felix tenía siempre tantos deseos de combatir la melancolía como una buena ama de casa de tener limpio su hogar. Había algo que quería limpiar en aquel momento. De pronto dejó de remar.

-¿Por qué el señor Brand se ha dirigido a ti y no a tu hermana? -preguntó-. Estoy seguro de que Charlotte no le rechazaría.

En el seno de la familia Wentworth se consideraba a Gertrude capaz de cualquier ligereza, pero su imaginación no había volado nunca tan lejos. Y sin embargo le conmovió oír decir a Felix que estaba seguro de algo; de manera que, alzando los ojos, trató intensamente, durante unos instantes, de hacer aparecer la imagen maravillosa de unos amores entre su hermana y su pretendiente. Ya sabemos que Gertrude tenía una imaginación poderosa. No es imposible, por tanto, que su esfuerzo alcanzara al menos un éxito parcial. Pero sólo lo manifestó murmurando:

-¡Ah, Felix, Felix!

-¿Por qué no se habrían de casar? ¡Trata de conseguir que se casen! -exclamó Felix.

-¿Que trate de casarlos?

-Dale la vuelta a la situación y así te dejarán tranquila. Te ayudaré en todo lo que pueda.

El corazón de Gertrude empezó a latir con violencia. Estaba muy emocionada; nunca le habían propuesto nada tan interesante. Felix remaba de nuevo y conducía el bote hacia el embarcadero con enérgicas paladas.

-¡Estoy convencida de que a Charlotte le interesa el señor Brand! - dijo Gertrude cuando ya habían desembarcado.

-¡Claro que sí! ¡Y vamos a casarlos! Eso los hará felices y hará feliz a todo el mundo. Tendremos una boda y yo escribiré el epitalamio.

-Parece como si fuera a hacerme feliz a mí -dijo Gertrude.

-Te librarías del señor Brand, ¿no es cierto? ¿No recuperarías tu libertad?

Gertrude echó a andar hacia la casa.

-Vería a mi hermana casada con un hombre muy bueno. Felix rió alegremente.

-Siempre situas las cosas en ese terreno; nunca hablas de ti misma. ¡Tenéis todos tanto miedo a ser egoístas! Me parece que no sabrías cómo serlo -continuó-. ¡Déjame que te enseñe! Eso me hará feliz, y precisamente por lo contrario de lo que te he dicho hace poco. Después de esto, cuando te haga el amor tendrás que creer que va en serio.

-Nunca creeré que haces nada en serio -dijo Gertrude-. Eres demasiado fantástico.

-¡Ah! -exclamó Felix-. ¡Eso es darme permiso para decirlo todo! Gertrude, ¡te adoro!

## Ocho

Cuando Gertrude y Felix llegaron a la casa, Charlotte y el señor Brand no había regresado aún, pero estaba la baronesa tomando el té, así como Robert Acton, que ahora se incorporaba con frecuencia a aquel generoso refrigerio o, a veces, se presentaba a última hora de la tarde. Clifford Wentworth, una vez más echando mano a su juvenil gruñido, así lo hizo notar:

-Últimamente vienes siempre a tomar el té, Robert -dijo-. Creía que ya habías bebido suficiente té en China.

-¿Desde cuándo viene el señor Acton con más frecuencia? preguntó la baronesa.

-Desde que llegó usted -dijo Clifford-. Se diría que ejerce sobre él algo parecido a una atracción.

-Supongo que soy una curiosidad -dijo la baronesa-. Si me dais tiempo llegaré a haceros un salón.

-¡Se desharía con su marcha! -exclamó Acton.

-No hables de su marcha en ese tono -dijo Clifford-. La idea me pone melancólico.

El señor Wentworth miró a su hijo y se preguntó si Felix le habría sugerido, de acuerdo con el programa esbozado, que hiciera la corte a la esposa de un príncipe alemán.

Charlotte y el señor Brand llegaron con retraso. Pero Gertrude, a quien, por fin, Felix había abierto los ojos, buscó vanamente en el rostro de su hermana los signos de una pasión culpable. El señor Brand se sentó junto a ella y Gertrude le preguntó por qué no habían cruzado el estanque para reunirse con Felix y con ella.

-Es una crueldad que me pregunte usted eso -le contestó su interlocutor en voz muy baja. Tenía delante una gran porción de tarta que no había probado aún-. A veces pienso que está usted volviéndose cruel -añadió.

Gertrude no dijo nada. No se atrevía a hablar. Tenía el corazón lleno de algo que se parecía a la rabia; se daba cuenta de que no le costaría convencerse de que era objeto de una persecución. Sería absurdo hacer algo que diera argumentos al señor Brand. Pensó en lo que Felix había dicho. Deseaba, por supuesto, que el eclesiástico se casara con Charlotte. Apartó los ojos de su interlocutor y no dijo nada. El señor Brand terminó por comerse su porción de tarta mientras Felix, sentado frente a él, explicaba al señor Wentworth los duelos entre estudiantes en Heidelberg. Después del té, como de costumbre, todos se dispersaron por el porche y el jardín y el señor Brand se acercó otra vez a Gertrude.

-No fui a reunirme con usted porque no estaba sola -comenzó-; porque estaba con un

amigo más reciente.

-¿Feliz? A estas alturas ya es un viejo amigo.

El señor Brand contempló el suelo unos instantes.

-Me creía preparado para oírle hablar así -exclamó-, pero me resulta muy penoso.

-No sé qué quiere usted que diga -respondió Gertrude.

El señor Brand anduvo a su lado en silencio durante algún tiempo. Gertrude habría querido que la dejase sola.

-Es hombre de muchas cualidades -dijo por fin su acompañante-. Pero creo que debo aconsejarla.

-¿Aconsejarme?

-Creo que la conozco bien.

-Me temo que no -respondió Gertrude riendo suavemente.

-Finge usted ser peor de lo que es..., para agradarle -dijo el señor Brand con tristeza.

-¿Peor... para agradarle? ¿Qué quiere usted decir? -preguntó Gertrude deteniéndose.

El señor Brand hizo lo mismo y dijo con la misma franqueza un poco melancólica:

-No le preocupan las mismas cosas que a usted..., los grandes problemas de la existencia.

Gertrude, mirándole a los ojos, negó con la cabeza.

-A mí no me interesan los grandes problemas de la existencia. Están por encima de mis posibilidades.

-Hubo un tiempo en que no decía usted eso -le reprochó el señor Brand.

-¡Sí! -replicó Gertrude-. Creo que me hizo usted decir muchas tonterías. Y todo depende -añadió- de a qué llame usted los grandes problemas de la existencia. Hay ciertas cosas que sí me interesan.

-¿Las cosas de las que habla con su primo?

-No debería usted atacar a mi primo, señor Brand -dijo Gertrude-. Es una actitud desleal.

Su acompañante la escuchó respetuosamente y luego contestó con una leve vibración en la voz:

-Lamentaría mucho hacer algo desleal. Pero no veo por qué ha de serlo decir que su primo es frívolo.

-¡Pues vaya y dígaselo personalmente!

-Creo que lo reconocería -dijo el señor Brand-. Adoptaría esa actitud. No se avergonzaría.

-En ese caso, ¡tampoco yo me avergüenzo! -replicó Gertrude-. Quizá me gusta por eso. También yo soy frívola.

-Está usted intentando rebajarse, como le he dicho antes.

-¡Estoy, por una vez, intentando portarme con naturalidad! -exclamó Gertrude con pasión-. Me he pasado la vida fingiendo; he sido una hipócrita. ¡Y es usted quien me ha hecho serlo! -el señor Brand volvió a detenerse, mirándola, y ella continuó:- ¿Por qué no voy a ser frívola si quiero? Se tiene derecho a ser frívolo si se es así. No; no me interesan los grandes problemas. Me interesa el placer, divertirme. Es muy posible que hasta me gusten las cosas perversas. ¡Muy posible!

El señor Brand siguió mirándola. Había incluso palidecido un poco, como si se hubiera asustado.

-¡Creo que no sabe usted lo que está diciendo! -exclamó.

-Quizá no. Quizá esté diciendo tonterías. Pero eso sólo me pasa con usted, nunca con mi primo.

-Volveremos a hablar cuando esté menos agitada -dijo el señor Brand.

-Siempre me impaciento cuando hablo con usted. Debo decírselo..., aunque eso le impida hacerlo en el futuro. Me irrita su manera de hablarme. Con mi primo es muy diferente. Todo resulta sencillo y natural.

El señor Brand la miró y luego, con melancólica impotencia, desvió los ojos hacia el jardín en penumbra y las pálidas estrellas del verano. Después, volviéndose bruscamente, se lamentó en voz baja:

-¡Gertrude, Gertrude! ¿Es verdad que la estoy perdiendo?

La joven se sintió conmovida y apenada, pero ya se le había ocurrido que podía hacer algo mejor que decirlo. Y tampoco habría consolado a su acompañante saber de dónde procedía su nueva manera de ver la situación.

-No lo siento por usted -dijo Gertrude-, porque al interesarse tanto por mí está persiguiendo una sombra y descuidando algo inapreciable. Hay algo que podría usted tener y en lo que no repara. ¡Le estoy diciendo la verdad! -y después lo miró intencionadamente y trató de sonreírle. Al señor Brand aquella sonrisa le pareció muy extraña, pero Gertrude giró en redondo y se alejó.

La señorita Wentworth estuvo paseando sola por el jardín, preguntándose qué sacaría en limpio el señor Brand de sus palabras, palabras dichas por otra parte con gran placer. Poco después, al pasar frente a la casa, vio a lo lejos a dos personas ante la puerta del jardín. Era el señor Brand despidiéndose de Charlotte, que lo había acompañado hasta allí. Gertrude vio que la despedida se prolongaba y se alejó en dirección contraria. Pero no había andado mucho cuando oyó los pasos de su hermana, que la seguía sin apresurarse. Sabía lo que iba a decirle. Cuando Charlotte la alcanzó se puso inmediatamente a hablar, cogiendo a Gertrude del brazo.

-¿Querrás escucharme si te hablo de una cosa muy delicada?

-Sé lo que me vas a decir -respondió Gertrude-. Que el señor Brand se siente muy desgraciado.

-¿Por qué le tratas así, Gertrude? -quiso saber Charlotte. Y como su hermana no diera ninguna contestación, añadió:- ¡Después de todo lo que ha hecho por ti!

-¿Qué ha hecho por mí?

-¿Cómo me lo preguntas, Gertrude? ¡Te ha ayudado tanto! Tú misma me lo has dicho muchas veces. Me dijiste que te había ayudado a luchar contra tus..., tus peculiaridades. Que te había enseñado a dominarte.

Gertrude no dijo nada durante unos instantes, pero después preguntó:

-¿Tenía un carácter tan desagradable?

-No te estoy acusando, Gertrude -dijo Charlotte.

-¿Qué estás haciendo, entonces? -le preguntó su hermana riendo.

-Estoy intercediendo por el señor Brand y recordándote lo mucho que le debes.

-Se lo he devuelto todo -dijo Gertrude, sin dejar de reír-. ¡Que se quede con toda la virtud que reparte! Quiero ser perversa otra vez.

Su hermana la hizo detenerse en el camino, mirándola en la oscuridad con ojos cargados de dulces reproches.

-Si hablas de esa manera, casi tendré que creerlo. Recuerda todo lo que debemos al señor Brand. Recuerda que siempre ha esperado grandes cosas de ti. Recuerda lo mucho



que ha significado para nosotros y su maravillosa influencia sobre Clifford.

-Es muy bueno -dijo Gertrude mirando a su hermana-. Sé que es muy bueno. Pero no debiera atacar a Felix.

-Felix es bueno -respondió Charlotte en voz baja pero con decisión-. Felix es extraordinario, pero diferente. El señor Brand está mucho más cerca de nosotros. Nunca se me ocurriría ir a contarle a Felix un problema o a plantearle una dificultad. El señor Brand significa mucho más para nosotros, Gertrude.

-Es muy bueno -repitió Gertrude- y significa más para ti; mucho más, Charlotte -añadió de repente-. ¡Estás enamorada de él!

-¡Gertrude! -exclamó la pobre Charlotte. Y su hermana vio como se ruborizaba en la oscuridad.

Gertrude la rodeó con el brazo.

-¡Me gustaría que se casara contigo! -continuó. Charlotte se zafó de su abrazo.

-¡No deberías decir cosas así! -exclamó en voz muy baja. -Tú le quieres más de lo que dices y él te quiere más de lo que cree.

-¡Dices unas cosas muy crueles! -murmuró Charlotte.

Pero Gertrude prosiguió despiadadamente:

-No, si son verdad -respondió-. Quiero que se case contigo.

-¡No digas eso, por favor!

-¡Pues pienso decírselo a él! -replicó su hermana. -¡Gertrude, Gertrude! -gimió casi Charlotte.

-Si vuelve a hablarme de esto le diré: «,Por qué no se casa usted con Charlotte? Es mil veces mejor que yo».

-¡Eres perversa! ¡Has cambiado! -gritó su hermana.

-Si no te gusta, evítalo -dijo Gertrude-. ¡Y lo evitarás impidiéndole que hable conmigo! -a continuación se alejó, dándose muy bien cuenta de lo que había hecho, sopesándolo y alegrándose con una jubilosa sensación de libertad.

El señor Wentworth estaba muy equivocado al imaginar que Clifford cortejaba ya desenfadadamente a su brillante prima, porque el muchacho tenía más escrúpulos de lo que imaginaba su familia. El descaro de su cinismo demostraba en realidad que no se sentía a gusto practicando la disipación. Los murmullos domésticos provocados por sus deslices universitarios le resultaban tan desagradables como a un ladrón el crujido de sus botas. Este último, sin embargo, habría resuelto el problema quitándose las *chaussures*, mientras que a Clifford le parecía que el mejor camino para establecer unas agradables relaciones con los demás -relaciones que le permitieran no vivir con la obsesión de que cuando alguien le hablaba era siempre con intención de sermonearlo- era renunciar para siempre a sus nefastas inclinaciones. De hecho, sus ambiciones eran perfectamente honestas. Se veía como el señor Wentworth, de Boston, caballero muy conocido y apreciado, quien, siguiendo una evolución normal, se casaría con su atractiva prima Lizzie, viviría en una casa espaciosa con vistas al parque y conduciría, por los húmedos senderos otoñales, un carruaje muy veloz con dos alazanes idénticos. Las esperanzas de Clifford eran perfectamente normales y sus elementos más destacados contraer matrimonio dentro del ámbito familiar y duplicar el número de sus caballos. Aún no había pedido a su prima que se casara con él, pero tenía intención de hacerlo cuando terminara sus estudios. Lizzie no ignoraba sus intenciones y estaba convencida de que Clifford se corregiría. Robert Acton, por su parte, que quería mucho a su hermana, tan

grácil, vivaracha y competente, no veía razón alguna para oponerse. Le parecía socialmente razonable que Clifford y su hermana se prometieran. Era verdad que él seguía soltero, pero, afortunadamente, no todo el mundo tenía que ser tan original como él. También Robert apreciaba a Clifford y tenía su opinión personal -que no se atrevía a manifestar en público- sobre las locuras que habían obligado al muchacho a abandonar el vecino centro de enseñanza. Acton había visto mucho mundo, como solía decirse a sí mismo; había estado en China y había conocido a todo tipo de gente. Había aprendido cuál era la diferencia básica entre una buena persona y un tipo indeseable y estaba convencido de que Clifford formaba parte de la primera categoría. Creía -aunque haya que añadir que no tenía el valor de declararlo- en la doctrina de los desahogos juveniles, que le parecían un remedio muy útil contra miedos superfluos. Si el señor Wentworth, Charlotte y el señor Brand la aplicaran al caso de Clifford, se sentirían más felices, y a Acton le parecía una lástima que no fueran más felices. Se tomaban demasiado en serio los descarríos del muchacho, le hablaban con demasiada solemnidad y lo desconcertaban. Era cierto que existían unas grandes líneas de moralidad que prohibían a un hombre achisparse, jugar al billar por dinero o cultivar la sensualidad, pero ¿qué peligro real había de que el pobre Clifford se apartara de los grandes postulados? A Acton, por supuesto, nunca se le hubiera ocurrido dedicar a la baronesa Münster a la redención de un estudiante rebelde, porque la habría considerado un instrumento demasiado complejo para aquella operación. Felix, por su parte, había hablado porque estaba convencido de que cuanto más encantadora es una mujer más numerosas son sus funciones sociales.

Eugenia, como sabemos, disponía de tiempo para asumirlas. Como ya he tenido el honor de señalar, había recorrido miles de kilómetros buscando fortuna, y no hay por qué pensar que después de tan gran esfuerzo descuidara cualquier posible factor de éxito. Desgraciadamente, al intentar describir en tan breve espacio el comportamiento de mujer tan notable me veo obligado a decir las cosas de manera casi brutal. Eso es lo que sucede, por ejemplo, cuando digo que, después de haber localizado en la persona de Robert Acton una indudable posibilidad de mejora, se hizo la reflexión de que un arquero prudente lleva siempre una segunda cuerda para su arco. Eugenia era una mujer de intenciones sutilmente entrelazadas y sus propósitos no eran nunca fácilmente detectables. Por lo que a Clifford se refiere, disponía de algo semejante a un ideal estético que le proporcionaba un motivo desinteresado para ocuparse de él. Estaba muy bien que fuese ingenuo un muchacho de mejillas todavía sonrosadas. Pero Clifford, a decir verdad, se pasaba de la raya. A un rostro tan agradable correspondían unos modales más elegantes. Madame Münster se disponía a enseñarle que, poseyendo un nombre distinguido, la perspectiva de una gran fortuna y, como dicen en Europa, una posición social, el único vástago varón de una familia tiene que saber cómo comportarse.

Una vez que Clifford empezó a ir a verla por decisión propia, sus visitas menudearon. Apenas sabía por qué iba. Prácticamente veía a Eugenia todas las tardes en casa de su padre y no tenía nada especial que decirle. No era una chica joven, y las personas de su edad sólo salían con chicas jóvenes. Madame Münster le parecía mayor de lo que era; la consideraba una mujer mayor. La baronesa, felizmente, pese a ser una mujer muy inteligente, nunca llegó a adivinarlo. Pero gradualmente Clifford fue descubriendo que visitar a mujeres de más edad podía ser, si no algo espontáneo, al menos, y como suele decirse de algunos hábitos alimentarios, un gusto adquirido. La baronesa era sin duda, y a pesar de su edad, una persona muy divertida que le hablaba como ninguna señora -ni, por

supuesto, ningún caballero- le había hablado nunca.

-Deberías ir a Europa y conocerla a fondo -le dijo una tarde-. Supongo que harás ese viaje cuando termines tus estudios.

-No me apetece ir -dijo Clifford-. Conozco gente que ha estado en Europa. Todos dicen que aquí se divierte uno más.

-Eso depende. Depende de lo que entiendas por divertirse. Probablemente a tus amigos no los presentó nadie.

-¿No los presentó nadie? -repitió Clifford.

-No tuvieron ocasión de conocer a la buena sociedad; carecieron de *relations* -una de las palabras para las que la baronesa recurría siempre al francés.

-Fueron a un baile en París, de eso estoy seguro -dijo Clifford.

-Hay bailes y bailes, especialmente en París. No, no; tienes que ir, compéndelo. Es algo que no puedes dejar de hacer. Lo necesitas.

-Pues yo me encuentro muy bien -dijo Clifford-. No estoy enfermo.

-No hablo de tu salud, pobre infeliz. Me refiero a tus modales.

-¡Yo no tengo modales! -gruñó Clifford.

-Precisamente. No te parecerá mal que te dé la razón en eso, ¿verdad? -preguntó la baronesa con una sonrisa-. Tienes que ir a Europa y adquirirlos. Los conseguirás de mejor calidad. Es una pena que no fueras cuando yo vivía en..., en Alemania. Te hubiera presentado a mucha gente: tenía un círculo encantador. Quizá hubieras resultado un poco joven, aunque creo que cuanto más joven se empieza, mejor. Pero ahora no tienes ya tiempo que perder, y en cuanto yo regrese has de venir inmediatamente.

Una mezcla bien curiosa para los temores de Clifford: empezar joven, el regreso de Eugenia a Europa, la presentación a los componentes de su círculo. ¿Qué era lo que él tenía que empezar y cuál era el círculo de la baronesa? Sus ideas acerca del matrimonio de Madame Münster eran bastante vagas, aunque sí lo suficientemente definidas como para creer que era mejor no hablar demasiado del asunto. Se limitó a recorrer la habitación con la mirada: suponía que Eugenia aludía de alguna manera a su matrimonio.

-No quiero ir a Alemania -dijo; le pareció lo más conveniente que podía decir.

La baronesa lo contempló unos instantes, sonriendo con los labios aunque no con los ojos.

-¿Sientes escrúpulos? -le preguntó.

-¿Escrúpulos? -dijo Clifford,

-Los jóvenes de aquí sois muy extraños; no se sabe qué esperar de vosotros. Tan pronto os comportáis de la manera más inconveniente como adoptáis las posturas más rígidas. Piensas que, debido a mi matrimonio irregular, he vivido con gente sin principios, ¿no es cierto? No podrías estar más equivocado. Siempre he sido muy estricta en mi comportamiento.

-¡No, no! -exclamó Clifford, sinceramente apenado-. Nunca he pensado nada parecido.

-¿Estás seguro? Estoy convencida de que tu padre lo cree así, y también tus hermanas. Comentan entre sí que aquí me porto bien, pero que allí, casada morganáticamente, alternaba con mujeres de vida alegre.

-¡Eso no es cierto! -exclamó Clifford con energía-. ¡Nunca se han dicho cosas así!

-Si las piensas sería mejor que las dijeras -replicó la baronesa-. Porque en ese caso podrían desmentirse. Hazme el favor de desmentirlas si las oyes alguna vez y no te dé miedo venir a verme pensando en las compañías que frecuento. Tengo el honor de

conocer a más hombres eminentes, pequeño mío, de los que te puedan presentar en toda tu vida. Me trato con pocas mujeres, pero todas ellas son damas de alcurnia. Así que, mi querido y joven puritano, no tienes de qué asustarte. No soy en absoluto una de esas personas que consideran necesaria para la formación de los jóvenes la compañía de las mujeres que han perdido su sitio en el *vrai monde*. Nunca he adoptado esa actitud. Siempre he sabido estar en mi sitio y creo que nuestra escuela es mucho mejor que la suya. Ten confianza en mí, Clifford, y te lo demostraré -siguió<sup>7</sup> la baronesa, mientras se hacía la agradable reflexión de que, al menos, nadie podría acusarla de pervertir a su joven pariente-. Y si alguna vez caes entre ladronas, no vayas por ahí diciendo que te he enviado yo.

A Clifford le pareció tan divertido entender -a pesar del lenguaje figurado- lo que Madame Münster quería decir y que ella quisiera decir lo que él entendía, que apenas pudo evitar reír un poco, a pesar de hacer un gran esfuerzo.

-No, claro que no -murmuró.

-¡Ríe! ¡Ríe a mandíbula batiente si te divierte! -exclamó Eugenia-. ¡Estoy aquí para eso! -y Clifford pensó que era realmente una persona muy divertida-. Pero recuerda -añadió- que el año que viene irás a hacerme una visita.

A la semana siguiente le preguntó, sin mayores rodeos:

-¿Cortejas de verdad a tu primita?

«Cortejar de verdad.» Aquellas palabras, en labios de Madame Münster, a Clifford le resultaron sorprendentes y embarazosas. Dudó antes de contestar, por temor a comprometerse más de lo que creía.

-De todas formas, ¡no lo diría si así fuera! -exclamó. -¿Por qué no lo dirías? -preguntó la baronesa-. Esas cosas tienen que saberse.

-No me importa que se sepa o no -replicó Clifford-; pero no quiero que la gente me mire.

-Un joven de tu posición tiene que aprender a dejarse ver, a comportarse como si no le importara en absoluto. No quiero decir que no tenga que darse cuenta -explicó la baronesa-. No es eso; tiene que notarse que sabe que le observan y que le resulta natural; tiene que demostrar que está acostumbrado a ello. Todavía te falta eso, Clifford; en eso estás en pañales. Y no me digas que no eres un joven importante socialmente -prosiguió Eugenia-. No digas una tontería como ésa.

-No; ¡no hay cuidado de que me pillen diciendo eso! -exclamó Clifford.

-Tienes que venir a Alemania -dijo Madame Münster-. Te mostraré personas de las que todo el mundo habla y que aparentan, sin embargo, no enterarse de nada. Por supuesto hablarán de ti si estás conmigo. Dirán que eres mi amante. Te haré ver la poca importancia que hay que darle a eso, la poca importancia que le daré yo.

Clifford la miró asombrado, enrojeció y se echó a reír.

-¡Pues yo sí que le daría importancia! -exclamó.

-No, no; no demasiado. Sería de mala educación. Pero te doy permiso para que te preocupes un poco, sobre todo si estás enamorado de la señorita Acton. *Voyons*; en cuanto a eso, o lo estás o no lo estás. Es muy sencillo.

-No entiendo por qué quiere saberlo -dijo Clifford. -Debes querer que lo sepa. Cuando alguien se va a casarse lo cuenta a sus amigos.

-Pero yo no me dispongo a nada -dijo Clifford.

-¿No piensas casarte con tu prima?

-¡Tengo intención de hacer lo que me plazca!

La baronesa se recostó contra el respaldo de la silla y cerró los ojos como si estuviera muy cansada. Después los abrió de nuevo y dijo:

-Tu prima es encantadora.

-Es la muchacha más bonita de aquí -replicó Clifford. -De aquí es decir muy poco; sería encantadora en cualquier sitio. Me temo que te tiene completamente atrapado.

-No; no me tiene atrapado.

-¿Estáis prometidos? A tu edad eso viene a ser la misma cosa.

La expresión de Clifford al mirar a la baronesa adquirió cierta audacia.

-¿No se lo dirá a nadie?

-Si es tan serio como todo eso..., no.

-Bien; entonces..., ¿no lo estamos! -dijo Clifford.

-De manera que ése es el gran secreto, que no lo estáis, ¿eh? -preguntó la baronesa riendo-. Me alegra mucho oírlo. Eres demasiado joven. Un muchacho de tu posición debe comparar y escoger. Créeme -añadió-; no debes decidir nada hasta después de salir al extranjero y de hacerme una visita. Antes quisiera llamar tu atención sobre unas cuantas cosas.

-La verdad es que me da bastante miedo esa visita -dijo Clifford-. Tengo la sensación de que será como volver a clase.

La baronesa lo miró un momento.

-Mi querido niño -dijo-: todo hombre cultivado tiene que frecuentar antes o después la escuela de una mujer inteligente..., probablemente un poco mayor que él. Y se ha de agradecer esa educación cuando se recibe gratis. Conmigo no te va a costar nada.

Al día siguiente Clifford le dijo a Lizzie Acton que la baronesa la consideraba la muchacha más encantadora que había visto nunca.

Lizzie negó con la cabeza.

-¡Eso no es verdad! -dijo.

-¿Crees que dice siempre -preguntó- lo contrario de lo que piensa?

-¡Así es! -respondió Lizzie.

Clifford estuvo a punto de decir que en ese caso la baronesa deseaba vivamente que el señor Clifford Wentworth se casara con la señorita Lizzie Acton, pero después de pensárselo un poco decidió no hacerlo.

## Nueve

Apartir de la visita de Eugenia a su casa, Robert Acton tuvo la impresión de que había surgido entre ellos una mayor intimidad. No era fácil precisar la razón exacta, excepto quizá el hecho de que Madame Münster le hubiera comunicado su decisión relativa al príncipe Adolf; la visita, por lo demás, no había supuesto ningún cambio en sus relaciones. Robert iba a ver a la baronesa con mucha frecuencia, pero eso ya lo hacía antes. Se sentía a gusto en su pequeño saloncito, pero tampoco eso era nuevo. Algo había cambiado, sin embargo, y era que si antes la baronesa aparecía con frecuencia en los pensamientos de Acton, ahora no estaba nunca ausente. Desde el primer momento le había fascinado como mujer, pero ahora la fascinación se extendía también al plano

intelectual. Acton analizaba constantemente las palabras y las emociones de Eugenia, ya que le parecían tan interesantes como los datos de un problema algebraico, y eso era mucho decir, porque a Robert le entusiasmaban las matemáticas. Se preguntaba si todo ello quería decir que estaba enamorado, y después deseaba que no fuera así; lo deseaba no tanto por interés propio como por su misma pasión amorosa. El amor ha de ser un impulso poético, y su estado de ánimo en relación con la baronesa tenía como fundamento un sentimiento eminentemente prosaico: la curiosidad. También era cierto, como Acton se decía, dada su afición al autoanálisis, que la curiosidad, llevada al límite, se puede convertir en pasión romántica, y no hay duda de que pensaba lo suficiente en aquella encantadora mujer como para sentirse intranquilo y hasta un poco melancólico. A veces le extrañaba y hasta le molestaba no sentir mayor ardor. Era cierto que no tenía intención de quedarse soltero. En sus años mozos había mantenido, o se había propuesto mantener, la opinión según la cual es mucho más «divertido» no casarse, enorgulleciéndose de su soltería, considerándola como una fortaleza. Pero lo cierto era que las fortificaciones de aquel castillo llevaban ya mucho tiempo derruidas, que habían desaparecido los cañones de las almenas y que, como el puente levadizo estaba bajado, se podía atravesar el foso. Madame Münster lo había cruzado, haciéndolo vibrar ligeramente. ¿Por qué no podría levantarlo de nuevo y retenerla como prisionera? Se imaginaba que Eugenia podría llegar a ser -con el paso del tiempo al menos y cuando descubriera las ventajas del lugar para la comodidad de una dama- una cautiva razonable. Pero el puente levadizo seguía bajado y la deslumbrante huésped podía marcharse tan libremente como había entrado. Su curiosidad se dirigía en parte a averiguar por qué demonios un hombre con tanta sensibilidad no se había enamorado de una mujer tan encantadora. Si sus numerosas cualidades eran, como he dicho, los datos de un problema algebraico, la respuesta a esta pregunta despejaría la inevitable incógnita y conseguir despejarla resultaba un trabajo muy absorbente que, de momento, ocupaba todas las facultades de Acton.

Hacia mediados de agosto se vio obligado a ausentarse por unos días. Un viejo amigo, asociado suyo en China, que estaba gravemente enfermo, le había pedido que fuera a verlo a Newport. Su amigo mejoró y al cabo de una semana Acton pudo liberarse. Uso la palabra *liberarse* intencionadamente porque, a pesar del afecto que le inspiraba su amigo, Acton no permaneció junto a su lecho de buen grado. Sentía que lo habían sacado del teatro mientras se representaba un drama de notable interés. El telón seguía sin bajarse y se estaba perdiendo el cuarto acto: ese cuarto acto que es tan esencial para apreciar el quinto debidamente. En otras palabras: pensaba en la baronesa que, a aquella distancia, le parecía una figura de extraordinaria distinción. En Newport vio a muchas mujeres bonitas que parecían más distinguidas gracias a sus hermosos vestidos de telas vaporosas; pero, pese a lo animado de su conversación -quizá también era ése el punto fuerte de la baronesa-, Madame Münster salía victoriosa al compararla con ellas. Acton hubiera querido que también estuviera en Newport. ¿No sería posible organizar una excursión en grupo para visitar el famoso balneario e invitar a Eugenia? Aunque la solución más satisfactoria sería pasar allí quince días a solas con ella. Sería un gran placer verla confirmar su superioridad en el trato social, como no podía por menos de suceder. Cuando Acton se sorprendió con aquellos pensamientos, empezó a pasearse de arriba abajo, con las manos en los bolsillos, el ceño fruncido y la mirada en el suelo. ¿Qué demostraba -porque era seguro que probaba algo- aquella clara disposición para «irse» con Madame

Münster, apartándose de los demás? Aquel plan, por supuesto, parecía sugerir, de manera refinada, la posibilidad del matrimonio tan pronto como la baronesa se hubiera librado formalmente de aquel marido tan poco formal. En cualquier caso, Acton, con su discreción característica, se negó a profundizar más en las posibles implicaciones y el narrador de aquellos incidentes no está obligado a ser más explícito.

Robert Acton, acelerando el regreso, llegó a Boston al atardecer y, sin perder un instante, fue a incorporarse al círculo familiar del señor Wentworth. Al llegar se encontró, sin embargo, con que no había nadie en el porche. Puertas y ventanas estaban abiertas y la luz de las habitaciones permitía ver que también los salones estaban vacíos. En el interior de la casa encontró al señor Wentworth solo, entretenido en la lectura de la *North American Review*. Después de saludarlo y de contestar a sus discretas preguntas sobre el viaje, Robert se interesó por los demás miembros de la familia.

-Deben de estar por el jardín, distrayéndose como de costumbre -dijo el anciano-. Hace un momento he visto en el porche a Charlotte con el señor Brand, conversando con su animación habitual. Imagino que habrán ido a reunirse con Gertrude que, por centésima-vez, estaba haciendo los honores a un miembro de nuestra familia europea.

-Supongo que se refiere usted a Felix -dijo Acton y, ante el gesto afirmativo del señor Wentworth, añadió:- ¿Y los demás?

-A tu hermana has debido encontrarla en casa, porque no ha venido esta tarde -dijo el señor Wentworth.

-Sí. La he invitado a acompañarme pero no ha querido.

-Supongo que esperaba una visita -dijo el anciano, dando a entender, aunque con su proverbial solemnidad, que aquella frase tenía un significado más profundo.

-Si esperaba a Clifford, no ha llegado todavía.

Al oír aquello el señor Wentworth dejó la *North American Review* y explicó que Clifford había hablado de visitar a su prima, al tiempo que se hacía la reflexión de que si Lizzie Acton no tenía noticias de su hijo, Clifford debía de haber ido a pasar la velada a Boston, cosa insólita en una noche de verano y que sugería sin dificultad ideas inquietantes.

-Olvida usted que Clifford tiene dos primas -dijo Acton riendo. Acto seguido, volviendo al tema que le interesaba, añadió:- Lizzie no está aquí, desde luego; pero, por lo que veo, también falta la baronesa.

El señor Wentworth le miró fijamente un instante, recordando la singular propuesta de Felix. Por un momento se preguntó si, después de todo, no sería de desear que Clifford hubiese ido a Boston.

-La baronesa no nos ha honrado esta noche con su presencia -dijo-. Lleva tres días sin venir.

-¿Está enferma? -preguntó Acton.

-No; he ido a visitarla.

-Y, ¿qué le pasa?

-A decir verdad -respondió el señor Wentworth-, he llegado a la conclusión de que está cansada de nosotros.

Acton se esforzó por seguir sentado, pero se sentía inquieto. Le resultó imposible hilar una conversación con el señor Wentworth. Al cabo de diez minutos cogió el sombrero y dijo que tenía que marcharse. Era muy tarde; las diez en punto.

Su pariente de rostro impasible le contempló un instante.

-¿Vuelves a tu casa? -preguntó.

Acton dudó, pero acabó contestando que pensaba ir a saludar a la baronesa.

-Tú, al menos, eres sincero -dijo el señor Wentworth con tono apenado.

-¡También lo es usted, si vamos a eso! -exclamó Acton riendo-. ¿Qué motivos tendría para no ser sincero?

El anciano abrió de nuevo la *North American Review* y leyó unas líneas.

-Si alguna vez hemos poseído algún asomo de virtud, será mejor que no lo perdamos ahora -dijo. Y no estaba haciendo una cita.

-Tenemos una baronesa entre nosotros -dijo Acton-. ¡Eso es lo que tenemos que procurar que no se pierda!

Estaba demasiado impaciente por ver de nuevo a Madame Münster para tratar de averiguar el sentido de las palabras del señor Wentworth. Sin embargo, después de cruzar el jardín y el trozo de carretera que le separaba de la residencia provisional de Eugenia se detuvo un instante en el jardincito. La ventana grande del salón estaba abierta y los visillos blancos, que dejaban transparentar la luz de la lámpara, se movían agitados por la cálida brisa nocturna. La idea de ver otra vez a Madame Münster era estimulante. Acton advirtió que el corazón le latía más de prisa de lo normal. Y fue aquello lo que le hizo detenerse, con una sorpresa ligeramente irónica. Pero cruzó en seguida el porche y, acercándose a la ventana abierta, golpeó en el alféizar con el bastón. La baronesa, que estaba en pie en el centro del cuarto, se acercó a la ventana y corrió los visillos; luego se le quedó mirando un momento. En lugar de sonreír parecía seria.

-*Mais entrez donc!* -dijo finalmente. Acton entró por la ventana, preguntándose, por un instante, qué le pasaba a Madame Münster. Pero Eugenia le sonrió en seguida, al tiempo que le tendía la mano-. Mejor tarde que nunca -añadió-. Ha sido usted muy amable viniendo a esta hora.

-Acabo de regresar de mi viaje -dijo Acton.

-Muy amable, muy amable -repitió la baronesa, buscando donde sentarse.

-He ido primero a la casa grande -continuó Acton-. Esperaba encontrarla allí.

Madame Münster se había dejado caer en su asiento habitual, pero se levantó de nuevo y empezó a pasear por la habitación. Acton había dejado el bastón y el sombrero y la estaba mirando, dándose cuenta del placer que le proporcionaba volver a verla.

-No sé si decirle que tome asiento -dijo la baronesa-. Es demasiado tarde para empezar una visita.

-También es demasiado pronto para terminarla -sugirió Acton- y no tenemos por qué pensar en el comienzo.

Madame Münster le miró de nuevo y después se dejó caer otra vez en el sillón, mientras Robert se acomodaba cerca de ella.

-¿Estamos en el medio, entonces? -preguntó Eugenia-. ¿Era ahí donde estábamos cuando usted se marchó? No; no he estado en la otra casa.

-Ni ayer, ni anteayer, ¿no es cierto?

-No sé cuántos días han sido.

-Está cansada de todo esto -dijo Acton.

-Es una acusación terrible, pero no tengo valor para defenderme.

-No estoy atacándola -dijo Acton-. Imaginaba que sucedería algo parecido.

-Es una prueba de gran inteligencia -dijo la baronesa-. Espero que haya disfrutado con el viaje.



-En absoluto -replicó Acton-. Hubiera preferido estar aquí con usted.

-Ahora sí que me está atacando -dijo la baronesa-. Compara mi inconstancia con su fidelidad.

-Confieso que nunca me canso de las personas a las que quiero.

-Pero es que usted no es una pobre extranjera, malvada, propensa a la irritación nerviosa y de mente muy compleja.

-A usted le ha pasado algo desde mi marcha -dijo Acton, cambiándose de sitio.

-Que usted se marchara: eso es lo que me ha sucedido.

-¿Quiere decir que me ha echado de menos?

-Aunque hubiera querido decir eso, no merece la pena que lo anote usted. Soy una mujer insincera y mis cumplidos no tienen el menor valor.

Acton guardó silencio unos instantes.

-Se ha dejado usted abatir -dijo finalmente.

Madame Münster se puso en pie y empezó a pasearse por la habitación.

-Sólo por un momento. Me recuperaré.

-Será mejor que no se esfuerce en exceso. Si se aburre, no tenga inconveniente en confesarlo..., por lo menos a mí.

-No debería usted decir eso -contestó la baronesa-. Debería darme ánimos.

-Admiro su paciencia; eso debe darle ánimos.

-Tampoco debiera decir eso. Al hablar de mi paciencia es desleal con sus allegados. Paciencia significa sufrimiento y ¿qué he tenido yo que sufrir?

-No se trata de hambre ni de malos modos, por supuesto -dijo Acton riendo-. Sin embargo todos admiramos su paciencia.

-¡Todos me detestan! -exclamó la baronesa con repentina violencia, dando la espalda a su interlocutor.

-Hoy no resulta fácil decirle cosas agradables -dijo Acton poniéndose en pie. Había algo especialmente llamativo y conmovedor en Eugenia aquella noche: una dulzura involuntaria y un gesto de emoción contenida. Acton se descubrió de pronto valorando el comportamiento de la baronesa, que había llegado a aquel rincón del mundo bajo el peso de una cruel humillación y había sabido mostrar un agradecimiento humilde y a la vez sonriente por la tranquilidad que se le ofrecía; se había incorporado al pequeño grupo del otro lado de la carretera; se había interesado por sus conversaciones provincianas y había compartido sus escasos e insípidos placeres; se había fijado una tarea y la había cumplido con la mayor exactitud; se había ajustado a las rígidas formas de la vida de Nueva Inglaterra y había tenido el tacto y el valor de hacerlo todo como si le encantara. Robert Acton sintió más que nunca la necesidad de decirle que la admiraba y que estaba convencido de que era una mujer superior. Hasta entonces había estado siempre a la defensiva con ella, había sido cauteloso, observador y suspicaz. Pero ahora una especie de movimiento tumultuoso dentro de las venas parecía indicarle que poner un poco más de confianza en aquella mujer encantadora no quedaría sin recompensa-. No la detestamos -continuó-. No sé qué es lo que quiere usted decir. De todos modos, hablo por mí mismo; no sé qué dirían los demás. Es muy probable que usted los deteste por la vida insípida que le están haciendo llevar. Creo que incluso me agradecería oírsele decir.

Eugenia había estado mirando a la puerta situada en el otro lado de la habitación y, muy despacio, volvió los ojos hacia Robert Acton.

-¿Cuál puede ser el motivo -preguntó- para que un hombre como usted, un hombre

sincero, un *galant homme*, diga semejante bajeza?

-¿Es ésa la impresión que produce? -preguntó Acton con la mayor franqueza-. Supongo que sí y le doy las gracias por decírmelo. No quiero decir eso de manera literal, como es lógico.

La baronesa siguió mirándole.

-¿Qué es lo que quiere usted decir entonces?

Era una pregunta difícil de responder y Acton, sintiéndose un poco ridículo, se acercó a la ventana abierta y miró hacia el exterior. Permaneció allí un momento, pensando, y después se dio la vuelta.

-¿Recuerda aquel documento que tenía que enviar a Alemania? -dijo-. Usted lo llamó su «renuncia». ¿Llegó a enviarlo?

La seriedad y el asombro se mezclaron en la expresión de Madame Münster.

-¡Qué extraña contestación a mi pregunta!

-No es una contestación -dijo Acton-. He querido preguntárselo muchas veces. Esperaba que me lo dijera usted. Ahora mi pregunta parece brusca, pero hubiera parecido brusca en cualquier momento.

La baronesa guardó silencio un instante y luego dijo:

-¡Creo que le he contado demasiadas cosas!

Acton pensó que aquella afirmación estaba en cierta medida justificada, dado que él estaba pidiendo más de lo que ofrecía. Se volvió hacia la ventana y contempló una estrella que centelleaba a través de la celosía del porche. Pero, de todas formas, había cosas que podía ofrecer; quizá no había sido nunca suficientemente explícito.

-Me gustaría que me pidiera algo -dijo-. ¿No estoy en condiciones de hacer nada por usted? Si esta vida le resulta demasiado monótona, ¡permítame que la ayude a divertirse!

La baronesa estaba otra vez en su sillón y había cogido un abanico que mantenía, con las dos manos, delante de la boca. Por encima del abanico sus ojos contemplaban a Acton.

-Está usted muy extraño esta noche -dijo riendo.

-Haría cualquier cosa -prosiguió Robert, de pie junto a Madame Münster-. ¿No le gustaría viajar y ver algo de este país? ¿No le gustaría conocer las cataratas del Niágara? Debería verlas, se lo aseguro.

-¿Con usted, quiere decir?

-Me encantaría llevarla.

-¿Sólo con usted?

Acton la miró sonriendo pero, al mismo tiempo, con expresión seria.

-Sí; podríamos ir solos -dijo.

-Si no fuera usted quien es -respondió Eugenia-, me sentiría ofendida.

-¿Qué quiere decir? ¿Quién soy yo?

-Si fuera uno de los caballeros con los que he convivido siempre en lugar de un extraño bostoniano.

-Si los caballeros con los que ha convivido usted le han enseñado a temer que la insulten -dijo Acton-, me alegro de ser quien soy. Debe usted venir a las cataratas.

-Si tiene interés en «divertirme» -respondió la baronesa- necesita incurrir en nuevos gastos. Ya consigue usted divertirme muy eficazmente.

Robert se sentó frente a ella. Eugenia mantenía aún el abanico abierto, mostrando sólo los ojos. Hubo un momento de silencio y luego Acton dijo, repitiendo su primera

pregunta:

¿Ha enviado el documento a Alemania?

Volvió a producirse un breve silencio, pero los expresivos ojos de Madame Münster casi parecían haberlo roto.

-¡Se lo diré en Niágara! -exclamó.

Cuando apenas había terminado de hablar se abrió la puerta situada al otro extremo de la habitación, la puerta que la baronesa contemplara tan fijamente unos minutos antes, y apareció Clifford Wentworth, muy sonrojado y con aire de sentirse incómodo. Madame Münster se levantó de inmediato y Acton hizo lo mismo con más lentitud. Clifford no hizo ademán de saludarle: estaba mirando a Eugenia.

-¡Ah! ¿Estabas aquí? -exclamó Acton.

-Se había quedado en el estudio de Felix -dijo Madame Münster-. Quería ver sus apuntes.

Clifford miró a Robert Acton, pero no dijo nada, limitándose a abanicarse con el sombrero.

-Has escogido un mal momento -dijo Acton-; no tenías mucha luz.

-¡No tenía nada de luz! -dijo Clifford riendo.

-¿Se te apagó la vela? -preguntó Eugenia-. Deberías haber vuelto aquí para encenderla.

Clifford la miró un momento.

-Por eso he vuelto. ¡Pero he olvidado la vela! Eugenia se dio la vuelta.

-Eres muy estúpido, hijo mío. Será mejor que te vayas a casa.

-Sí -dijo Clifford-; ¡buenas noches!

-¿No se te ocurre una frase de bienvenida para un hombre que ha regresado sano y salvo de un viaje peligroso? -preguntó Acton.

-¿Qué tal? -dijo Clifford-. Creía... creía que estabas... -e hizo una pausa, mirando de nuevo a la baronesa.

-Creías que estaba en Newport, ¿eh? Allí estaba, efectivamente..., esta mañana.

-¡Buenas noches, mi brillante jovencito! -dijo Madame Münster sin volverse.

Clifford la miró, pero no como lo hubiera hecho un joven brillante, y después, con uno de sus característicos gruñidos, abandonó la habitación.

-¿Qué le pasa? -preguntó Acton cuando se hubo marchado-. Parecía estar hecho un lío.

Eugenia, que se había acercado a la ventana, miró hacia afuera, escuchando unos instantes.

-Lo que pasa... -contestó-. Pero aquí no se suele hablar de estas cosas.

-Si quiere usted decir que ha bebido un poco más de la cuenta, puede decirlo.

-Ha dejado de beber. Lo he curado. Y en recompensa se ha enamorado de mí.

Ahora fue Acton quien abrió mucho los ojos. Pensó inmediatamente en su hermana, pero no lo mencionó y se echó a reír en cambio.

-¡No me asombra su pasión! Pero sí que abandone su compañía por los pinceles de Felix.

Eugenia guardó silencio un instante.

-No estaba en el estudio. Eso lo he inventado yo..., sobre la marcha.

-¿Inventado? ¿Con qué intención?

-Cree que se comporta de una manera muy romántica. Se ha acostumbrado a venir a verme a medianoche..., llegando por el huerto y el estudio de Felix, que tiene una puerta por ese lado. Parece que eso le divierte -concluyó Eugenia con una risita.

Acton se sintió más sorprendido de lo que confesó, porque aquello arrojaba una nueva luz sobre la personalidad de Clifford, cuyas irregularidades habían carecido hasta entonces del menor toque de romanticismo. Intentó reír de nuevo, pero le resultó imposible y, después de unos instantes de vacilación, su preocupación se tradujo en palabras.

-Espero que no le dé usted ánimos -dijo-. No debe ser infiel ala pobre Lizzie.

-¿A su hermana?

-Usted no ignora que existe entre ellos una gran intimidad -dijo Acton.

-¡Ah! -exclamó Eugenia sonriendo-. ¿Es ella...?

-No lo sé -la interrumpió Acton-; pero siempre he creído que *Clifford* deseaba resultarle agradable.

-Ah, *par exemple* -replicó la baronesa-. ¡El pequeño monstruo! La próxima vez que se ponga sentimental le diré que tendría que avergonzarse de sí mismo.

Acton guardó silencio unos instantes.

-Será mejor que no le diga usted nada.

-Ya se lo he dicho, más o menos, en términos generales -respondió la baronesa-. Pero en este país son tan peculiares las relaciones entre los jóvenes que a veces me siento completamente desorientada. No están prometidos cuando cualquiera pensaría que deberían estarlo. Charlotte Wentworth, por ejemplo, y ese joven eclesiástico. Si yo fuera su padre, insistiría en que se casara con ella, pero, por lo que parece, nadie piensa que eso corra mucha prisa. Y ahora averiguo de repente que un muchachito de veinte años y una niña que todavía tiene institutriz (¿o su hermana ya no tiene institutriz? Bien, pues que no se separa nunca de su mamá), de que una pareja de adolescentes, por decirlo de una vez, entre quienes no he advertido otra cosa que el intercambio de bromas infantiles característico de su edad, están a punto de ser marido y mujer -la baronesa hablaba con una exagerada elocuencia que contrastaba con el lánguido encanto que había caracterizado sus modales antes de que Clifford se presentara. A Acton le pareció ver un brillo de irritación en sus ojos y una nota de ironía en su voz (como al decir que Lizzie no se separaba de su madre). Si Madame Münster estaba irritada, Robert Acton se sentía un tanto perplejo. Eugenia empezó a pasearse otra vez por el cuarto mientras su visitante la miraba sin decir nada. Finalmente la baronesa consultó su reloj, dijo que eran las tres de la madrugada y que Acton debía marcharse.

-No hace una hora que he llegado -replicó él- y en la casa grande aún no se han retirado. Se ven luces encendidas y Felix no ha regresado todavía.

-¡Ah, la casa grande! -exclamó Eugenia-. ¡Son gente terrible! Ignoro qué puedan estar haciendo. Por mi parte soy una mujercita vulgar y apacible, con unas reglas muy rígidas que siempre respeto. Una de ellas es no recibir visitas a altas horas de la noche..., sobre todo de hombres tan inteligentes como usted. De manera que ¡buenas noches!

No había duda de que la baronesa se mostraba incisiva, y aunque Acton le dio las buenas noches y se marchó, seguía dominado por la perplejidad.

Al día siguiente Clifford Wentworth fue a ver a Lizzie. Su hermano, que estaba en casa y le vio atravesar el jardín, se percató de ello. Como es lógico, deseaba saber si aquello se correspondía con las manifestaciones de Madame Münster sobre los sentimientos de Clifford, pero, sintiéndose incapaz de resolver solo el problema, decidió recurrir directamente a la sinceridad del muchacho. Cuando le vio marcharse salió también y le dio alcance.

-Me gustaría mucho que contestaras a una pregunta -dijo Acton-. ¿Qué hacías anoche en casa de la baronesa?

Clifford empezó a reír y a enrojecer, comportándose de manera muy distinta a como lo haría un joven con un secreto romántico.

-¿Qué te dijo ella? -preguntó.

-Eso es precisamente lo que yo no quiero decir -respondió Acton.

-Era para darte la misma versión -dijo Clifford-; y si no la sé, quizá no pueda hacerlo.

Se habían detenido en un sendero del jardín; Acton miró con fijeza a su joven primo.

-Me dijo que no entendía lo que te pasaba. Parece que ahora Madame Münster te inspira una violenta aversión.

Clifford abrió mucho los ojos, un tanto alarmado.

-¡Vamos! -gruñó-. ¡Estás bromeando!

-Y que cuando, por pura cortesía, vas a su casa, la dejas sola y pasas el tiempo en el estudio de Felix, con el pretexto de mirar sus apuntes.

-¡Vamos! -gruñó Clifford de nuevo.

-¿Es que te he mentado alguna vez?

-¡Ya lo creo! ¡Montones! -replicó Clifford, viendo en el tono sarcástico una posible escapatoria-. Está bien -añadió-; pensé que eras mi padre.

-¿Sabías que había alguien en el jardín? -Te oímos venir.

Acton reflexionó.

-Entonces, ¿estabas con la baronesa?

-Estaba en el salón. Oímos fuera tus pasos y pensé que eras mi padre.

-Y, ¿escapaste por eso? -preguntó Acton.

-Eugenia me dijo que me fuera, que saliera por el estudio. Acton meditó con mayor intensidad; se hubiera sentado de tener una silla a mano.

-¿Por qué no quería la baronesa que te encontrases con tu padre?

-La verdad es que a mi padre no le gusta verme allí -dijo Clifford.

Acton miró de soslayo a su interlocutor y se abstuvo de comentar aquella afirmación.

-¿Se lo ha dicho a la baronesa? -preguntó.

-Espero que no -dijo Clifford-. Tampoco me lo ha dicho a mí... al menos no tan claramente. Pero sé que le preocupa y yo quiero dejar de ser un motivo de preocupación para él.

La baronesa lo sabe y está de acuerdo.

-¿De acuerdo en que dejes de ir a verla?

-Eso no lo sé. De acuerdo en no preocupar a mi padre. A Eugenia no se le escapa nada -añadió Clifford con aire de que tampoco él estaba mal informado.

-Ah -dijo Acton con tono interrogativo-, ¿a Eugenia no se le escapa nada?

-Sabía que no era mi padre quien llegaba.

-Entonces, ¿por qué te fuiste? Clifford se sonrojó y volvió a reír.

-La verdad es que yo no estaba seguro. Y, además, ella me dijo que me fuese de todos modos.

¿Pensaba Eugenia que era yo? -preguntó Acton.

-No lo dijo.

Robert Acton siguió reflexionando.

-Pero no te fuiste -añadió después-. Volviste al salón.

-No podía salir del estudio -explicó Clifford-. La puerta estaba cerrada con llave y Felix

ha clavado tablas en la mitad inferior de las malditas ventanas para que la luz entre sólo por arriba. De manera que tampoco me servían. Esperé un buen rato y luego, de repente, me sentí muy avergonzado. No quería esconderme de mi padre. No podía seguir allí ni un minuto más. Salí y, al descubrir que eras tú, me puse un poco nervioso. Pero Eugenia salió muy bien del paso, ¿no te parece? -añadió Clifford con el tono de un joven humorista cuya agudeza no ha quedado totalmente embotada por la desazón del momento.

-¡Magníficamente! -dijo Acton-. Sobre todo -continuó si se tiene en cuenta que tú fuiste muy imprudente y que ella debía de estar furiosa.

-¡Bah! -exclamó Clifford con la indiferencia de un muchacho convencido de que, a pesar de no haber acertado en el comportamiento, sus juicios son siempre infalibles-. ¡A Eugenia le tiene todo sin cuidado!

Acton dudó un momento.

-Gracias por contármelo -dijo finalmente. Luego, poniendo una mano en el hombro de su interlocutor, le preguntó:- Dime una cosa más, ¿por casualidad estás un poco enamorado de la baronesa?

-¡Ni hablar! -dijo Clifford, agitando la cabeza con mucha fuerza.

## Diez

El tiempo, que había sido espléndido en las últimas semanas, cambió el primer domingo después del regreso de Robert Acton: comenzó a llover y el día estuvo frío y gris. El señor Wentworth y sus hijas se pusieron chanclos para ir a la iglesia, y Felix Young también fue, aunque sin chanclos, sosteniendo un paraguas para proteger a Gertrude. Es de temer que, entre todas las ceremonias dominicales, apreciara sobre todo este privilegio. La baronesa se quedó en casa; no estaba de buen humor ni se sentía inclinada a la piedad. De todos modos, desde su llegada a los Estados Unidos, nunca se había caracterizado por su asiduidad a los servicios religiosos. Y en aquella mañana de domingo de la que estoy hablando permaneció junto a la ventana de su saloncito contemplando un rosal trepador que había perdido en parte su apoyo en el porche y se agitaba y gesticulaba sobre el fondo de un cielo brumoso de color sombrío. De cuando en cuando una ráfaga de viento hacía que gotas de lluvia salpicaran el cristal de la ventana, dando la impresión de que había algo humano en aquel movimiento, algo parecido a una advertencia o una amenaza. Hacía frío en la habitación. Madame Münster se puso un chal y paseó por la habitación. Luego decidió que hacía falta encender la chimenea y para que se ocupara de ello llamó a la anciana sirvienta negra que tanto le había divertido al principio por el contraste entre el color carmesí del turbante y el lustroso ébano de la piel. La anciana se llamaba Azarina. La baronesa había contado con encontrar algo agradablemente exótico en su manera de hablar y los primeros días la había animado a hablar para entretenerse. Pero Azarina era seca y reservada y su conversación no tenía el menor sabor africano. A Eugenia le hacía pensar en las aburridas señoras de edad con las que alternaba en sociedad. Sabía, sin embargo, cómo hacer fuego, de manera que cuando los troncos empezaron a crepitar, Eugenia, que se aburría mortalmente, se entretuvo durante un cuarto de hora contemplando la agitación de las llamas y sus repentinos

chispazos. Había creído que Robert Acton vendría a hacerle una visita porque no había vuelto a verlo desde aquella noche desafortunada, pero la mañana transcurría sin que se presentara; varias veces le pareció oír sus pasos en el porche, pero no era más que una contraventana zarandeada por la lluvia. Desde el comienzo del episodio de su carrera del que estamos esbozando un apunte en estas páginas la baronesa había tenido muchos momentos de irritación, pero su irritación de hoy tenía una intensidad peculiar y parecía alimentarse de sí misma; le exigía que hiciera algo, pero sin sugerirle ninguna línea de conducta provechosa. Si hubiera estado en su mano, se habría embarcado inmediatamente en un buque europeo, dando la espalda, con algo parecido al éxtasis, a aquel fracaso suyo en tierra americana que tan humillante le resultaba. No está del todo claro por qué Madame Münster definía su empresa como un fracaso, dado que se la había tratado con la máxima consideración que permiten las costumbres americanas. Su despecho provenía, en el fondo, de un sentimiento que siempre había estado presente pero que se había agudizado en los últimos días: el de que el medio social de aquel gran continente impreciso no favorecía el crecimiento de las plantas cuya fragancia Eugenia más apreciaba y de las que le gustaba rodearse; tipos de vegetación cuyas simientes, por así decirlo, llevaba siempre en el bolsillo. Eugenia era feliz cuando sabía que disfrutaba de cierto poder y causaba determinadas impresiones; y ahora sentía la frustración de un nadador cansado que al acercarse a la orilla, a tierra firme, se encuentra con una pared lisa de roca donde esperaba hallar una suave playa limpia y acogedora. En el ambiente de los Estados Unidos Eugenia parecía haber perdido la capacidad de salir victoriosa; la lisa pared de roca resultaba infranqueable. «De todas formas *je n'en suis pas là* -se dijo-. ¡No me puede poner de mal humor que el señor Robert Acton no me honre con su visita! » Pero estaba dolida por su ausencia y le molestaba sentirse dolida.

Finalmente se presentó su hermano, golpeando el suelo del vestíbulo con los pies para limpiarse los zapatos y sacudiendo el abrigo mojado. En seguida entró en el saloncito con las mejillas sonrosadas y media docena de gotas de lluvia brillándole en el bigote.

-Has encendido el fuego -dijo.

-*Les beaux jours sont passés* -replicó la baronesa.

-¡Nada de eso! No han hecho más que empezar -afirmó Felix, colocándose delante de la chimenea. De espaldas al fuego, con las manos detrás y las piernas separadas, miró por la ventana con la expresión de quien es capaz de descubrir matices rosados incluso en los tonos sombríos de un domingo pasado por agua.

Su hermana lo miraba con detenimiento desde el sillón, y lo que descubrió en su rostro no respondía al estado de ánimo de la baronesa. Pocas cosas la desconcertaban, pero el carácter de Felix era frecuente motivo de asombro para ella. Digo frecuente y no constante porque había largos periodos en los cuales otros problemas reclamaban toda su atención. Eugenia se decía a veces que el buen carácter de Felix, su alegría constante, no eran más que teatro, una simple pose; pero ahora se daba cuenta vagamente de que su interpretación durante aquel verano había sido demasiado perfecta. Aún no habían tenido una conversación confidencial. Eugenia no había sentido la necesidad. Felix, probablemente, se dejaba llevar por sus inclinaciones desinteresadas y su hermana comprendía que no podía darle ningún consejo que le resultara inteligible. También influía cierto elemento de comodidad: la certeza de que nunca se inmiscuiría en los asuntos ajenos. Aquel Felix de alma pura era una persona muy delicada, además de ser su hermano, lo que resultaba muy conveniente desde todos los puntos de vista. Es cierto que

Felix era discreto; no le gustaban las explicaciones con su hermana, una de las pocas cosas que le hacían sentirse incómodo. Pero, de momento, sus pensamientos no tenían nada de desagradable.

-Mi querido hermano -dijo por fin Eugenia-, ¡deja de ponerle *les yeux doux* a la lluvia!

-¡Con mucho gusto te los pondré a ti! -respondió Felix.

-¿Cuánto tiempo -preguntó la baronesa al cabo de instante- tienes intención de prolongar tu estancia en este lugar tan encantador?

Felix abrió mucho los ojos.

-¿Quieres irte... ya?

- *Ya* es una palabra deliciosa. No soy tan feliz como tú.

Felix se dejó caer en una silla y contempló el fuego.

-Es verdad que soy feliz -dijo con su voz agradable y nítida.

-¿Y tienes intención de pasarte la vida haciendo la corte a Gertrude Wentworth?

-¡Sí! -respondió Felix volviéndose hacia ella con una sonrisa.

La baronesa le devolvió la mirada con mucha más gravedad y a continuación preguntó:

-¿Te gusta?

-¿A ti no? -quiso saber Felix.

Eugenia guardó silencio unos instantes.

-Te contestaré con las palabras de un caballero a quien le preguntaron si le gustaba la música: *Je ne la crains pas!*

-Gertrude te admira inmensamente -dijo Felix.

-Eso no me hace nada feliz. Las mujeres no tienen por qué admirarme.

-¿Deberían aborrecerte?

Madame Münster vaciló de nuevo.

-¡Deberían odiarme! La prueba de que aquí no he hecho más que perder el tiempo es que no me odian.

-¡No se pierde el tiempo cuando se es feliz! -dijo Felix con un tono tan satisfecho y sentencioso que podía resultar un poco molesto.

-Sobre todo -replicó su hermana con una risa cortantesi se ha conseguido el afecto de una joven con dinero.

Felix procedió a explicar su situación con gran franqueza y seriedad:

-He conseguido el afecto de Gertrude, pero no estoy nada seguro de haber conseguido su fortuna. Puede que sí o puede que no.

-¡Pero puede ser que sí! ¡Eso es lo importante!

-Depende de su padre. No lo ve con buenos ojos. Ya sabes que quiere que se case con el señor Brand.

-¡Yo no estoy al corriente de nada de eso! -exclamó la baronesa-. Por favor, echa leña al fuego -Felix hizo lo que su hermana le pedía y se quedó viendo cómo se avivaban las llamas. Al cabo de un momento Eugenia añadió:- ¿Es que te propones fugarte con *mademoiselle*?

-En absoluto. No quiero hacer nada que desagrade al señor Wentworth. Se ha portado demasiado bien con nosotros.

-Pero tendrás que escoger entre hacer lo que deseas o agradarlo a él.

-¡Quiero agradar a todo el mundo! -exclamó Felix alegremente-. Tengo la conciencia tranquila. Desde el principio tomé la decisión de no hacer la corte a Gertrude.

-De manera que, para simplificar las cosas, ¿ha sido ella quien te la ha hecho a ti?



Felix miró a su hermana con repentina gravedad.

-Dices que no te asusta -replicó-. Pero quizá debiera..., al menos un poco. Es una persona muy inteligente.

-¡Empiezo a creerlo! -exclamó la baronesa. Su hermano, sin responder, se recostó en el asiento y, después de un largo silencio, Madame Münster hizo otra pregunta con acento algo alterado: ¿Tienes esperanzas de casarte?

-Me sentiré muy desilusionado si no es así.

-¡Una desilusión o dos no te vendrían nada mal! -dijo la baronesa-. Y después, ¿te propones nacionalizarte?

-Me parece que soy ya un buen americano. Pero iremos a Europa. Gertrude tiene grandes deseos de ver mundo.

-¡Ah! ¡Igual que yo cuando vine aquí! -dijo la baronesa con una risita.

-No; no como tú -replicó Felix, mirando a su hermana con afectuosa seriedad. Mientras la contemplaba, Eugenia se levantó del sillón y él también se puso en pie-. Gertrude no es como tú -continuó-, pero sí casi tan inteligente a su manera -hizo una pausa; su alma estaba llena de sentimientos agradables y se notaba deseoso de comunicarlos. Eugenia, de acuerdo con su visión espiritual, se le presentaba siempre como el disco de la luna cuando está parcialmente iluminada. La región en sombra podía crecer o menguar, pero, fueran cuales fuesen sus dimensiones, la luna brillaba siempre. Miró a la baronesa y le dio un beso-. Estoy muy enamorado de Gertrude -Eugenia se volvió y empezó a pasear por la habitación mientras Felix seguía hablando-. Es una criatura muy interesante y muy distinta de lo que parece. No ha tenido nunca una oportunidad, pero es muy brillante. Iremos a Europa y lo pasaremos muy bien.

La baronesa se había acercado a la ventana y miraba hacia el jardín. El día estaba más gris que nunca y llovía a cántaros.

-Sí -dijo por fin-, ¡será mejor que os vayáis a Europa para divertirlos! -luego se dio la vuelta, mirando a su hermano. Había una silla cerca y apoyó las manos en el respaldo-. ¿No te parece que me he portado muy bien -preguntó- viniendo hasta aquí contigo para verte bien casado, si es que te vas a casar bien?

-¡Por supuesto que me voy a casar bien! -exclamó Felix con alegre impaciencia.

La baronesa lanzó una risita.

-Piensas en ti mismo y no contestas a mi pregunta. Mientras te estés divirtiendo con tu brillante Gertrude..., ¿qué haré yo?

-*Vous serez de la partie!* -exclamó Felix.

-No, gracias. Lo echaría todo a perder -Madame Münster bajó los ojos por un momento-. ¿Te propones acaso dejarme aquí? -preguntó.

Felix le sonrió.

-Mi queridísima hermana, en lo que a ti se refiere yo no propongo nunca. Me limito a obedecer tus órdenes.

-Creo -dijo Eugenia lentamente- que eres la persona más despiadada del mundo. ¿No te das cuenta de que sufro?

-Me he dado cuenta de que estabas triste y por eso te he dado buenas noticias.

-Déjame entonces que también yo te dé una noticia -dijo Eugenia-. Como quizá no lo hubieras descubierto tú solo, te diré que Robert Acton quiere casarse conmigo.

-Es verdad: no lo había descubierto, pero lo entiendo bastante bien. Y, ¿por qué eso te hace desgraciada?

-Porque no acabo de decidirme.

-¡Acéptalo, acéptalo! -exclamó Felix alegremente-. Es la mejor persona del mundo.

-Está muy enamorado de mí -dijo la baronesa.

-Y tiene una gran fortuna. Permíteme que te lo recuerde.

-No se me ha olvidado -dijo Eugenia-. Y es un gran argumento a su favor. Soy terriblemente sincera -la baronesa se puso en pie para acercarse a su hermano, mirándolo fijamente. Felix cavilaba sobre varias cosas; Madame Münster se preguntaba de qué manera la entendía en realidad. Había varias maneras de entenderla: cabía entender lo que decía, entender lo que quería decir, o entender algo entre esas dos posibilidades y que no era ni una cosa ni otra. En el fondo, probablemente, quería que Felix le ahorrara la necesidad de descender a más detalles y al mismo tiempo aceptara la misión de ayudarla por todos los medios honorables a casarse con la mejor persona del mundo. Pero nunca se llegó a saber qué fue lo que Felix entendió de todo aquello.

-Una vez que recuperes tu libertad, ¿cuáles serán tus objeciones? -preguntó.

-La verdad es que Acton no me atrae demasiado.

-Esfuézate un poco.

-Lo estoy haciendo -respondió Eugenia-. Creo que resultaría más fácil si Robert no viviera aquí. Nunca seré capaz de vivir aquí.

-Haz que se vaya a Europa -sugirió Felix.

-Ah; estás hablando ya de una felicidad basada en el esfuerzo violento -repuso la baronesa-. No es eso lo que yo busco. Acton no viviría nunca en Europa.

-¡Contigo viviría en cualquier sitio! -dijo Felix galantemente.

Eugenia le miró fijamente, con un chispazo escrutador en sus ojos encantadores; luego se dio la vuelta otra vez.

-Ya ves, de todos modos -continuó-, que si se dijo de mí que había venido a buscar fortuna, ¡habría que añadir que la he encontrado!

-¡No la dejes escapar! -le instó Felix con sonriente solemnidad.

-Te quedo muy agradecida por tu interés -repuso su hermana al cabo de un momento-, pero prométeme una cosa: *pas de zèle!* Si el señor Acton te pide que apoyes su causa, dale una excusa.

-Dispondré de la excelente excusa -dijo Felix- de tener que defender la mía.

-Si hablara de mí..., favorablemente -continuó Eugenia-, adviértele contra ilusiones peligrosas. Detesto que se me importune; quiero decidir con libertad, teniendo los ojos bien abiertos.

-Seré discreto -dijo Felix-, excepto contigo. A ti te diré que lo aceptes de inmediato.

Eugenia se llegó hasta la puerta abierta y se le quedó mirando.

-Voy a vestirme y a pensar en ello -dijo; y Felix oyó cómo se dirigía lentamente hacia sus habitaciones.

Dejó de llover avanzada la tarde e inmediatamente hubo una puesta de sol deslumbradora, pero vacilante y engañosa. Felix se quedó en su estudio y trabajó algo. Pero cuando la luz, que no había sido buena en realidad, fue debilitándose, dejó los pinceles y salió al porche. Estuvo allí algún tiempo paseando mientras contemplaba el espléndido fulgor del cielo de poniente y se decía, como en otras muchas ocasiones, que estaba en el país de los atardeceres. Había algo en aquellos radiantes abismos de fuego que le desataba la imaginación; siempre descubría imágenes y promesas en aquel cielo. Pensó en muchas cosas agradables... En recorrer el mundo con Gertrude Wentworth; le

parecía ver sus posibles aventuras como un fresco esplendoroso entre los bancos de nubes. Luego pensó en lo que Eugenia le había dicho poco antes. Tenía grandes deseos de que Madame Münster hiciera un matrimonio ventajoso y honorable. Al ver cómo los colores de la puesta de sol se intensificaban, Felix sintió deseos de hacer un apunte de aquel efecto tan magnífico. Regresó a su estudio, tomó un lienzo pequeño, paleta y pinceles y, colocando la tela en un alféizar, se puso a pintar con gran entusiasmo. Mientras estaba así ocupado vio cómo el señor Brand se dirigía lentamente hacia casa del señor Wentworth meciendo un paraguas cerrado de gran tamaño. Caminaba con aire pensativo y desanimado y los ojos clavados en el suelo. Felix detuvo el pincel para contemplarlo y luego, obedeciendo a un impulso repentino, se adelantó hasta la puerta del jardín y lo llamó con la mano, gesto que resultó ampliado por la presencia de la paleta y de los pinceles.

El señor Brand se detuvo sorprendido; luego pareció decidirse a aceptar la invitación de Felix, salió de la propiedad del señor Wentworth por el portón, cruzó la carretera y entró en el jardincito de la casa de la baronesa. Felix había vuelto a la puesta del sol, pero dio la bienvenida a su visitante sin dejar de pintar.

-Tenía tantas ganas de hablar con usted que me he decidido a llamarle -dijo con el tono más amistoso posible-. Sobre todo porque apenas ha venido usted a verme. A mi hermana sí, eso lo sé. Pero no ha venido a verme a mí, al artista famoso. Ya sabe usted que los artistas son muy susceptibles; se fijan mucho en esas cosas -y Felix se dio la vuelta, sonriendo, con un pincel en la boca.

El señor Brand, de pie, sin perder cierta majestad ingenua e inexpresiva, procedía a ordenar los pliegues de su paraguas.

-¿Por qué tendría que venir a verle? -preguntó-. Yo no sé nada de arte.

-Supongo que parecería engreído -respondió Felix- si le dijera que eso le proporcionaría una buena ocasión de aprender algo. Usted me preguntaría que cuál sería la utilidad de eso y yo no sabría qué responderle. Supongo que un eclesiástico no necesita del arte para nada, ¿no es así?

-Lo que más necesita es tener paciencia, señor mío -dijo su interlocutor muy decidido.

Felix se puso en pie con la paleta en el dedo pulgar, al mismo tiempo que se excusaba con gran viveza.

-¡Qué torpeza la mía! ¡Tenerlo ahí de pie mientras embadurno el lienzo de rojo! ¡Le pido perdón mil veces! Ya ve usted los malos modales que acompañan al arte y el acierto de usted al dejarlo de lado. No era mi intención tenerlo de pie. Pero, como ve usted, en el porche sólo disponemos de sillas rústicas y he de advertirle que tienen clavos en los sitios más inoportunos. Sólo estaba haciendo un apunte del atardecer. Nunca he visto tal diversidad de rojos. Parece como si la misma Jerusalén Celestial se hubiera incendiado, ¿no es cierto? Si así fuera, supongo que ustedes, los teólogos, tendrían que apagar el fuego. Y, ¡dése usted cuenta, un artista tan indigno como yo, sentándome aquí, tan tranquilo, para pintarlo!

El señor Brand siempre había atribuido a Felix una notable dosis de desvergüenza, pero en aquella ocasión la insolencia le pareció tan desmesurada como para exigir una explicación especial e incluso que el ofensor presentara sus excusas. Y -hay que añadir- la impresión del señor Brand no carecía de fundamento. El extraordinario aplomo de Felix en todo momento era sencillamente expresión de su excelente humor y de sus buenos deseos, pero en aquella ocasión tenía un propósito muy preciso y, puesto que hasta él

mismo habría admitido que se trataba de algo muy audaz, había decidido utilizar todos los recursos de su elocuencia. Pero, lejos de querer ofender a su interlocutor, se afanaba sinceramente por imaginar algún cumplido que pudiera agradarle. Si se le ocurría alguno, estaba dispuesto a utilizarlo al instante.

-¿Ha predicado usted hoy alguno de sus hermosos sermones? -preguntó de repente dejando la paleta. No era aquello lo que había estado buscando, pero quizá sirviera para llenar un hueco.

El señor Brand frunció las cejas todo lo que se pueden fruncir unas cejas rubias y finas situadas sobre unos ojos serenos y amables.

-No; hoy no he predicado ningún sermón. ¿Me ha hecho venir aquí sólo para hacerme esa pregunta?

Felix vio que su interlocutor se había enfadado y lo sintió mucho, aunque estaba convencido de que terminaría por congraciarse con el señor Brand. Le miró sonriendo y lo cogió del brazo.

-No; no ha sido para eso -dijo-. Quería preguntarle algo, quería decirle algo. Estoy seguro de que le va a interesar mucho. Pero como se trata de algo bastante confidencial, será mejor que vayamos a mi estudio. Tengo una ventana que da hacia el oeste y podremos seguir viendo la puesta del sol. *Andiamo!* -acompañando sus palabras con una palmadita en el brazo de su acompañante.

Felix pasó delante y el señor Brand le siguió, erguido y silencioso. La penumbra del crepúsculo se había adueñado ya de la habitación, pero la pared frente a la ventana de poniente estaba teñida de un vivo color rosado. Había muchos bocetos y lienzos a medio terminar iluminados por aquel resplandor, y los rincones del estudio resultaban imprecisos y como polvorientos. Felix instó al señor Brand a que se sentara. Luego, mirando a su alrededor exclamó:

¡Resulta verdaderamente hermoso! -pero el señor Brand no se quería sentar y se acercó a la ventana, apoyándose en ella. Se preguntaba qué querría Felix de él. En las zonas en sombra, en las partes más oscuras de la habitación, veía brillar tres o cuatro cuadros que resultaban fantásticos y sorprendentes. Parecían representar figuras desnudas. Felix tampoco tomó asiento; se quedó con la cabeza levemente inclinada y la mirada fija en su visitante mientras sonreía sin descanso y se acariciaba el bigote. El señor Brand se sentía vagamente incómodo-. Lo que tengo que decirle es una cosa muy delicada -comenzó Felix-. Pero llevo bastante tiempo pensando en ello.

-Haga el favor de decirlo lo más rápidamente que pueda -dijo el señor Brand.

-Lo hago porque es usted eclesiástico, ¿sabe? -continuó Felix-. No creo que me atreviera a contárselo a un hombre corriente.

El señor Brand guardó silencio unos instantes.

-Si se trata de sucumbir a una debilidad o de ofenderse ante un insulto, me temo que soy un hombre muy corriente.

-Mi querido amigo -exclamó Felix-, no se trata de un insulto, sino de algo muy positivo..., ¡de un gran servicio! Le ha de agradar mucho. Sólo que..., ¡es algo tan delicado! -y siguió sonriendo ampliamente mientras la luz declinaba-. Usted no ignora que siento gran interés por mis primas Charlotte y Gertrude Wentworth. La prueba es que he hecho un viaje de ocho mil kilómetros para verlas -el señor Brand no dijo nada y Felix continuó-. Al empezar a tratarlas y por el hecho de ser un extraño total he recibido, como es lógico, muchas impresiones nuevas, impresiones de gran viveza, de gran nitidez.

¿Entiende usted lo que quiero decir?

-No estoy muy seguro, pero me gustaría que continuara.

-Creo que mis impresiones han sido siempre muy vivas -dijo Felix-, pero quizá en esta ocasión era normal que, viniendo, como digo, de fuera, me impresionaran cosas que a ustedes les pasaban inadvertidas. Además tenía para ayudarme a mi hermana, que es la mujer más observadora del mundo.

-No me sorprende -dijo el señor Brand- que dos personas inteligentes hayan encontrado material para sus observaciones en nuestro pequeño círculo. ¡Confieso que yo mismo también lo encuentro de un tiempo a esta parte!

-Ah, ¡estoy seguro de que todavía tendré ocasión de sorprenderle! -exclamó Felix riendo-. Tanto mi hermana como yo sentimos desde el primer momento un gran interés por nuestra prima Charlotte.

-¿Su prima Charlotte? -repitió el señor Brand.

-Nos enamoramos de ella.

-¿Se enamoró usted de Charlotte? -murmuró el señor Brand.

-*Dame!* -exclamó Felix-. Es una persona encantadora. Y a Eugenia la afectó de manera especial -el señor Brand le siguió mirando fijamente y Felix continuó-. El afecto, como usted sabe muy bien, hace abrir los ojos y nos hemos dado cuenta de algo. ¡Charlotte no es feliz! Charlotte está enamorada -y Felix, acercándose, puso de nuevo la mano sobre el brazo de su interlocutor.

En la manera que el señor Brand tenía de mirarle había algo parecido a confesarse fascinado; pero el joven eclesiástico mantuvo aún el suficiente dominio de sí mismo como para decir, con gran solemnidad:

-No está enamorada de usted.

Felix dejó escapar una breve carcajada y continuó, con el fervor del marino que siente el soplo del viento en las velas:

-¡Ah, no! ¡Si estuviera enamorada de mí ya me habría dado cuenta! ¡No estoy tan ciego como usted! -¿Tan ciego como yo?

-Mi querido señor, está usted completamente ciego. ¡La pobre Charlotte está locamente enamorada de usted!

El señor Brand no dijo nada durante unos instantes. Respiraba con cierta dificultad.

-¿Era eso lo que quería decirme? -preguntó.

-Llevo tres semanas queriendo decírselo. Porque la situación ha empeorado últimamente. Ya le he dicho -añadió Felix- que se trata de algo muy delicado.

-Bien -comenzó el señor Brand-; bien...

-Estaba seguro de que usted lo ignoraba -prosiguió Felix-. ¿Se da cuenta cómo ahora todo queda explicado? -el señor Brand no contestó. Buscó una silla y se sentó pausadamente. Felix notó que estaba enrojando. Hasta aquel momento había mirado a su interlocutor a los ojos, pero ahora desvió la mirada. El efecto más visible de lo que había oído era que su modestia se sentía herida-. Por supuesto -continuó Felix-, yo no sugiero nada; sería el colmo de la presunción que pretendiera aconsejarle. Pero creo que no hay ninguna duda del hecho en sí.

El señor Brand contempló fijamente el suelo unos instantes. Le oprimía una mezcla de sensaciones. Felix, que seguía de pie, estaba convencido de que una de ellas era la sorpresa más total. Aquel hombre tan ingenuo no albergaba la menor sospecha sobre la oculta pasión de Charlotte, y eso hizo que naciera en él una gran esperanza. No le cabía la

menor duda de que el señor Brand iba a sentirse muy halagado. A Felix el eclesiástico le parecía transparente y de hecho lo era. No sabía ni simular ni disimular.

-No sé qué pensar de todo esto -dijo finalmente, sin levantar los ojos del suelo. Felix reparó en seguida en que no protestaba ni hacía el menor intento de contradecirle. Era evidente que sus palabras habían despertado una cadena de recuerdos y provocado una iluminación retrospectiva, iluminación que abría perspectivas muy agradables ante los asombrados ojos del señor Brand. Su segunda emoción había sido la de la vanidad satisfecha.

-Déme las gracias por la información -le propuso Felix-. Siempre es bueno saberlo.

-No estoy muy seguro de eso -dijo el señor Brand.

-Ah, ¡no la deje languidecer! -murmuró Felix con suavidad.

-¿Se ha decidido a aconsejarme, entonces? -el señor Brand levantó la vista.

-¡Le estoy felicitando! -dijo Felix sonriendo. Al principio su visitante le había parecido únicamente conmovedor, pero había descubierto ya que no estaba desprovisto de ironía.

-Lo hace en interés propio; se ha inmiscuido usted en mis asuntos -continuó el joven eclesiástico.

Felix no se movió, sin dejar de sonreír. La luz había disminuido, provocando la desaparición del resplandor carmesí, pero el señor Brand aún veía la expresión satisfecha de su rostro.

-No voy a fingir que no sé de qué me habla -dijo Felix por fin-, pero lo cierto es que no me he inmiscuido en sus asuntos. No ha perdido usted nada de lo que tenía que perder con otra persona. ¡Y piense en lo que ha ganado!

-Creo que en ambos casos soy yo el mejor juez -replicó el señor Brand. Se puso en pie tapándose la boca con el ala del sombrero y sin dejar de mirar fijamente a Felix a pesar de la oscuridad.

-¡Ha perdido usted una ilusión! -dijo este último. -¿A qué llama usted una ilusión?

-A la creencia de que conoce usted bien a Gertrude Wentworth, de que la ha conocido alguna vez. Créame -siguió Felix-: yo no la conozco todavía y no me hago ilusiones; no finjo conocerla.

El señor Brand siguió mirándole por encima del sombrero.

-Siempre ha tenido una manera de ser muy lúcida y serena -dijo con gran solemnidad.

-La personalidad de Gertrude estaba adormecida. Esperaba su piedra de toque. Pero ahora comienza a despertarse.

-¡No me cante sus alabanzas! -dijo el señor Brand con una ligera vibración en la voz-. No es muy generoso por su parte si es que ha conseguido desbancarme.

-Mi querido amigo, ¡me siento desbordante de generosidad! -exclamó Felix-. Y no estoy alabando a mi prima. Intento definirla científicamente. A Gertrude no le interesan las abstracciones y me parece que usted ha creído siempre lo contrario y ha edificado a partir de esa base. Pero en realidad le interesan las cosas concretas, como me sucede a mí. Pero Gertrude es más fuerte que yo; es ella quien me arrastra.

El señor Brand contempló por un instante el interior de su sombrero.

-Tiene una personalidad fascinante.

-Así es -dijo Felix-, pero empuja, empuja como un caballo desbocado. Y si soy yo quien se cae, no tiene importancia. Pero si fuese usted, señor Brand, quien saliera despedido...

-y Felix hizo una pausa-, habría además otra persona que sufriría las consecuencias del

accidente.

-¿Qué otra persona?

-Charlotte Wentworth.

El señor Brand miró a Felix de reojo, con desconfianza. Luego sus ojos recorrieron el techo lentamente. Felix notaba que su interlocutor se estaba dejando ganar secretamente por lo novelesco de la situación.

-Creo que no es asunto nuestro -murmuró el joven eclesiástico.

-Quizá no sea asunto mío, pero ¿no hay duda de que sí lo es suyo!

El señor Brand siguió inmóvil mirando al techo. Era evidente que quería preguntar algo más.

-¿Qué quiere usted decir cuando asegura que la señorita Gertrude es fuerte? -quiso saber finalmente.

-Me refiero -dijo Felix con aire meditativo- a que tiene gran autodomínio. Lleva años..., esperando; incluso cuando parecía, quizá, que estaba viviendo en el presente. Sabía cómo esperar. Tenía una meta. Eso es lo que quiero decir cuando hablo de su fortaleza.

-¿En qué consistía esa meta?

-¡Se había propuesto ver el mundo!

El señor Brand contempló de nuevo dubitativamente a su extraño interlocutor, pero no dijo nada. Finalmente se dio la vuelta, como para irse. Parecía desorientado, sin embargo, porque, en lugar de dirigirse hacia la puerta, echó a andar en dirección contraria. Felix estuvo mirándolo unos instantes mientras avanzaba casi a tientas en la penumbra, pero en seguida le rectificó el rumbo con un movimiento suave, casi fraternal.

-¿No tiene nada más que decir? -preguntó el señor Brand.

-No. Eso es todo. Pero le dará materia para reflexionar mucho.

Felix lo acompañó hasta la puerta del jardín, siguiéndolo luego con la vista mientras se alejaba lentamente en la creciente oscuridad del crepúsculo, caminando con cierto abandono que de cuando en cuando trataba de corregir.

«¡Se siente ofendido, emocionado, desconcertado, perplejo..., y encantado! -se dijo Felix-. ¡Una combinación perfecta!»

## Once

Desde la visita de la baronesa a la señora Acton, de la que ya se dio cuenta anteriormente, las relaciones entre las dos damas no habían sido ni frecuentes ni íntimas. Y no es que la señora Acton no hubiera sabido apreciar las cualidades de Madame Münster, ya que, muy al contrario, había captado con toda nitidez la distinción en los modales y en la conversación de su encantadora visitante. La señora Acton era, como decían en Boston, muy impresionable y su estado de salud exigía que moderase sus emociones, por lo que, pese a recibir muy pocas visitas, confinada como se hallaba a su inevitable sillón, incluso de los tranquilos habitantes de los alrededores, se había visto también obligada a limitar las entrevistas con una dama cuyo vestuario y modales traían a su imaginación -la señora Acton tenía una imaginación fuera de lo común- todo lo que había leído acerca de los períodos más agitados de la historia de la humanidad. La madre de Robert había enviado sin embargo a la baronesa multitud de misivas de lenguaje

florido, muchos ramos de flores de su jardín y cestos de fruta. Felix se había comido la fruta y la baronesa, después de adornar la casa con las flores, había devuelto los cestos y contestado a las misivas. Al día siguiente después del lluvioso domingo del que ya se ha hablado, Eugenia decidió ir a hacer una *visite d'adieux* a la bondadosa enferma: al menos, así era como la baronesa calificaba interiormente su proyecto. Conviene señalar que ni durante la tarde del domingo ni en la mañana del lunes había recibido la esperada visita de Robert Acton, quien, al parecer, había decidido «mantener las distancias»; y como, por otra parte, la baronesa también mantenía las distancias con la casa de su tío -donde Felix se había encargado, por espacio ya de varios días y con la mayor naturalidad, de pedir disculpas y transmitir luego a su hermana el pesar provocado por su ausencia-, el azar no había tenido ocasión de repartir las cartas del destino. El señor Wentworth y sus hijas habían respetado el aislamiento de Eugenia; ciertos intervalos de retiro misterioso les parecían, vagamente, ingrediente natural del elegante movimiento rítmico de una vida tan notable. Gertrude, sobre todo, admiraba aquellos entreactos. Se preguntaba qué hacía Madame Münster durante aquel tiempo, pero nunca se hubiera permitido hacer preguntas indiscretas.

La lluvia prolongada había refrescado el aire y doce horas de sol esplendoroso habían secado los caminos, por lo que la baronesa no se exponía a grandes incomodidades cuando tomó la decisión de ir a última hora de la tarde a casa de la señora Acton. De manera que, cuando con su encantadora manera de andar, iba siguiendo el borde del camino, alfombrado de hierba, bajo las tupidas ramas de los árboles, en la calma de aquella hora y de aquel sitio y sintiendo la espléndida madurez del verano, disfrutaba incluso de algo semejante a una voluptuosa melancolía. La baronesa tenía la debilidad disculpable de apegarse a los lugares, incluso a los que en un principio le habían inspirado cierta aversión. Ahora, con la perspectiva de la marcha, contemplaba con ternura aquel rincón boscoso del mundo occidental donde las puestas de sol eran tan hermosas y tan puras las ambiciones personales. La señora Acton podía recibirla pero, al entrar en su amplia habitación, recientemente perfumada, la baronesa comprobó que su anfitriona parecía muy enferma: estaba increíblemente pálida y, recostada en su sillón con tapicería de flores, no hizo el menor intento de moverse. Pero sí se ruborizó un poco -como una jovencita, pensó la baronesa- y buscó con sus ojos claros y sonrientes los de su visitante. Su voz resultaba apagada y monótona, como si nunca hubiera servido para expresar pasiones humanas.

-He venido a despedirme -dijo Eugenia-. Me marcho dentro de poco.

-¿Cuándo se marcha usted?

-Muy pronto..., cualquier día ya.

-¡Cuánto lo siento! -dijo la señora Acton-. Tenía la esperanza de que se quedara para siempre.

-¿Para siempre? -preguntó Eugenia.

-Quería decir para mucho tiempo -respondió la señora Acton con su entonación dulce y apagada-. Me dicen que se ha instalado usted muy cómodamente..., que tiene una casita preciosa.

Eugenia la miró con asombro, es decir, sonrió. Pensó en su pobre chalé y se preguntó si su anfitriona bromeaba.

-Sí, mi casa es exquisita -dijo-, aunque no admite comparación con la suya.

-A mi hijo le gusta mucho ir a visitarla a usted -añadió la señora Acton-. Temo que la



echará de menos.

-Mi querida señora -dijo Eugenia con una risita-, ¿no me puedo quedar en los Estados Unidos por su hijo!

-¿No le gustan los Estados Unidos?

La baronesa se miró el delantero del vestido.

-Si me gustara..., ¿eso ya no sería quedarme por su hijo!

La señora Acton se la quedó mirando con aire de no haberla entendido bien. La baronesa descubrió finalmente que había algo irritante en la mirada dulce y suave de su anfitriona y, si no fuera por la indulgencia que se debe a los enfermos, se hubiera permitido la libertad de calificarla mentalmente de estúpida.

-Me temo, en ese caso, que no volveré a verla -dijo la señora Acton-. Ya sabe usted que me estoy muriendo.

-Mi querida señora -murmuró Eugenia.

-Quisiera dejar a mis hijos felices y contentos. Mi hija se casará probablemente con su primo.

-Dos jóvenes muy interesantes -dijo la baronesa sin precisar demasiado. No estaba pensando en Clifford Wentworth.

-Pienso en el fin con mucha calma -continuó la señora Acton-; llega de una manera tan tranquila, tan sin sobresaltos -e hizo una pausa sin dejar de mirar a Eugenia dulcemente.

A la baronesa no le agradaba que le hablaran de la muerte, pero conservó toda su cortesía ante la inminencia de la desaparición de la señora Acton.

-¡Ah, señora! ¡Es usted la más encantadora de las enfermas! -replicó.

Pero, al parecer, la delicadeza de su cumplido no halló eco en su anfitriona, que siguió hablando suave y razonablemente.

-Quiero dejar a mis hijos alegres y satisfechos. Me parece que todos ustedes son muy felices..., tal como están. Por eso deseo que pueda usted quedarse. A Robert le gustaría mucho.

Eugenia se preguntó cuál sería el significado de aquella frase, pero se hizo la reflexión de que nunca entendería lo que quería decir una mujer como aquella. Acto seguido se levantó, porque temía que la señora Acton le repitiera que se estaba muriendo.

-Hasta la vista, mi querida señora -dijo-. Sé que tiene usted que economizar fuerzas.

La señora Acton le cogió la mano y la retuvo un momento. -Usted ha sido feliz aquí, ¿no es cierto? Y nos tiene cariño a todos, ¿verdad que sí? Me gustaría que se quedara -añadió- en su hermosa casita.

La anciana señora había dicho a Eugenia que su doncella estaría en el vestíbulo para acompañarla hasta la puerta, pero no había nadie en el amplio descansillo, y Eugenia se quedó allí mirando a su alrededor. Estaba molesta; la dama moribunda no tenía la *main heureuse*. Descendió lentamente los peldaños mirándolo todo. La gran escalera trazaba una curva amplia y en el ángulo había una ventana alta, orientada hacia poniente, con una jardinera en la que se había colocado una fila de plantas con flores en curiosos tiestos azules de porcelana de China. La luz amarilla de la tarde que tamizaban las flores arrancaba algunos destellos del revestimiento de madera pintado de blanco. Eugenia se detuvo un momento. El silencio era total, a excepción del tictac de un reloj de pared invisible. Al pie de las escaleras el vestíbulo inferior quedaba cubierto a medias por una gran alfombra oriental. Eugenia descendió lentamente, fijándose en los detalles. «*Comme c'est bien!*», se decía. Le parecía que aquella casa ofrecía una base amplia, sólida e

irreprochable para la existencia. Y luego recordó que la señora Acton faltaría de allí muy pronto. Aquel pensamiento la acompañó mientras descendía. Al llegar abajo se detuvo otra vez, haciendo observaciones nuevas. El vestíbulo era muy amplio. El vestíbulo era extraordinariamente amplio y a cada lado de la puerta principal había una ventana ancha y muy hundida que arrojaba nuevas sombras en el interior de la casa. Había sillas de respaldo alto alineadas junto a la pared y jarrones orientales sobre las mesas y, a cada lado, amplias vitrinas repletas de pequeños objetos que brillaban apagadamente. Todas las puertas estaban abiertas: las que daban al salón a oscuras, las de la biblioteca, las del comedor. Todas aquellas habitaciones parecían vacías. Eugenia se detuvo un instante en el umbral de cada uno. «*Comme c'est bien!*», murmuró de nuevo. Había pensado en una casa como aquella cuando decidió emprender el viaje a los Estados Unidos. Abrió ella misma la puerta principal -hacia tan poco ruido al andar que no la había oído ningún criado- y ya en el umbral lanzó una última mirada hacia el interior de la casa. Una vez fuera aún sentía deseos de contemplar más cosas interesantes, de manera que, en lugar de tomar directamente el camino que llevaba hasta el portón, se dirigió hacia el jardín que se extendía a la derecha de la casa. No había avanzado muchos metros sobre el césped cuando se detuvo bruscamente al advertir la presencia de un caballero tumbado detrás de un árbol. Este último no la había oído acercarse y yacía inmóvil de espaldas, con las manos cruzadas bajo la cabeza, mirando al cielo, de manera que la baronesa pudo plantearse con calma el problema de su identidad. Se trataba de una persona que había ocupado frecuentemente sus pensamientos en los últimos días. Su primer impulso fue, sin embargo, darse la vuelta; lo último que deseaba era dar la impresión de que venía en busca de Robert Acton. Pero el caballero tumbado sobre la hierba no le dio tiempo a decidirse: no podía dejar de advertir una presencia tan agradable. Volvió la cabeza, miró fijamente, lanzó una exclamación, se puso en pie de un salto y permaneció inmóvil un instante, contemplando a la baronesa.

-Perdone mi ridícula postura -dijo.

-En este momento no tengo el menor sentido del ridículo. Pero si usted lo tiene, no se imagine que he venido a verle.

-¡Tenga mucho cuidado con las ideas que me da! -replicó-. Estaba pensando en usted.

-¡Ocupación característica de la ociosidad total! -dijo la baronesa-. Pensar en una mujer cuando se está en esa postura no es un cumplido.

-¡No he dicho que pensara bien! -afirmó Acton sonriendo.

Eugenia le miró y después se dio la vuelta.

-Aunque no haya venido a verle -dijo-, recuerde al menos que estoy en su casa.

-Y yo me siento muy feliz... ¡y muy honrado! ¿No quiere entrar?

-Acabo de salir hace un momento. He venido a visitar a su madre y a despedirme.

-¿A despedirse? -preguntó Acton.

-Me marchó -dijo la baronesa, dándose otra vez la vuelta como para ilustrar sus palabras.

-¿Dónde irá usted? -preguntó Acton, inmóvil por un momento.

Pero la baronesa no respondió y él la siguió.

-He venido en esta dirección para ver el jardín -dijo Eugenia encaminándose hacia el portón a través del césped-. Pero debo irme ya.

-Permítame al menos que la acompañe.

Acton caminó a su lado y no dijeron nada hasta llegar a la puerta del jardín, que estaba

abierta. Los dos contemplaron la carretera, a oscuras ya bajo las sombras alargadas de los árboles.

-¿Tiene usted que ir directamente a casa? -preguntó Acton.

Pero la baronesa no respondió. Luego, al cabo de un momento, dijo:

-¿Por qué no ha venido a verme? -Acton guardó silencio y Eugenia continuó:- ¿Por qué no me contesta?

-Estoy tratando de inventar una respuesta -confesó Acton.

-¿No tiene ninguna preparada?

-Ninguna que pueda darle -dijo-. Pero permítame ahora que la acompañe.

-Como usted guste.

Eugenia echó a andar lentamente carretera adelante y Acton la siguió. Tardó poco en hablar:

-Si hubiera hecho lo que me apetecía, habría ido a verla varias veces.

-¿Es eso una invención? -preguntó la baronesa.

-No, es la verdad. No he ido a verla porque... -¡Ah! ¡Aquí llega por fin el motivo!

-Porque quería pensar en usted.

-¡Porque quería tumbarse! -dijo la baronesa-. Le he visto tumbarse, casi, en mi saloncito.

Acton se detuvo, con un movimiento que parecía pedirle a Eugenia que también se detuviera un poco. Madame Münster accedió y Acton la contempló un momento, pensando que era realmente encantadora.

-Bromea usted -dijo-. Pero su marcha es una cosa muy seria.

-¡Aún sería más serio que me quedara! -y Eugenia dejó escapar una breve risa.

-¿Cuándo se irá?

-Lo más pronto posible.

-Y, ¿por qué?

-¿Por qué tendría que quedarme?

-Porque todos la admiramos.

-Ésa no es una razón. También tengo admiradores en Europa -y reanudó la marcha en dirección al chalé.

-¿Qué podría decir para retenerla? -preguntó Acton. Quería que se quedara y era cierto que había estado pensando en Eugenia durante una semana. Se había enamorado de la baronesa. Se daba cuenta de ello o creía que se daba cuenta. Y el único problema era si podía tener confianza en ella.

-¿Qué puede usted decir para retenerme? -repitió Eugenia-. No tengo intención de decírselo porque tengo muchas ganas de irme. Y además no se me ocurre qué podría ser.

Acton siguió andando a su lado en silencio. Estaba mucho más afectado por las palabras de la baronesa de lo que parecía. Desde la noche de su regreso de Newport la imagen de Madame Münster había tenido una terrible fuerza perturbadora. Lo que le había dicho Clifford Wentworth también le había afectado, aunque en sentido contrario, pero no le había librado del malestar producido por una atracción que su inteligencia rechazaba. «No es sincera, no es sincera», se repetía constantemente. Eso era lo que le estaba diciendo al cielo del verano diez minutos antes. Por desgracia, era incapaz de decirlo definitiva, categóricamente. Y ahora que la tenía a su lado todo aquello parecía carecer de importancia. «Es una mujer que mentirá», se había dicho. Ahora, mientras caminaba, se repetía aquella afirmación, pero no conseguía que le asustara como antes.

Casi deseaba incitarla a mentir para hacérselo confesar después y ver si era capaz de aceptarlo de buen grado. Pensaba en ello caminando a su lado, mientras Eugenia avanzaba con su encanto característico, lleno de elegancia. Acton había estado otras veces sentado con ella y había conducido a su lado un coche de caballos, pero no había caminado nunca con ella.

«¡Esta mujer es realmente *comme il faut!*», pensaba, viéndola andar a su lado. Cuando llegaron a la casita blanca, Eugenia cruzó la puerta del jardín sin pedirle que la acompañara. Pero se dio la vuelta, al detenerse él, para despedirse.

-La otra noche le hice una pregunta que no llegó usted a contestar -dijo-. ¿Ha mandado usted ese documento..., ha recuperado su libertad?

Eugenia dudó sólo un momento, con mucha naturalidad. Luego dijo «sí» simplemente.

Acton se dio la vuelta preguntándose si sería aquélla la mentira que había deseado. Pero aún tuvo ocasión de verla otra vez aquella noche, porque la baronesa volvió a presentarse en casa de su tío. Robert Acton habló poco con ella, sin embargo. Habían llegado dos caballeros de Boston para visitar al señor Wentworth y a sus hijas, y Madame Münster era un objeto de fascinante interés para los dos visitantes, aunque uno de ellos no le dijera, en realidad, una sola palabra: se limitó a contemplarla fijamente y con gran seriedad, inclinándose con solemnidad y escuchando con gran atención, como si fuera sordo, cada vez que Eugenia formulaba una observación. A aquel caballero le habían impresionado mucho, sin duda, los infortunios y dificultades de Eugenia, y no sonreía nunca. Su acompañante adoptó un tono más ligero, más flexible. Se sentó lo más cerca que pudo de Madame Münster y se propuso distraerla iniciando a cada momento un tema nuevo de conversación. Eugenia respondía con menos viveza que de costumbre y tenía menos cosas interesantes que decir sobre los méritos respectivos de las instituciones norteamericanas y europeas de lo que, dada su brillante reputación, esperaba su interlocutor. Pero permaneció inaccesible para Robert Acton, que estuvo paseándose por el parque, las manos en los bolsillos, esperando el chirriar de las ruedas del carruaje de Boston cuando lo situaran en la puerta lateral. Sin embargo, estuvo escuchando en vano y al final se le acabó la paciencia. Su hermana se le acercó y le pidió que la llevara a casa, de manera que se marchó con ella. Eugenia le vio cuando dejaba la casa en compañía de Lizzie y, dado su estado de ánimo, aquello le pareció apoyar el convencimiento malhumorado de que Acton tenía varias cualidades inapreciables. «Hasta esa niñita *mal-élevé* -pensó- le obliga a hacer lo que se le antoja.»

Eugenia había estado sentada junto a una de las amplias ventanas que daban al porche, pero poco después de la marcha de Acton se levantó con brusquedad, precisamente en el momento en que el bostoniano hablador le pedía su opinión sobre el «tono moral» de aquella ciudad. En el porche se encontró con Clifford Wentworth, que venía del otro lado de la casa. Lo detuvo diciéndole que quería hablar con él.

-¿Por qué no has llevado a casa a tu prima? -le preguntó.

Clifford pareció sorprendido.

-Ya se ha encargado Robert de hacerlo -dijo.

-Por eso lo digo. Otras veces no le das la oportunidad de hacerlo.

-Ah -dijo Clifford-. Quiero estar delante cuando salgan esos amigos. No saben conducir.

-¿Entonces no es que te hayas peleado con tu prima?

Clifford reflexionó un momento y luego replicó, con una sencillez que resultó muy

desconcertante para la baronesa:

-No, no; ¡ya nos hemos reconciliado!

Eugenia le contempló unos instantes, pero Clifford había empezado a temer las miradas de la baronesa y ahora se esforzaba por rehuirlas.

-¿Por qué no vienes ya a verme? -le preguntó-. ¿He hecho algo que te haya disgustado?

-¿Disgustado? ¡En absoluto! -protestó Clifford riendo.

-¿Por qué no has venido entonces?

-Es que tengo miedo a quedarme encerrado en ese cuarto de atrás.

Eugenia siguió mirándolo.

-Yo hubiera pensado que te gustaría. -¡Gustarme! -exclamó Clifford.

-A mí me gustaría si yo fuera un muchacho que visita a una mujer encantadora.

-¡Una mujer encantadora no me sirve de mucho si estoy encerrado en el cuarto de atrás!

-¡Me temo que no te sirvo de mucho en ningún caso! -dijo Madame Münster-. Pero ya sabes que me tienes a tu disposición.

-Vaya -observó Clifford a modo de respuesta-. Aquí llega la calesa.

-Olvídate de la calesa. ¿Sabes que me marchó?

-¿Quieres decir ahora?

-Quiero decir dentro de unos días. Me marchó de aquí.

-¿Vuelves a Europa?

-Sí, a Europa, donde vendrás a verme.

-Por supuesto que iré -dijo Clifford.

-Pero antes -replicó Eugenia- tienes que venir a verme aquí.

-¡Está bien! ¡Pero no pienso entrar en el cuarto de atrás! -replicó su joven e ingenuo primo.

La baronesa guardó silencio un momento.

-Sí; tienes que venir sin tapujos..., abiertamente. Será mucho mejor. Ahora lo veo con claridad.

-¡Ya la veo! -dijo Clifford. Y un momento después-: ¿Qué le pasa a esa calesa? - porque, al parecer, su oído experimentado había advertido un crujido anormal en las ruedas del vehículo ligero que se hallaba ya delante del porche, por lo que se alejó velozmente para investigar tan grave anomalía.

La baronesa volvió sola a su casa, a la luz de las estrellas, haciéndose una pregunta. ¿Era posible que no hubiera conseguido nada?... ¿absolutamente nada?

Gertrude Wentworth había permanecido silenciosa dentro del pequeño grupo reunido en torno a los dos caballeros de Boston. No le interesaban los visitantes, sino que observaba a Madame Münster, como solía hacer siempre que tenía ocasión. Se dio cuenta de que Eugenia tampoco sentía interés, de que se aburría; y Gertrude se asombraba de cómo, a pesar de su indiferencia y su falta de atención, conseguía mantener unos modales tan agradables, unos modales que a Gertrude le gustaría tener; por su parte estaba dispuesta a cultivarlos y deseó, para tener ocasión de ejercitarse, aburrirse con mucha frecuencia en el futuro. Mientras se consagraba a aquellas investigaciones, Felix Young buscaba a Charlotte, porque tenía algo que decirle y aquella noche su convencimiento de que era necesario mantener con ella una conversación alcanzó un punto culminante, transformándose en un deseo tan vivo como agradable. El hermano de la baronesa recorrió los salones vacíos de la planta baja y acabó encontrándola en una pequeña habitación denominada, por razones no del todo evidentes, el «despacho» del señor

Wentworth: un cuarto muy ordenado y limpio, una de cuyas paredes estaba ocupada por una colección de libros de derecho encuadernados en una piel oscurecida por los años; otra, por un gran mapa de los Estados Unidos a cuyos lados colgaban antiguos grabados en acero de una de las madonas de Rafael; y la tercera por varias vitrinas que albergaban ejemplares de mariposas y escarabajos. Charlotte, sentada junto a una lámpara, bordaba una zapatilla. Felix no preguntó quién era el destinatario: advirtió enseguida que la zapatilla era muy grande.

Felix acercó una silla y se sentó junto a su prima, sin decir nada al principio pero sonriendo como de costumbre. Charlotte le miró con la aguja levantada y la expresión tímida y algo hosca que adoptaba siempre cuando Felix se acercaba a ella. Había algo en sus modales que provocaba en ella una reacción de modestia y de timidez. Si le hubieran dado a escoger habría preferido no tener nunca que estar a solas con él y, de hecho, aunque le consideraba una persona muy brillante, distinguida y bien intencionada, Felix nunca hubiera imaginado la cantidad de temblorosas estratagemas que desplegaba para evitar cualquier *tête-à-tête*. Charlotte no habría sabido dar una explicación de aquel problema que no pareciera injusta tanto para ella como para su primo extranjero. Sólo podría haber dicho (o, más bien, nunca habría dicho) que no le agradaba una compañía tan decididamente masculina. Debido a todo ello no se tranquilizó mucho cuando Felix empezó por decir, subrayando sus palabras con un entusiasmo lleno de admiración:

-Mi querida prima, no sabes lo feliz que me hace encontrarte a solas.

-Suelo estar sola a menudo -señaló Charlotte, para añadir en seguida-: ¡No quiero decir que me sienta sola!

-Una mujer tan inteligente como tú nunca está sola -dijo Felix-. Tienes la compañía de tus hermosas labores -lanzando una ojeada a la zapatilla.

-Me gusta trabajar -dijo Charlotte con sencillez.

-¡A mí también! -exclamó su primo-. Y también me gusta no hacer nada. Pero no he venido en tu busca para no hacer nada. Tengo que decirte algo muy confidencial.

-Bueno -murmuró Charlotte-; por supuesto, si tienes que hacerlo...

-Mi querida prima -dijo Felix-; no es nada que una señorita no deba escuchar. Al menos imagino que no lo es. Pero, *voyons*; tendrás que juzgar por ti misma. Estoy terriblemente enamorado.

-Mira, Felix -comenzó la señorita Wentworth con mucha seriedad; pero aquella misma seriedad pareció detener el desarrollo de la frase.

-Estoy enamorado de tu hermana. Pero muy enamorado, Charlotte..., ¡muy enamorado! -continuó Felix. Charlotte había dejado la labor sobre el regazo y, con las manos fuertemente entrelazadas, contemplaba la alfombra-. En pocas palabras: estoy enamorado y quiero que me ayudes.

-¿Que te ayude? -preguntó Charlotte estremeciéndose.

-No me refiero a Gertrude; ella y yo estamos completamente de acuerdo. Hablo de tu padre y del mundo en general, incluido el señor Brand.

-¡Pobre señor Brand! -dijo Charlotte lentamente, pero con una sencillez que permitió concluir a Felix que el joven eclesiástico no había repetido a la señorita Wentworth la conversación mantenida entre ellos dos.

-¡Ah, no! No salgas ahora con «pobre» señor Brand. No lo siento por el señor Brand en absoluto. Pero me apena un poco tu padre y no quiero disgustarle. Por eso te pido que intercedas en mi favor. No me encuentras lamentable, ¿verdad?

-¿Lamentable? -exclamó dulcemente Charlotte, para quien Felix representaba el no va más de la elegancia.

-No me refiero a mi apariencia -replicó Felix riéndose, porque Charlotte le estaba mirando las botas-. Me refiero a mi conducta. ¿No te parece que he abusado de vuestra hospitalidad?

-¿Por... tu interés hacia Gertrude? -preguntó Charlotte.

-¿Por haberle confesado mis sentimientos! Porque me he declarado, Charlotte; te tengo que contar toda la verdad... ¡Lo he hecho! Me quiero casar con ella, claro está, y ése es el problema. He tratado de ignorar mis sentimientos todo lo que he podido, pero ¡es una persona tan fascinante! Gertrude es una criatura extraña, Charlotte. Me parece que no la conoces de verdad -Charlotte cogió de nuevo su labor e inmediatamente volvió a dejarla-. Sé que tu padre miraba más alto -continuó Felix- y me parece que tú estabas de acuerdo con él. También querías casarla con el señor Brand.

-¡No, no! -dijo Charlotte con gran ardor-. El señor Brand siempre la ha admirado. Pero no queríamos nada parecido.

Felix la miró fijamente.

-De todas formas se trataba de casarla, ¿no es eso?

-Sí; pero nunca hemos querido obligarla.

-*A la bonne heure!* Ya sabes que eso es muy peligroso. Los matrimonios arreglados acaban mal muchas veces.

-¡No, no, Felix! -exclamó Charlotte-; ¡nosotros no queríamos arreglar nada!

-Me alegra mucho oírlo. Porque en esos casos, aunque la mujer sea absolutamente irreprochable, es imposible que no busque una compensación. Aparece un individuo agradable y *voilà*.

Charlotte siguió mirando el suelo en silencio y Felix añadió:

-Sigue con tu zapatilla. Me gusta verte trabajar.

Charlotte recogió su labor multicolor y se puso a bordar sutiles puntos azules sobre un gran rosetón.

-Y si Gertrude es tan... tan extraña -dijo-, ¿por qué te quieres casar con ella?

-¡Precisamente por eso, querida Charlotte! Me gustan las mujeres extrañas; siempre me han gustado. ¡Pregúntale a Eugenia! Y Gertrude es maravillosa. ¡Dice unas cosas tan hermosas!

Charlotte se atrevió a mirarlo, casi por primera vez, como si lo que iba a decir tuviera mucha importancia:

-Ejerces una gran influencia sobre ella.

-¡Sí... y no! -dijo Felix-. Me parece que la tuve al principio; pero ahora es seis por un lado y media docena por el otro. La influencia es recíproca. Gertrude tiene mucho poder sobre mí porque es muy fuerte. No creo que la conozcas de verdad; tiene un carácter maravilloso.

-Sí, Felix; siempre he creído que Gertrude tiene un carácter maravilloso.

-Pues si piensas eso ahora -exclamó Felix-, ¡espera y verás! Todavía es un capullo. Dejádme que la arranque del árbol y verás cómo se abre. Estoy seguro de que disfrutarás.

-No te entiendo -murmuró Charlotte-. Me resulta imposible.

-Bien; seguro que esto sí lo entiendes: te suplico que intercedas por mí ante tu padre. Creo que me considera frívolo, bohemio, una persona poco equilibrada. Dile que no soy así en realidad. Si alguna vez lo he sido, ya está olvidado. Es cierto que me gusta

divertirme, pero con diversiones inocentes. El dolor es todo uno, pero en el placer, ¿sabes?, existen diferencias tremendas. ¡Dile que Gertrude es una flor sin abrir y que yo soy un hombre serio!

Charlotte se levantó de la silla, recogiendo lentamente su labor.

-Sabemos que eres muy amable con todo el mundo, Felix -dijo-, pero lo sentimos mucho por el señor Brand.

-¡Claro que sí..., especialmente tú!, porque eres mujer -añadió precipitadamente-. Pero yo no le compadezco. Debiera ser bastante para cualquier hombre que una mujer como tú se interesara por él.

-Eso no es bastante para el señor Brand -dijo Charlotte con sencillez. Y se inmobilizó un momento, como esperando por sentido del deber algo más que Felix tuviera que añadir.

-El señor Brand ya no desea tanto ese matrimonio -dijo el joven-. Tu hermana le asusta. Empieza a pensar que es perversa.

Charlotte le miró con sus hermosos ojos suplicantes que empezaban a llenarse de lágrimas.

-Felix, Felix -exclamó-, ¿qué le has hecho?

-Creo que estaba dormida y ¡la he despertado!

Pero Charlotte, al parecer, lloraba ya incontinentemente y salió al instante de la habitación. Felix, que se quedó un momento allí reflexionando, tuvo la crueldad aparente de ver sus lágrimas con satisfacción.

Ya avanzada la noche, Gertrude, seria y silenciosa, se reunió con él en el jardín; estaban más o menos citados. A Gertrude parecían gustarle las citas. Cortó una ramita de heliotropo y se lo colocó en el delantero de su vestido, pero no dijo nada. Mientras caminaban juntos por uno de los senderos Felix estuvo contemplando la amplia y acogedora casa cuadrada, ya sin luces en las ventanas, que se delineaba vagamente bajo el resplandor de las estrellas.

-No tengo la conciencia muy tranquila -le dijo a Gertrude-. No debería verte a solas sin el consentimiento de tu padre.

La joven se le quedó mirando.

-No te entiendo.

-Dices eso con mucha frecuencia -comentó Felix-. Si tenemos en cuenta lo poco que nos entendemos mutuamente, ¡es una maravilla lo bien que nos llevamos!

-No hemos hecho más que vernos desde que llegaste..., y a solas por añadidura. La primera vez que te vi estábamos solos -protestó Gertrude-. ¿Dónde está la diferencia? ¿O se debe a que ahora es de noche?

-La diferencia, Gertrude -dijo Felix, volviendo al camino-, estriba en que te quiero más... ¡más que antes! -y se quedaron allí, en la tibia quietud de la noche, frente a la oscura casa cerrada-. He hablado con Charlotte, intentando despertar su interés para que interceda ante vuestro padre. Tu hermana está dotada de una perversidad sublime. ¿Ha habido nunca una mujer tan inclinada a poner la cabeza bajo el hacha del verdugo?

-Eres demasiado prudente -dijo Gertrude-, demasiado diplomático.

-Quizá sí -respondió el joven-. ¡No he venido aquí a hacer desgraciado a nadie!

Gertrude miró a su alrededor en la oscuridad fragante durante un rato.

-Haré lo que tú quieras -dijo.

-¿Por ejemplo? -preguntó Felix sonriendo.



-Marcharme. Haré lo que quieras.

Felix la miró con admiración solemne.

-Sí, nos marcharemos -dijo-. Pero antes nos reconciliaremos.

Gertrude miró otra vez a su alrededor y luego exclamó apasionadamente:

-¿Por qué se esfuerzan por hacer que nos sintamos culpables? ¿Por qué lo ponen todo tan difícil? ¿Por qué no quieren entender?

-¡Yo haré que entiendan! -respondió Felix. Luego la tomó del brazo y pasearon durante una hora por el jardín, hablando.

## Doce

Felix dio tiempo a Charlotte para que intercediera en favor suyo y luego, en la mañana del tercer día, fue a entrevistarse con su tío. El señor Wentworth estaba en su despacho y, al entrar, Felix descubrió que Charlotte conferenciaba en aquel momento con su padre. De hecho la hija mayor del señor Wentworth había estado constantemente cerca de él desde su conversación con Felix. Había tomado la decisión de repetirle literalmente las apasionadas súplicas de su primo, por lo que desde entonces seguía a su padre como una sombra para tenerlo ya cerca cuando acumulara el valor suficiente y se decidiera a hablarle. Porque a la pobre Charlotte le faltaba serenidad en aquel asunto, especialmente cuando se paraba a reflexionar sobre algunas de las insinuaciones de Felix. En el mejor de los casos, no era una tarea alegre tener que clavar la tapa del ataúd en el que se iba a enterrar el pobre fruto inconfeso de su descarriado corazón; y aquella ocupación no resultaba más agradable porque el fantasma de un sueño abortado hubiera sido invocado desde el reino de las sombras por las palabras audaces y extrañas de un extranjero hablador. ¿Qué habría querido decir Felix al asegurar que el señor Brand no estaba ya tan deseoso de casarse con Gertrude? El decepcionado pretendiente de su hermana no había dado ante ella, Charlotte, ningún síntoma de defección. Todo su ser se estremecía cuando se permitía creer por un instante, de cuando en cuando, que quizá el señor Brand podía haber vacilado a solas; y como repetir a su padre las palabras de Felix era una manera de reforzarlas, estaba esperando a tener el pleno dominio de sí. Pero precisamente en aquel momento había empezado a decir al señor Wentworth que estaba muy intranquila y había empezado a desarrollar aquella idea y a enumerar sus motivos de ansiedad cuando se presentó Felix.

El señor Wentworth, sentado y con las piernas cruzadas, mostraba su perfil austero por encima de un ejemplar del *Advertiser* de Boston. Felix entró sonriendo, como si tuviera algo importante que decir, y su tío le miró como si esperase y, al mismo tiempo, temiera tal acontecimiento. Felix, con su desenvoltura característica, se había convertido en una figura terrible para su tío, que no conseguía encontrar el tono adecuado para contestarle. Como ya he indicado, el señor Wentworth rehuía una responsabilidad por primera vez en su vida; deseaba con toda el alma que no le tocara a él decidir cómo había que tratar las propuestas demasiado poco serias de su sobrino. Vivía con el temor de que, sin embargo, Felix le obligara a aceptar alguna sugerencia poco recomendable, y su conciencia le decía que la mejor vigilancia era rehuir todo intercambio de opiniones. De esa manera esperaba que el agradable episodio de la visita de su sobrino pudiera concluir sin nuevos atentados

contra la firmeza de su carácter.

Felix miró a Charlotte con aire de complicidad, después al señor Wentworth y de nuevo a su prima. El señor Wentworth arqueó sus distinguidas cejas en dirección a su sobrino y cerró el *Advertiser*.

-Tendría que haberme presentado con un ramo de flores -dijo Felix riendo-. En Francia lo hacen siempre.

-No estamos en Francia -señaló el señor Wentworth, mientras Charlotte le miraba con expresión muy seria.

-No; afortunadamente no estamos en Francia, donde me temo que mi tarea habría sido aún más ardua. Mi querida Charlotte, ¿me has prestado el inapreciable servicio que te pedí? -y Felix le hizo una reverencia como si en aquel momento alguien acabara de presentarlo a su prima.

Charlotte le miró con ojos casi asustados y el señor Wentworth pensó que aquello podía ser el principio de un temible intercambio de opiniones.

-¿Para qué hace falta el ramo de flores? -preguntó el anciano, con la esperanza de desviar la conversación.

Felix le miró sonriendo.

-*Pour la demande!* -y a continuación, acercando una silla, se sentó con el sombrero en la mano y gesto voluntariamente solemne. Luego se volvió hacia Charlotte.

-Mi querida Charlotte, mi admirable Charlotte -murmuró-, ¿no me habrás traicionado..., no te habrás pasado al otro bando?

Charlotte se puso en pie, presa de gran agitación, aunque todavía imperceptible.

-Tendrás que hablar tú mismo con mi padre -dijo-. Creo que eres suficientemente inteligente.

Pero Felix, levantándose también, le pidió que se quedara.

-¡Hablo mejor cuando tengo público! -explicó.

-Espero que no sea nada desagradable -dijo el señor Wentworth.

-¡Para mí es algo maravilloso! -y Felix, dejando el sombrero, apretó las manos entre las rodillas-. Mi querido tío -dijo-, deseo ardientemente casarme con su hija Gertrude - Charlotte se sentó de nuevo lentamente y el señor Wentworth se quedó mirando a su sobrino con una luz en el rostro que podía ser el reflejo de un iceberg. Le miró y siguió mirando sin decir nada. Felix se inclinó hacia atrás en la silla, todavía con las manos entrelazadas-. ¡Ah! ¡Ya veo que no le parece bien! ¡Me lo temía! -enrojeció visiblemente y Charlotte lo notó, pensando que era la primera vez que le pasaba, por lo que también ella se sonrojó, diciéndose que Felix debía de estar muy enamorado.

-Es una cosa muy súbita -dijo por fin el señor Wentworth.

-¿No se lo ha imaginado en ningún momento, querido tío? -preguntó Felix-. Bien; eso prueba que he sido muy discreto. Sí; temía que no le agradara.

-Es una cosa muy seria, Felix -dijo el señor Wentworth. -¡Le parece que he abusado de su hospitalidad! -exclamó Felix sonriendo de nuevo.

-¿Mi hospitalidad? ¿Un abuso? -repitió lentamente el anciano.

-Eso es lo que Felix me dijo -intervino Charlotte como si se diera cuenta en aquel momento.

-¡No hay duda de que es eso lo que piensa! ¡No se esfuerce por negarlo! -continuó Felix-. Es un abuso, evidentemente; todo lo que puedo decir en mi defensa es que quizá se trate de un abuso perdonable. Estoy perdidamente enamorado y eso es algo que

difícilmente se puede evitar. Aunque usted es el padre de Gertrude, no creo que sepa lo atractiva que es. Querido tío, ¡reúne todos los rasgos de una mujer singularmente..., diría incluso extrañamente encantadora!

-Siempre ha sido para mí motivo de gran preocupación -dijo el señor Wentworth-. Siempre hemos deseado su felicidad.

-Pues bien, ¡ésta es la cuestión! -exclamó Felix-. Voy a hacerla feliz. Gertrude también lo cree así. ¿No se ha dado usted cuenta?

-He notado que está muy cambiada -repuso el señor Wentworth, en un tono tan inexpresivo y desapasionado que Felix interpretó como de decidida oposición-. Quizá se deba a que sólo está empezando a ser lo que tú llamas una mujer encantadora.

-Gertrude, en el fondo de su corazón, es muy seria y muy sincera -dijo Charlotte en voz muy baja, con los ojos clavados en su padre.

-¡Cómo me gusta oírte alabarla! -exclamó Felix.

-Tiene un carácter muy especial -dijo el señor Wentworth.

-¡También eso es un elogio! -replicó Felix-. Sé que no soy el hombre que ustedes esperaban. No tengo un trabajo fijo y carezco de fortuna; no puedo ofrecer a Gertrude una posición en el mundo. Eso es lo que le haría falta..., una posición en el mundo que le permitiera darse a conocer.

-¡Una posición desde donde cumplir con su deber! -señaló el señor Wentworth.

-¡Ah! ¡Qué encantadoramente lo hace, cumplir con su deber! -exclamó Felix con expresión radiante-. ¡Qué idea tan exquisita tiene de ello! Pero le viene de su misma forma de ser, querido tío -el señor Wentworth y Charlotte lo miraban como podrían contemplar a un galgo en plena carrera-. Conmigo, por supuesto, tendrá que esconder su luz bajo el celemín -continuó-, ¡siendo yo el celemín, claro! Sé que usted me estima y ya ha tenido ocasión de demostrarlo; pero piensa que soy frívolo y una calamidad de hombre y que no tengo un céntimo. Me lo merezco, me lo merezco; me lo tengo mil veces merecido. He dado muchos tumbos; he sido violinista, pintor, actor. Aunque, a decir verdad, creo que exagera; me atribuye usted cualidades que no tengo. He sido bohemio..., de acuerdo. Pero en Bohemia me consideraban un caballero. Querría que hablara usted con algunos de mis antiguos *camarades*. ¡Ya vería lo que le contaban! ¡Me gustaba la libertad, pero no las ocasiones! Mis pecados eran simples travesuras. Siempre he respetado la propiedad de mi prójimo... y también su mujer. ¿Se da usted cuenta, querido tío? -el señor Wentworth debía de darse cuenta, porque sus fríos ojos azules miraban con gran fijeza-. Y ahora, *c'est fini!* Todo ha terminado. *Je me range*. Me he puesto al trote. Veo que yendo por el mundo y pintando malos retratos puedo ganarme la vida desahogadamente. No es una profesión gloriosa pero sí perfectamente respetable. Estará usted de acuerdo, ¿no es así? ¿He hablado de recorrer el mundo? No puedo negarlo, porque creo que lo estaré haciendo siempre, en busca de modelos agradables. Cuando digo agradables me refiero a personas a las que se pueda adular delicadamente y que no se muestren remisas a la hora de pagar. Gertrude afirma que quiere compartir mis vagabundeos y ayudarme a entender a los modelos. Piensa incluso que lo pasaremos muy bien. Y eso me lleva al tercer punto. Gertrude me quiere. Anímela un poco y se lo confesará.

Sin duda la lengua de Felix se movía mucho más de prisa que la imaginación de sus oyentes. Su elocuencia, como el mecerse de un bote en un lago profundo y tranquilo, provocaba amplias ondas de silencio. Gracias a su sonrisa contagiosa, a sus cejas

levantadas y a su boca tan expresiva, todavía daba la sensación de seguir argumentando y explicándose cuando ya había cesado de hablar y esperaba, mirando sucesivamente al padre y a la hija, el efecto de sus palabras.

-No es tu falta de recursos -dijo el señor Wentworth después de un intervalo de austera reserva.

-¡Cómo me agrada escuchar eso! Pero no diga a continuación que es mi falta de carácter, porque lo tengo..., se lo aseguro. Tal vez no sea descomunal, pero sí tangible.

-¿No deberías decirle a Felix que es a causa del señor Brand, padre? -preguntó Charlotte con infinita dulzura.

-No es sólo el señor Brand -afirmó solemnemente el anciano, que se quedó mucho tiempo contemplándose las rodillas-. Es difícil de explicar -continuó. Quería, sin duda, ser justo-. Es un problema de orden moral, como dice el señor Brand. La cuestión estriba en saber si eso es lo mejor para Gertrude.

-Lo mejor... ¿Lo mejor, querido tío? -replicó Felix con gran animación, al tiempo que se ponía en pie y se situaba delante del señor Wentworth. Su tío había estado mirándose las rodillas, pero, al moverse Felix, su mirada se trasladó a la manija de la puerta que tenía enfrente-. ¡Normalmente es una cosa estupenda que una muchacha se case con el hombre al que ama! -exclamó Felix.

Mientras hablaba su sobrino, el señor Wentworth advirtió que empezaba a girar el picaporte. La puerta se abrió, pero permaneció entornada hasta que Felix terminó de hablar. Después se abrió completamente, permitiendo ver a Gertrude en el umbral. Estaba emocionada y sus dulces ojos, habitualmente opacos, tenían un brillo especial. Entró despacio, pero con aire decidido y, después de cerrar la puerta suavemente, miró a los tres ocupantes de la habitación. Felix se acercó a ella galantemente tendiéndole la mano y Charlotte le hizo gesto de que se sentara a su lado en el sofá. Gertrude, sin embargo, cruzó las manos detrás de la espalda y siguió de pie.

-¡Estamos hablando de ti! -dijo Felix.

-Ya lo sé -contestó-. Por eso he venido -y clavó los ojos en los de su padre, que le devolvió la mirada con gran fijeza. En los fríos ojos azules del anciano había algo semejante a una luz suplicante, un llamamiento a la razón.

-Es mejor que estés presente -dijo el señor Wentworth-. Estamos debatiendo tu futuro.

-¿Por qué hay que debatirlo? -preguntó Gertrude-. Dejádmelo a mí.

-¡Es decir, a mí! -exclamó Felix.

-Yo lo dejo, en última instancia, a una sabiduría superior a la nuestra -dijo el anciano.

Felix se pasó la mano por la frente.

-Pero *en attendant* esa última instancia, a tu padre le falta confianza -le dijo a Gertrude.

-¿No tienes confianza en Felix? -Gertrude frunció el entrecejo; había algo en ella que ni su padre ni Charlotte habían visto nunca. Esta última se puso en pie y se acercó como para pasarle el brazo por la cintura, pero, de pronto, pareció asustarle la posibilidad de tocarla.

El señor Wentworth, sin embargo, no estaba asustado.

-He tenido más confianza en Felix que en ti -dijo.

-Es cierto. Nunca has tenido confianza en mí. Nunca. No sé por qué.

-¡Gertrude! -murmuró Charlotte.

-Siempre has necesitado consejo -explicó el señor Wentworth-. Has tenido un carácter difícil.

-¿Por qué lo llamas difícil? Podría haber tenido muy buen carácter si hubierais querido. Pero no me habéis dejado ser natural. No sé qué es lo que queríais de mí. Y el señor Brand, el peor de todos.

Charlotte se atrevió por fin a poner las dos manos sobre el brazo de Gertrude.

-Se preocupa mucho por ti -susurró casi.

Gertrude la miró un momento con gran intensidad y a continuación le dio un beso.

-No; no se preocupa -dijo.

-No te he visto nunca tan apasionada -observó el señor Wentworth con una indignación en la voz que quedaba mitigada por la presencia de unos principios muy elevados.

-Siento haberte ofendido -dijo Gertrude.

-Me ofendes, pero no creo que lo sientas.

-Sí, padre; lo siente -dijo Charlotte.

-Yo diría incluso más, querido tío -intervino Felix-. Dudo mucho de que su hija le ofenda. ¿Cómo podría hacerlo?

El señor Wentworth tardó en responder, pero acabó por decir:

-No se ha formado como esperábamos.

-¿Formado? Ah, voilà!-exclamó Felix.

Gertrude, muy pálida, permanecía inmóvil mirando al suelo.

-Le he prometido a Felix que me marcharé con él -dijo finalmente.

-¡Has dicho cosas admirables! -exclamó Felix.

-¿Marcharte? -preguntó Charlotte.

-Sí, lejos; a otros países.

-Lo dice para asustarte -le aseguró Felix a Charlotte sonriéndole.

-A... ¿cómo se llama? -preguntó Gertrude, volviéndose hacia Felix-. A Bohemia.

-¿Tenéis intención de saltaros todos los preliminares? -preguntó el señor Wentworth levantándose.

-Mi querido tío, *vous plaisantez* -exclamó Felix-. Me parece a mí que esto son preliminares.

Gertrude se volvió hacia su padre.

-Tú querías formarme el carácter -dijo-. Bien; pues mi carácter ya está formado para la edad que tengo. Sé lo que quiero. He hecho mi elección. Estoy decidida a casarme con mi primo.

-Será mejor que dé usted su consentimiento, tío -dijo Felix con mucha cordialidad.

-Así es, señor Wentworth; será mejor que dé usted su consentimiento -intervino una voz muy diferente.

Charlotte se sobresaltó ligeramente y los demás se volvieron hacia el lugar de donde procedía la voz, y vieron al señor Brand, que había entrado por la puerta del amplio mirador que daba al porche. El joven eclesiástico se estaba secando la frente con un pañuelo. Estaba muy encarnado y su rostro tenía una expresión singular.

-Será mejor que dé usted su consentimiento -repitió el señor Brand acercándose-. Sé lo que quiere decir la señorita Gertrude.

-¡Mi querido amigo! -murmuró Felix, poniendo una mano afectuosa en el brazo del eclesiástico.

El señor Brand le miró; luego miró al señor Wentworth y finalmente a Gertrude. No miró a Charlotte, aunque los ojos de la mayor de las dos hermanas estaban clavados en él, haciéndole una pregunta inmensa. La respuesta a aquella pregunta no podía llegar de

golpe, pero algunos de sus elementos ya estaban allí. Uno de los elementos era que el señor Brand había enrojecido visiblemente, mantenía la cabeza muy erguida, parecía emocionado y estaba un poco asustado de su propia audacia; tenía el aspecto de un hombre que ha tomado una decisión y al llevarla a la práctica descubre que le fallan los recursos personales, no los morales. A Charlotte le pareció que tenía un aspecto muy noble. Y no hay duda de que el señor Brand se sentía muy importante. De hecho, aquél era el momento más solemne de su vida y era natural que presentara ciertas dificultades para un hombre joven, corpulento y modesto como él.

-Acérquese, por favor -dijo el señor Wentworth, haciéndole un gesto muy comedido con la mano-. Su presencia resulta muy oportuna.

-Sé de qué están hablando -replicó el señor Brand-. He oído lo que ha dicho su sobrino.

-¡Y mi tío ha oído lo que usted ha dicho! -exclamó Felix, reanudando las palmaditas afectuosas.

-No estoy seguro de haber entendido -dijo el señor Wentworth con una entonación que resultaba tan comedita como sus gestos.

Gertrude había estado mirando muy fijamente a su antiguo pretendiente. También ella, como su hermana, se había llevado una sorpresa, pero su imaginación trabajaba más de prisa que la de Charlotte.

-El señor Brand te pide que permitas a Felix llevarme consigo -le dijo a su padre.

El joven ministro le dirigió una extraña mirada.

-No es que yo no desee verla más -declaró en un tono de voz que tenía, por así decirlo, una finalidad pública.

-No creo que quiera usted seguir viéndome -contestó Gertrude amablemente.

El señor Wentworth no dejaba de mirarlos.

-¿No supone todo esto un cambio considerable? -preguntó.

-Así es, señor Wentworth -y el señor Brand miró a su alrededor, aunque sin fijar todavía los ojos en Charlotte-. Así es -repitió, todavía manteniendo unos instantes el pañuelo a la altura de los labios.

-Y, ¿qué ha sido de nuestras razones morales? -preguntó el anciano, que siempre había creído que el señor Brand era el hombre ideal para una hija con un carácter especial.

-A veces es muy moral cambiar de idea -sugirió Felix.

Charlotte se había apartado discretamente de su hermana y se acercó a su padre hasta cogerlo del brazo. El señor Wentworth había enrollado el *Advertiser* apretándolo mucho y, mientras lo sostenía con una mano lo apretaba mucho con la otra. El señor Brand le estaba mirando y, aunque Charlotte estaba muy cerca, tampoco ahora se cruzaron sus miradas. Gertrude contemplaba a su hermana.

-Es mejor no hablar de cambio -dijo el señor Brand-. En un sentido al menos no ha habido ningún cambio. Había algo que yo deseaba..., algo que le pedí a usted. Todavía hay algo que deseo..., y que le pido -el joven eclesiástico hizo una pausa; el señor Wentworth parecía desconcertado-. Quisiera, en mi calidad de ministro del Señor, unir a esta pareja.

Gertrude, observando a su hermana, notó que se ruborizaba intensamente y el señor Wentworth sintió en el brazo la presión de la mano de su hija mayor.

-¡Santo cielo! -murmuró el anciano. Y era lo más parecido a una palabra malsonante que había dicho en toda su vida.

-Eso está muy bien -exclamó Felix-. ¡Me parece muy hermoso!

-No entiendo -dijo el señor Wentworth, aunque era evidente que todos los demás sí lo entendían.

-Es maravilloso, señor Brand -dijo Gertrude, imitando a Felix.

-Me gustaría casarles. Será un gran placer para mí.

-Como dice Gertrude, es una idea maravillosa -dijo Felix.

El hermano de la baronesa sonreía, pero el señor Brand ni siquiera lo intentaba. Consideraba que su propuesta era un asunto muy serio.

-Lo he pensado y me gustaría hacerlo -afirmó.

A Charlotte, mientras tanto, se le habían abierto mucho los ojos. Su imaginación, como ya he dicho, no trabajaba tan de prisa como la de su hermana, pero empezaba a sacar conclusiones.

-Padre -murmuró-, da tu consentimiento.

El señor Brand la oyó y miró hacia otro sitio. El señor Wentworth carecía a todas luces de imaginación.

-Siempre he creído -empezó lentamente- que el carácter de Gertrude exigía una línea de conducta particular.

-Padre -repetió Charlotte-, da tu consentimiento.

Entonces el señor Brand miró por fin a la mayor de las hermanas. El padre de Charlotte sintió que su hija se le apoyaba con más fuerza en el brazo y esto, unido a cierta dulce languidez que advirtió en su voz, abrió un interrogante en su mente. Al mirarla sorprendió el encuentro de su mirada con la del joven eclesiástico, pero tampoco aquello le dijo nada y no salió de su desconcierto. Sin embargo, dijo finalmente:

-Doy mi consentimiento, puesto que así lo recomienda el señor Brand.

-Me gustaría que la ceremonia se celebrara muy pronto -señaló el eclesiástico con solemne sencillez.

-¡Maravilloso! -exclamó Felix, que no abandonaba nunca un tono ligeramente frívolo.

El señor Wentworth se hundió en su asiento.

-A condición de entenderlo, claro -dijo con cierta aspereza judicial.

Gertrude se llegó hasta su hermana y luego se dirigió con ella hacia la puerta. Felix, por su parte, que había cogido del brazo al señor Brand, franqueó con él la puerta que daba al mirador. Y el anciano no se movió de su sitio, todavía hundido en la perplejidad.

Felix no trabajó aquel día. Por la tarde se embarcó con Gertrude en uno de los botes y estuvieron dejándose arrastrar, sin utilizar los remos más que de tarde en tarde. Hablaron mucho del señor Brand, aunque también se ocuparon de otros temas.

-Ha sido todo un rasgo -dijo Felix-. Realmente heroico.

Gertrude meditaba contemplando las suaves ondulaciones del agua.

-Era eso lo que quería hacer; quería hacer algo que mereciera la pena.

-No se quedará tranquilo hasta que nos haya casado -dijo Felix-. Mucho mejor así.

-Quería mostrarse magnánimo; quería tener un gran placer moral. ¡Lo conozco tan bien! -siguió Gertrude. Felix la miró; su prometida hablaba lentamente, mirando el agua-. Se ha pasado mucho tiempo pensando en ello, día y noche. Le pareció que sería muy hermoso. Finalmente decidió que era su deber, que estaba obligado a hacer eso..., que no podía hacer algo menos noble que eso. Y le ha producido una gran exaltación y se ha sentido sublime. Así es como le gusta sentirse. Ha resultado mejor para él que si yo le hubiera aceptado.

-Sobre todo, es mejor para mí -dijo Felix sonriendo-. Pero, por lo que hace al sacrificio,

creo que cuando se decidió no te quería ya tanto como quince días antes.

-Nunca me ha querido. Quiere a Charlotte. A mí me compadece. Lo conozco muy bien.

-Bien; digamos entonces que no se compadecía tanto de ti.

Gertrude sonrió a Felix.

-No deberías tratar de disminuir la grandeza de su gesto -le dijo. Y luego repitió:- Quiere a Charlotte.

-¡Eso es fundamental! -dijo Felix alegremente mientras hundía los remos en el estanque. No sabía decir exactamente a cuál de las dos frases de Gertrude se refería, pero hundió de nuevo los remos y el bote siguió avanzando por el estanque.

Felix y su hermana cenaron juntos aquella noche en el chalé y no en casa del señor Wentworth. El joven anunció a Eugenia que su matrimonio era ya cosa hecha. La baronesa le felicitó y añadió que si se comportaba tan razonablemente como lo había hecho, en conjunto, al desempeñar las funciones de hermano, su mujer no tendría motivo alguno de queja.

Felix la miró un momento sonriendo.

-Espero -dijo- contar siempre con algo más que la razón.

-Es muy cierto -replicó Eugenia- que la propia razón resulta terriblemente insípida. Es como una cama sin colchón.

Un poco más tarde, sin embargo, se presentaron en la casa grande, porque la baronesa deseaba felicitar a su futura cuñada. En el porche encontraron a todos los componentes del círculo, con la excepción de Clifford Wentworth y de Lizzie Acton. Y como todos se levantaron para saludar a la baronesa, Eugenia contó con un público admirativo mientras felicitaba a Gertrude.

Robert Acton estaba en el borde del porche, apoyado en una de las columnas blancas, de manera que siguió muy de cerca el breve discurso de felicitación que pronunció Eugenia.

-Será un gran placer conocerte mejor -dijo-. He pasado contigo mucho menos tiempo de lo que hubiera querido. ¡Aunque ahora ya sé la razón! Me querrás un poquito, ¿no es verdad? Creo que debo decir que gano cuando se me conoce mejor -y, pronunciadas aquellas frases de rigor con la más dulce cadencia de la que era capaz su voz, la baronesa depositó un pausado beso oficial sobre la frente de Gertrude.

La mayor confianza no había disminuido la atracción misteriosa de la personalidad de Eugenia sobre Gertrude, que se sintió halagada y hasta un tanto exaltada por aquella pequeña ceremonia. Robert Acton también pareció disfrutar con ella, como disfrutaba con tantas agradables manifestaciones del encanto de Madame Münster, aunque tuvieran también la virtud de desasosegarle, por lo que en aquella ocasión se alejó de repente, con las manos en los bolsillos, para regresar al cabo de un momento y recostarse de nuevo en la columna. Eugenia estaba ya felicitando a su tío por el compromiso de Gertrude y el señor Wentworth la escuchaba con su característica cortesía, tan sencilla como refinada. Hay que suponer que para entonces entendía ya un poco mejor las relaciones existentes entre los jóvenes que le rodeaban, aunque todavía se tomara el asunto con gran seriedad y no pareciese contento en absoluto.

-Felix será un buen marido -dijo Eugenia- y un compañero encantador. Tiene la gran cualidad de estar siempre alegre.

-¿Crees que es una cualidad importante? -preguntó el anciano.

Eugenia meditó, mirándole a los ojos.



-Usted piensa que uno acaba cansándose, ¿no es eso?

-No creo poder atreverme a afirmarlo -respondió el señor Wentworth.

-En ese caso digamos que resulta cansado para los demás, pero muy agradable para uno mismo. Aunque como se supone que la esposa es el otro yo del marido, la alegría tendrá que ser una propiedad en común de Felix y Gertrude.

-Gertrude ha sido siempre muy alegre -dijo el señor Wentworth, tratando de seguir el razonamiento de su sobrina.

Robert Acton sacó las manos de los bolsillos y se acercó un poco más a la baronesa.

-Ha dicho usted que gana cuando se la conoce mejor -dijo-. No hay duda de que se gana conociéndola a usted.

-¿Qué es lo que ha ganado usted? -preguntó Eugenia.

-Un inmenso tesoro de sabiduría.

-¡Dudosa ganancia para un hombre que ya era tan sabio!

Acton negó con la cabeza.

-No. Era muy estúpido antes de conocerla.

-¡Y siendo estúpido hizo usted amistad conmigo! Resulta muy halagador.

-Déjeme continuar -respondió Acton riendo-. Confío en que la boda de su hermano nos depare el placer de conservarla entre nosotros.

-¿Por qué tendría que detenerme el matrimonio de mi hermano cuando ni el mío sería capaz de hacerlo? -preguntó la baronesa.

-¿Por qué no tendría que quedarse en cualquiera de los dos casos ahora que, como usted dice, ha roto el lazo que la ligaba a Europa?

La baronesa le miró un momento.

-¿Como yo digo? Parece usted ponerlo en duda.

-Ah -dijo Acton devolviéndole la mirada-. ¡Eso es un vestigio de mi antigua estupidez! Pero contamos con otros acontecimientos de interés -añadió-. Va a celebrarse una segunda boda.

Pero la baronesa pareció no oírle: seguía mirándole con fijeza.

-Nadie ha dudado nunca de mi palabra -dijo.

Luego pareció darse cuenta de lo que sucedía.

-¿Otra boda? -y miró a los demás. Felix charlaba con Gertrude; Charlotte, a cierta distancia, los miraba; y el señor Brand, en otra esquina, les daba la espalda y, con las manos cruzadas bajo los faldones de la levita, contemplaba el pálido cuarto creciente de la luna-. Se trata sin duda del señor Brand y de Charlotte -dijo Eugenia-, pero no lo parece.

-En este caso -respondió Acton- hay que juzgar más bien por los indicios en contra, más abundantes de lo que parece. Espero que la combinación se produzca cualquier día; pero no me refería a ellos.

-La verdad es que nunca me entero de quién se enamora de mí -dijo la baronesa-. No tiene nada de extraño que me pase lo mismo con los demás.

Acton rió con fuerza y se disponía a responder cuando el señor Wentworth se acercó a su sobrina.

-Te interesará saber -dijo el anciano, con un deseo momentáneo de mostrarse alegre- que existe otro proyecto matrimonial en nuestro pequeño círculo.

-Estaba hablándole de ello a la baronesa -señaló Robert.

-El señor Acton se disponía, al parecer, a anunciarme su propio compromiso -dijo

Eugenia.

El buen humor del señor Wentworth subió unos puntos.

-No se trata exactamente de eso, aunque todo quede en la familia. Al oír esta mañana que el señor Brand había manifestado el deseo de casar a su hermana, a Clifford se le ha ocurrido arreglarlo todo para que, aprovechando la oportunidad, nuestro buen amigo celebre la misma ceremonia para él y Lizzie Acton.

La baronesa echó la cabeza hacia atrás y sonrió a su tío; después, volviéndose hacia Robert Acton con una sonrisa todavía más radiante, dijo:

-¡Qué estupidez por mi parte no haber pensado en ello! -Acton bajó la mirada al suelo, como si pensara que quizá había alcanzado el límite de la experimentación legítima; Eugenia, por su parte, no dijo nada más durante unos segundos. Había sido, efectivamente, un golpe violento y necesitaba reponerse, algo que, sin embargo, consiguió con notable prontitud: ¿Dónde está la joven pareja? -preguntó.

-Pasan la velada con mi madre.

-¿No ha sido un poco repentino?

Acton alzó los ojos.

-Sumamente repentino, aunque había un acuerdo tácito. Pero en el último o en los dos últimos días parece que Clifford ha recibido un impulso misterioso que ha precipitado su decisión.

-El impulso -dijo la baronesa- han sido los encantos de esa hermana tan bonita que tiene usted.

-Pero los encantos de mi hermana no eran ninguna novedad; conoce a Lizzie desde siempre -Acton había reanudado sus experimentos.

Esta vez, sin embargo, resultó evidente que la baronesa no estaba dispuesta a ayudarle.

-Ah, ¡nunca se sabe! Pese a ser muy joven, Clifford es un muchacho encantador.

-Es un muchacho muy agradable y será además un hombre rico -aquél era el último experimento de Acton, y Madame Münster le volvió la espalda.

Muy poco después Felix la acompañó a su casa. Al llegar al saloncito fue casi directamente al espejo situado sobre la chimenea y, alzando un candelero, estuvo algún tiempo mirándose.

-No me voy a quedar para tu boda -le dijo a su hermano-. Mi doncella hará mañana el equipaje.

-Mi querida Eugenia -exclamó Felix-, ¡vamos a casarnos inmediatamente! El señor Brand se siente demasiado incómodo.

Pero la baronesa, todavía con el candelero en la mano, se volvió a mirar las cortinas, los cojines y los *bibelots*.

-Mi doncella hará el equipaje -repitió-. *Bonte divine*, ¡cuánta birria! Me siento como una actriz de gira por provincias. Y esto es mi *attrezzo*.

-¿Es que ha terminado la función, Eugenia? -preguntó Felix.

La baronesa le lanzó una mirada severa. -Ya he interpretado mi papel.

-¡Y te han aplaudido mucho! -dijo su hermano.

-¡Aplaudir..., aplaudir! -murmuró Madame Münster mientras recogía algunas de las telas repartidas por la habitación. Contempló los hermosos brocados y luego dijo: ¡No sé cómo he podido soportarlo!

-Sopórtalo un poquito más. Quédate a mi boda. -Gracias; eso es asunto tuyo. Mis intereses están en otro sitio.

-¿Adónde vas a ir?

-A Alemania. En el primer barco.

-¿Has decidido no casarte con el señor Acton?

-Le he dicho que no -respondió Eugenia.

Su hermano la miró en silencio.

-Lo siento -dijo por fin-. Pero he sido muy discreto, como me pediste. No he dicho nada.

-En ese caso mantén tu discreción y no vuelvas a mencionar el asunto -replicó la baronesa.

Felix asintió con un solemne gesto de cabeza.

-Serás obedecida. Pero ¿y tu situación en Alemania? -prosiguió.

-Hazme el favor de no hablar de eso.

-Sólo iba a decir que suponía que se había modificado.

-Te equivocas.

-Creía que habías firmado...

-¡No he firmado nada! -exclamó Eugenia.

Felix no insistió y acordaron que la ayudaría para embarcarse lo antes posible.

El señor Brand, al parecer, estaba impaciente por consumir el sacrificio y celebrar el rito nupcial que iba a arreglarlo todo tan convenientemente. Pero la impaciencia de Madame Münster por abandonar el país en el que no había encontrado la fortuna que buscaba era aún más intensa. Era cierto que no había llegado a emplearse a fondo, pero se sentía justificada para generalizar, para decidir que en aquel continente tan provinciano las mujeres verdaderamente superiores se encontraban en desventaja. El viejo mundo seguía siendo, al fin y a la postre, su escenario natural. La franqueza desenfadada con que procedió a poner en práctica tan inteligentes conclusiones no fue, para el pequeño círculo de espectadores que han intervenido en este relato, más que el canto de cisne de una personalidad a la que la vida había dotado de una flexibilidad inimitable, y tuvo sobre todo un efecto muy perceptible sobre Robert Acton, quien, durante los dos últimos días que precedieron a su marcha, se mostró sumamente desasosegado e irritable. Eugenia pasó la última velada en casa de su tío, mostrándose más encantadora que nunca y, al despedirse de la prometida de Clifford Wentworth, se quitó un anillo muy curioso y antiguo y se lo regaló, acompañando el gesto con un beso y unas palabras oportunísimas. Gertrude que, en su calidad de prometida también había recibido un regalo encantador, admiró mucho aquel detalle; Robert Acton, por su parte, se preguntó si aquello no le daba derecho, como hermano y tutor de Lizzie, a hacerle a la baronesa un generoso regalo. Le hubiera hecho muy feliz ser capaz de hacerle un regalo a la baronesa, pero se abstuvo de expresar de aquella manera sus sentimientos, por lo que acabó sintiéndose disgustado consigo mismo. Se despidió de ella casi en el último momento: ya tarde, la noche antes de su marcha a Boston para embarcarse.

-Hubiera deseado que se quedara -dijo-. No por usted, sino por mí.

-Yo no hago tantas diferencias -dijo la baronesa-. Sencillamente, siento tener que marcharme.

-Pues ahí la diferencia es mucho más profunda que las mías -replicó Acton-, ¡porque usted quiere decir sencillamente que se alegra!

Felix se despidió de ella en la cubierta del barco.

-Nos encontraremos allí a menudo -dijo.

-No lo sé -contestó ella-. Europa me parece mucho más grande que América.

En los días que siguieron el señor Brand no fue la única persona que pecó de impaciencia, como es lógico. Pero hay que señalar que, de todos los jóvenes que participaron en aquellos acontecimientos, ninguno supo estar con más ardor a la altura de la situación.

Gertrude abandonó la casa de su padre en compañía de Felix Young. Fueron ininterrumpidamente felices y llegaron a tierras muy lejanas. Clifford y su joven esposa buscaron la felicidad en un círculo más reducido, y la influencia de Lizzie Acton sobre su esposo fue tan manifiesta como para probar, de manera espectacular, la teoría, ensalzada por Felix ante el señor Wentworth, de los beneficiosos efectos del trato con mujeres inteligentes. Gertrude estuvo ausente durante algún tiempo, pero regresó cuando Charlotte contrajo matrimonio con el señor Brand. Estuvo con su marido en la ceremonia y pudo verse que Felix seguía tan alegre como siempre. Después Gertrude desapareció, y el eco de su propia alegría, mezclada con la de su marido, volvió con frecuencia al hogar de sus primeros años. El señor Wentworth terminó por descubrir que la echaba de menos; y, después de la muerte de su madre, Robert Acton se casó con una joven extraordinariamente agradable.